

¿Te perdiste una edición previa?

CONCIENCIA
CONTRACULTURA
DESCOLONIZACIÓN
DOLOR
LA NOCHE
EL CARIBE
EL DOBLE
TRABAJO
IMPERIALISMOS
FIESTA

El extraño, aquel que no pertenece a la familia, es quien provoca el fin de un orden, restableciendo el imperio del caos.

DARÍO ALEMÁN

Mi padre lleva cuatro días delirando a la intemperie. No es invierno, pero en las noches la humedad de la ciudad pesa sobre nosotros como una sábana mojada, fría.

JAIME RODRÍGUEZ Z.

En muchas especies de animales es frecuente la cooperación entre parientes cercanos, algo que los científicos denominan nepotismo animal.

ALEJANDRA MANJARREZ

Las parejas constituidas bajo el amor romántico lo hicieron también bajo el régimen de la propiedad privada, en donde uno posee a la otra persona en exclusividad.

MANUEL HERNÁNDEZ

El incesto existía en el Paleolítico. Por ejemplo, hay análisis genéticos que demuestran que en las últimas poblaciones de neandertales había relaciones entre un tío o una tía y su sobrina o sobrino, o entre dos primos segundos.

MARYLÈNE PATOU-MATHIS

Muy pronto los chicos supieron a qué familia pertenecían, disfrutaron el poder e inauguraron el status de narco juniors.

ÉLMER MENDOZA

FAMILIAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 881, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

FAMILIAS

¿Es verdad que todas las familias felices se parecen? ¿Las plantas tienen hermanos? ¿Qué vínculos conforman un clan? ¿Cómo se ha transformado el modelo familiar?

**Darío Alemán • Melissa Ayala
Laura Baeza • Nelson Cárdenas
Fabián Casas • Rosario Castellanos
Jorge Comensal • Teresa Corona
Alejandra Costamagna • Andrés
Cota Hiriart • Eréndira Derbez
Pablo Ferri • Emiliano Gullo
Víctor Alí Mancilla Gaytán
Alejandra Manjarrez • Luis Josué
Martínez Rodríguez • Élmer
Mendoza • Marylène Patou-Mathis
Jesús Pérez Caballero • Halfdan
Pisket • Alberto Pradilla • Rafael
Rodríguez • Jaime Rodríguez Z.
Papús von Saenger • Joe Urbach
ft. Ezequiel Zaidenweg • Alaíde
Ventura Medina**

ENTREVISTA
CON
JUNOT DÍAZ

ALEJANDRO MENÉNDEZ MORA

MANUEL ULACIA
EL HOMBRE
TRAS EL CRISTAL

MARÍA GÓMEZ DE LEÓN

LA PROMESA
DE LA
MONOGAMIA

MANUEL HERNÁNDEZ

INFORME
AYOTZINAPA
LA FAMILIA DE UN
DESAPARECIDO

GIEI

¡Te la enviamos!

revistaunamsuscripciones@gmail.com



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





FAMILIAS

NÚM. 881, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dr. Jorge Volpi

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magalí Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julieta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚM. 881, NUEVA ÉPOCA
FEBRERO DE 2022

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFA DE REDACCIÓN

Paulina del Collado Lobatón

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo

EDITOR DE ARTE

Vania Macías Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Carmen Uriarte Acebal

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Gabino Flores Castro

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA DE DISEÑO

Patricia Jiménez

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: FAMILIA DE TIGRES, DINASTÍA JOSEON, COREA, CA. 1900. THE CLEVELAND MUSEUM OF ART ©
Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO

sus
crí
bete

revistaunamsuscripciones@gmail.com

tel: 55 55 50 57 94 ext. 120



*Una familia disfuncional
es cualquier familia con
más de un integrante.*

MARY KARR

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 LAS SAGRADAS FAMILIAS

Darío Alemán

12 EL ANIMAL FAMILIAR

Alejandra Manjarrez

18 CANUTO Y CANITO

Jaime Rodríguez Z.

25 POEMAS

Fabián Casas

28 UNA FAMILIA CUALQUIERA

Élmer Mendoza

34 LO QUE NATURA NO SIEMPRE DA

Papús von Saenger

41 EL ÚNICO ORDEN POSIBLE

Alejandra Costamagna

47 SE HABLA DE GABRIEL

Rosario Castellanos

48 DANÉS

Halfdan Pisket

56 SPONGES/ ESPONJAS

Joe Urbach ft Ezequiel Zaidenweg

59 LA FAMILIA PREHISTÓRICA

Marylène Patou-Mathis

65 EL CLAN DE LOS PRIMATES QUE VEN CLANES POR TODOS LADOS

Andrés Cota Hiriart

72 LA PROMESA DE LA MONOGAMIA

Manuel Hernández

80 FAMILIA NO SOLO HAY UNA

Melissa Ayala

86 INFORME AYOTZINAPA

LA FAMILIA DE UN DESAPARECIDO
GIEI

93 LOS ADIOSES

Teresa Corona

ARTE

98 RAFAEL RODRÍGUEZ

PINTURAS FAMILIARES,
RETRATOS EXTRAÑOS

Luis Josué Martínez Rodríguez

PANÓPTICO

EL OFICIO

- 108 EL NERD MÁS SOCIAL
JAMÁS VISTO**
ENTREVISTA CON JUNOT DÍAZ
Alejandro Menéndez Mora

EN CAMINO

- 113 2021: EL AÑO EN QUE
EL ÉXODO HAITIANO
CHOCÓ CON MÉXICO**
Alberto Pradilla

ALAMBIQUE

- 117 EL MISTERIO
DE LO INVISIBLE**
Víctor Alí Mancilla Gaytán

ÁGORA

- 121 VIOLENCIA DIGITAL,
¿SOLUCIONES PUNITIVAS?**
Eréndira Derbez

PERSONAJES SECUNDARIOS

- 125 MANUEL ULACIA: EL
HOMBRE TRAS EL CRISTAL**
María Gómez de León

OTROS MUNDOS

- 129 ABRAN LA PUERTA AL
CIENTÍFICO FORENSE**
Jesús Pérez Caballero

CRÍTICA

- 134 LA TIERRA DE
LA GRAN PROMESA**
JUAN VILLORO
Jorge Comensal

- 139 EL FIN DEL AMOR**
TAMARA TENENBAUM
Alaíde Ventura Medina

- 143 LOS MUERTOS Y EL PERIODISTA**
ÓSCAR MARTÍNEZ
Pablo Ferri

- 147 FALSA GUERRA**
CARLOS MANUEL ÁLVAREZ
Nelson Cárdenas

- 151 ZONA CIEGA**
LINA MERUANE
Laura Baeza

- 155 ÑAMÉRICA**
MARTÍN CAPARRÓS
Emiliano Gullo

- 159 NUESTROS AUTORES**





EDITORIAL

Pocas cosas en esta vida pueden ocasionar tanta felicidad y tanta congoja como la familia. Es difícil explicar quiénes somos, nuestros valores, costumbres, comportamientos, sueños y temores, tanto los complejos más visibles como los más secretos, nuestros traumas y ambiciones, las creencias que tenemos sobre nosotros mismos, sin referirnos al hogar en el que nos criaron y a la relación que tuvimos, y aún tenemos, con nuestros parientes. Existe en todas las sociedades un ideal familiar con el que nos comparamos, ya sea para intentar emularlo o desmarcarnos de él. En la nuestra, el paradigma consiste en una pareja monogámica y heterosexual, en la que el padre es el exitoso proveedor, mientras la madre se encarga de los cuidados. En esa familia ideal que la publicidad explota *ad nauseam*, la armonía y la solidaridad son la norma. Las tensiones y la violencia constituyen un tabú. La realidad, como siempre, difiere de este modelo.

Cada familia verdadera es un microcosmos con dinámicas, problemáticas y configuraciones muy diversas. En este número nos interesa resaltar esa pluralidad y analizar los diferentes tipos de familia que existen en el siglo XXI. Aquellas donde los progenitores recurren a la gestación *in vitro*, por ejemplo, o a los vientres subrogados, pero también las conformadas por parejas LGBTQ, grupos poliamorosos o por personas entre las que jamás ha existido un vínculo sexual. Estos son algunos de los temas que aborda Papús von Saenger en un texto muy personal y esclarecedor que pone sobre la mesa la complejidad de la familia contemporánea. Siguiendo esa misma reflexión, el psicoanalista lacaniano Manuel Hernández intenta descifrar las motivaciones profundas de la monogamia, mientras que Melissa Ayala, especialista en leyes, describe los adelantos recientes en el campo de los derechos familiares en México.



Retrato de grupo de ancestros, Dinastía Qing, China, 1796-1820. The Cleveland Museum of Art ©

¿Qué otro tipo de familias han existido o existen en el mundo? Darío Alemán repasa distintas sagas mitológicas, especialmente las nórdicas, la egipcia y las mediterráneas, en que Saturno devora alegremente a sus hijos; mientras que la bióloga Alejandra Manjarrez describe los códigos de reconocimiento en algunas de las especies animales, sobre todo en los primates. En "La familia prehistórica", la célebre antropóloga Marylène Patou-Mathis comenta las costumbres que imperaban en los clanes de *Homo sapiens* y neandertales, practicantes asiduos del incesto. En "Canuto y Canito", un texto autobiográfico hermosamente escrito, el peruano Jaime Rodríguez Z. recuerda a su padre en el lecho de muerte, y al hacerlo analiza la influencia que este personaje tan peculiar tuvo sobre su vida. Poemas de Rosario Castellanos y Fabián Casas abordan la maternidad y la paternidad al desnudo, muy lejos de los clichés que suelen envolver estas experiencias, mientras que en un cuento titulado "El único orden posible" la narradora chilena Alejandra Costamagna revela la importancia que puede tener un viejo perro para una familia. Elmer Mendoza, por su parte, actualiza el drama shakespeariano de los amores prohibidos capaces de romper lazos de sangre.

A pesar de todos los cambios y modificaciones que han sufrido a través de la historia, una cosa sigue siendo cierta: las familias constituyen el núcleo de la sociedad. ¿Qué mejor manera de aprehender nuestra época en toda su complejidad que fijando nuestra atención en ellas? Esperamos que este número te interpele, que te haga sentir entendido en tus vínculos afectivos y te permita comprender mejor las relaciones con tus parientes. Esperamos, sobre todo, que te ayude a soltar los prejuicios y que, cuando tengas dudas, te inspire para imaginar qué tipo de familia te interesa integrar.

Guadalupe Nettel



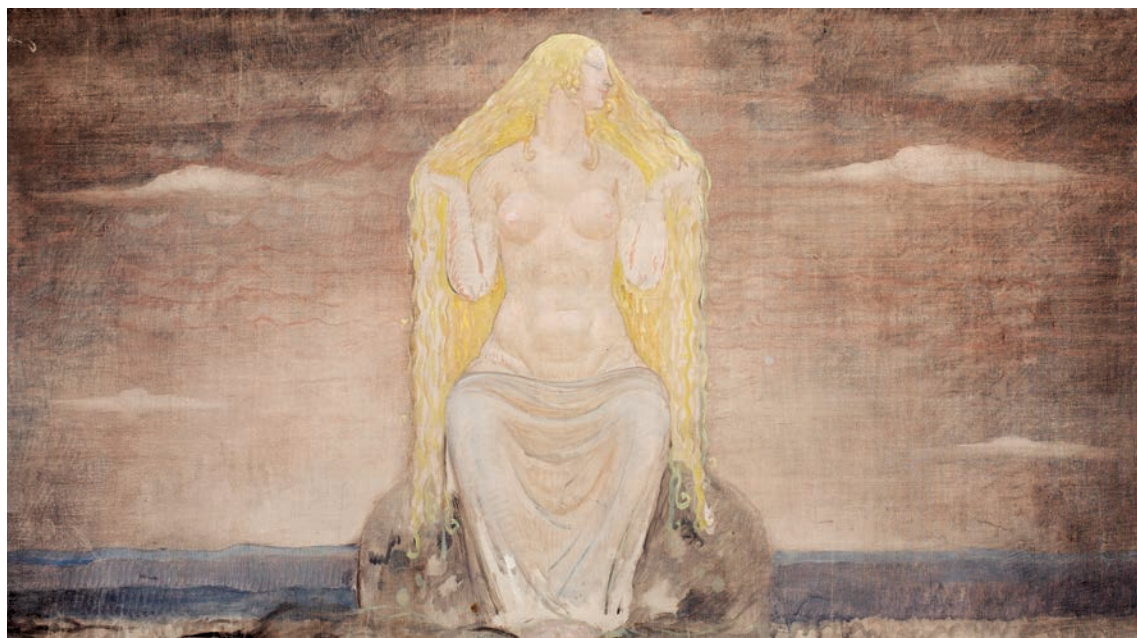
LAS SAGRADAS FAMILIAS

Darío Alemán

Los dioses fueron hechos a nuestra imagen y semejanza, no al revés. De ahí que en las mitologías desplazadas por las religiones judeo-cristianas o que influyeron en estas, las deidades compartieran rasgos antropomórficos que no se limitaban a su forma física, sino que se extendían a sus conflictos y sistemas jerárquicos. Como entre los humanos, por ejemplo, la base de la estructura social divina era la familia.

Buena parte de las antiguas mitologías occidentales son grandes y complejos dramas familiares, como el de los Buendía, solo que más místicos y extensos, al punto de abarcar no un siglo, sino eras. Cada dios, héroe o monstruo pertenece a un único árbol genealógico, de manera que rivales y aliados comparten la misma sangre. Dado que el hogar de estas figuras legendarias era el universo mismo, sus conflictos resultaban para sus fieles los puntos de inflexión de la Historia. Un amor no correspondido, una traición o una venganza entre hermanos, padres e hijos era entonces suficiente para reestructurar el orden cósmico o extinguir todo el mundo conocido.

Aunque hay conflictos que se repiten en mitos de diversas religiones, existen panteones donde la idea de la familia es un tanto singular. Tal es el caso de los æsir, las principales deidades del panteón nórdico que vivían en el maravilloso reino de Asgard. Entre Odín, Freya y los vástagos de ambos apenas hubo disputas relevantes, lo cual dice mucho del



John Bauer, *Freja*, 1905 ©

concepto de familia que poseían los vikingos y de los fundamentos de sus creencias.

A diferencia de otras culturas, los nórdicos no se preocuparon nunca por la dualidad del bien y el mal. Hasta la llegada del cristianismo a sus reinos, la moral no fue un tema filosófico que realmente les interesara, puesto que la base de toda su religión era el enfrentamiento entre el orden y el caos. Para un pueblo organizado en estructuras tribales muy bien definidas, la familia/comunidad representaba el orden, y todo aquello fuera de esta (los otros), el caos.

La idea anterior se refleja muy bien en sus mitos. Para los vikingos, los dioses surgieron del orden que nació del caos. Con el tiempo, los *æsir* crearon las leyes naturales y humanas, cosas que, según la tradición, no serán eternas, puesto que el universo es un ciclo infinito donde la creación y la destrucción se suceden constantemente. Los *æsir*, familia de dioses representantes del orden vigente, aceptan en su reino a un extraño, Loki, una deidad caótica ve-

nida del reino de los gigantes de hielo (*Jötunheim*). La llegada del extranjero termina por romper la armonía familiar el día en que provoca la muerte del dios Balder. Loki es entonces sentenciado a sufrir un castigo que recuerda al mito griego de Prometeo: soportar encadenado las gotas de veneno de una serpiente sobre su rostro. Según las profecías, en algún momento escapará de su martirio y, junto a sus monstruosos hijos (Hela, Fenrir y Jörmungandr), desatará el fin de esta era (*Ragnarök*).

El extraño, aquel que no pertenece a la familia, es quien provoca el fin de un orden, restableciendo el imperio del caos. No obstante, este último tampoco será eterno. En los mitos nórdicos, el universo resurgirá tras el *Ragnarök* y un nuevo orden será impuesto por nuevos dioses.

Como se menciona anteriormente, la idea del orden y el caos no incumbe a la moral. El orden no es el bien, puesto que puede responder a intereses mezquinos de quienes lo establecen; de la misma forma que el caos no puede

ser entendido como el mal. Loki, encarnación de lo caótico, en varias leyendas ayuda a Thor a salir de aprietos, mientras en otras realiza travesuras o crímenes imperdonables. Los æsir, por su parte, protegen a los nueve reinos, pero también imponen por la fuerza leyes que solo les benefician a ellos. El mal, en la teogonía nórdica, carece de sentido y es tan azaroso y relativo como el bien.



Pedro Pablo Rubens, *Saturno devorando a su hijo*, 1636-1638. Museo del Prado ©

A inicios del siglo xx, cuando Sigmund Freud desarrolló su modelo psicosexual edípico, medio mundo se escandalizó. Dicho modelo, muy vulgarmente resumido, plantea que los hombres son movidos en sus primeros años por una pulsión hacia el incesto con la madre y el odio al padre. Por entonces, muchos tomaron aquello como algo inverosímil, más digno de animales que de seres humanos, una idea perversa salida de la retorcida imaginación de un charlatán austriaco adicto a un polvo blanco venido de Sudamérica. Los detractores del llamado *complejo de Edipo* olvidaban que Freud, inspirado en una tragedia de Sófocles, solo había redescubierto y explicado un tópico que se remonta a la cuna de la civilización occidental. Porque sí, en la Antigua Grecia, al menos en sus mitos, eso de tener sexo con las madres y matar al padre parecía cosa de todos los días.

La mitología griega llevó el antropomorfismo de su panteón a un nivel que ninguna otra civilización logró, dotando a sus dioses de rasgos morales humanos, desde los más sublimes hasta los más despreciables. De tal forma, no hay conflicto entre mortales que no encuentren su reflejo en leyendas y mitos protagonizados por dioses, monstruos y héroes.

Volviendo a Freud, es posible que los antiguos griegos no se hubiesen espantado con el modelo psicosexual edípico. De hecho, le hubiesen dado la razón sin dudar, pues la lógica del relato de Edipo es una constante en su religión, incluyendo el conjunto de historias que conforman su teogonía. Aquello que une estos mitos parricidas es la inevitabilidad del destino, una metáfora del proceso natural por medio del enfrentamiento del hijo varón con la figura paterna.

Las figuras paternas son las que primero actúan en contra de sus hijos para burlar los presagios de los oráculos.

La relevancia de este tópico fue tal en la Grecia Clásica, que su mito del origen (también el primer crimen relatado) lo refiere. Se trata de la castración de Urano (el Cielo) a manos de uno de sus hijos, el titán Cronos. Este hecho sucede inmediatamente a la formación del universo: tras el fin de Caos surge Gea (la Tierra), quien por un embarazo espontáneo da a luz a Urano, su esposo/hijo, y junto a él alumbró a la estirpe de los titanes. Luego de la castración, Cronos, debido a una maldición de su padre, caerá también al enfrentarse al menor de sus vástagos, Zeus. Más tarde, otras historias volverían sobre el tema del parricidio, como la de Edipo y Perseo, aunque este último, a falta de un padre mortal, terminara por matar a su abuelo.

Las leyendas parricidas griegas parten siempre de profecías o maldiciones, cuyos implicados, mientras más se esfuerzan por evitarlas, más ayudan a acelerar los resortes de su fatal destino. En estos mitos, las figuras paternas son las que primero actúan en contra de sus hijos para burlar los presagios de los oráculos. Así, el mal que hacen les es devuelto siempre años después. Historias como la de Edipo, Urano, Cronos y Perseo dan cuenta de la importancia de la moral para los antiguos griegos, así como de sus creencias en lo infranqueable de la justicia divina. Basta recordar que, al igual que los hebreos, los pueblos de la Hélade concibieron un inframundo que distinguía a las buenas personas (destinadas a los Campos Elíseos) de las malas (condenadas al Tártaro).

En las culturas antiguas, y en especial en la griega, los padres y los hijos no siempre andaban de malas. El propio Zeus, señor de los Olímpicos, logró romper el ciclo parricida de

su familia gracias a un insospechado as que guardaba bajo la manga, una estrategia divina jamás usada hasta entonces: amar a sus descendientes. Hasta aquellos que tuvo fuera de su matrimonio con Hera (la mayoría) contaron con el apoyo incondicional del dios en los momentos más difíciles. Zeus, además, castigaba con especial ferocidad los infanticidios cometidos por los padres, en especial si incluían canibalismo. Al parecer, el monarca del panteón griego cargaba con una suerte de trauma de la infancia.

Sin embargo, a veces una buena relación familiar no bastaba para sortear la tragedia, pues la venganza de los hijos ante la muerte de un padre amado es otro de los temas más recurrentes en los mitos. En estas historias, generalmente, son los tíos los villanos, casi siempre hermanos inconformes con la herencia y envidiosos del patrimonio del primogénito.

La mitología egipcia incluye este modelo narrativo en una de sus primeras historias: la muerte y resurrección de Osiris. Este dios, que enseñó a los humanos la agricultura y la cerámica, tenía por hermano a Seth, deidad de los desiertos infértiles. Seth se las arregló para ahogar a Osiris en las aguas del Nilo y luego descuartizarlo, pero no contó con que Isis, esposa del fallecido, lograra unir los trozos y revivirlo en otro mundo, el de los muertos, donde el resucitado pasó a gobernar. Horus, hijo de Osiris e Isis, terminaría por vengar la muerte de su padre y regir sobre el reino de los vivos, inaugurando así el puesto de faraón.

La mitología griega, por su parte, tiene en las aventuras y desventuras de Jasón el mejor ejemplo de este arquetipo narrativo del padre

muerto, el tío malvado y el hijo vengador. La increíble epopeya de Jasón en busca del vellotino de oro —que en el mundo antiguo fue un equivalente a las películas actuales del Universo Cinematográfico de Marvel— no es otra cosa que la trama de un tío malvado que se hace con el trono de su hermano y envía a su sobrino a una muerte segura, para luego ser asesinado a manos de este.

Un milenio después de que nacieran estas historias, William Shakespeare rescataría dicho molde para escribir una de sus más populares obras: *Hamlet*. Sin embargo, es probable que la tragedia del príncipe danés tenga un final mucho más terrible que todos los relatos anteriores juntos, o al menos con más muertos.

La mayoría de las culturas antiguas concebían a la mujer como encargada de la casa y la familia. Aquellas que eran madres debían cuidar el hogar como si de un templo se tratase, mientras los hombres se iban a las guerras. Hay muchos ejemplos de “madres ejemplares”, como Freya, la mujer de Odín, que recorrió los siete reinos para salvar la vida de su hijo Balder. Este dios, según una profecía, estaba próximo a morir, por lo que Freya hizo prometer a cada forma de la materia existente que no lo lastimaría. Solo se olvidó de una pequeña rama de muérdago, que luego aprovecharía Loki para sembrar el caos en Asgard.

También Deméter, diosa de la agricultura, recorrió a pie toda la Tierra cuando perdió a su hija. El tiempo que duró su búsqueda fue terrible para los mortales pues, al encontrarse triste la deidad, el suelo se volvió infértil y fueron muchos los que murieron por hambre. Deméter terminaría por descubrir que su hija, Perséfone, fue raptada por Hades, soberano del

Inframundo. La diosa y su hermano se disputaron a la doncella durante un tiempo, hasta que Zeus optó por dictar una sentencia salomónica que pusiera fin al conflicto: Perséfone pasaría seis meses con su madre y seis con su tío, que ahora sería también su esposo. Mediante este mito, los antiguos griegos encontraron una explicación a las estaciones del año y su influencia en las cosechas.

Si bien existían en estos mitos figuras representativas de lo que significa una “madre ejemplar”, también había muchas otras cuya relación con sus hijos dejaba mucho que desear. Una de ellas fue Hera, la hermana y esposa oficial de Zeus. Esta deidad es conocida como una mujer celosa y vengativa, sobre todo con las amantes de su marido, a quienes hacía matar o convertir en animales. A los hijos bastardos de Zeus, incluyendo al afamado Heracles, también los intentó asesinar en múltiples ocasiones.

Hera fue famosa, además, por su vanidad y soberbia. Estos dos rasgos le llevaron a desobedecer a su esposo e involucrarse en la guerra de Troya en favor de los aqueos, solo porque el príncipe Paris no la escogió como la diosa más bella. Tampoco soportaba la fealdad en la familia, por lo cual, al dar a luz a Hefesto y ver su rostro deforme, lanzó al pequeño del Olimpo. Hefesto rodó nueve días y nueve noches hasta los pies del monte, lo que le provocó una cojera que le acompañaría toda la eternidad. Ya entre mortales, se convirtió en el herrero y orfebre más diestro del universo. Esos conocimientos le ayudaron a planear su venganza.

Cierta vez, Hera recibió de un desconocido un trono de oro como regalo. Al sentarse en él quedó sujeta al asiento sin que ninguna deidad pudiese socorrerla. Como condición para liberarla, Hefesto hizo prometer a su madre

que lo aceptaría de nuevo en la familia, además de darle como esposa a Afrodita. Con el tiempo, el dios cojo se convirtió en el herrero del Olimpo y mandamás en la fragua mágica donde se producían los rayos de Zeus a escala casi industrial.

Los mitos, creía Carl Gustav Jung, son una manifestación de los arquetipos, que, a su vez, constituyen el inconsciente colectivo. En otras palabras, estas historias son la expresión de nuestro patrimonio máspreciado como especie: la experiencia. Como resúmenes de experiencias acumuladas por la humanidad, relatos sueltos y aplicables a cualquier circunstancia, son modificados y constreñidos al ámbito familiar, un espacio más cerrado y didáctico que nos es común a todos. De tal forma, los mitos que se desarrollan al interior de una familia pueden ser metáforas de otro tipo de conflictos de mayor alcance.

En la Antigüedad, estos mitos eran parte de un *corpus* religioso determinado. Sin embargo, su influencia llegaba por otras vías además de la fe. La mayoría de ellos tienen una carga aleccionadora ante circunstancias específicas o constituyen en sí mismos brújulas morales abarcadoras.

Desde el siglo XIX, los psicoanalistas han echado mano de estos relatos para dar forma clínica a varias conductas humanas, lo cual no se aleja de lo que hacían sabios, aedos y hasta simples padres y madres con sus hijos a la hora de dormir. Mientras los antiguos entendían a Cronos como símbolo del tirano aferrado a su trono, los psicoanalistas lo usaron para nombrar el síndrome que describe el miedo patológico a ser desplazado del poder. Así ocurre con Ícaro, cuya historia en la Hélade alec-



Alessandro Allori, *El rapto de Proserpina*, 1570.
The J. Paul Getty Museum ©

cionaba sobre la desobediencia a los padres, y ahora bautiza al complejo casi suicida que exige a las personas empeñarse en cuestiones que las sobrepasan. Penélope, que durante siglos fue ejemplo de paciencia y fidelidad marital, es hoy en las consultas de terapia el nombre que se le da al conjunto de daños psicológicos padecidos por mujeres separadas de sus parejas a causa de la migración.

A nuestros antepasados poco les importaba si los dioses vivían en lo alto de una montaña o en reinos astrales imposibles de alcanzar, o si tenían cuerpos completamente humanos o alas o cabezas de halcón y chacal. Al final, hicieron a todos a su imagen y semejanza: capaces de envidiar, amar, matar, mentir y, sobre todo, de reunirse alrededor de un hogar y constituirse como familia. **U**



EL ANIMAL FAMILIAR

Alejandra Manjarrez

Las risas de mis padres me parecen inconfundibles. La de mi madre es aguda a pesar de su voz grave y a veces sus carcajadas parecen ahogarla; mi padre tiene una risa más tímida pero igualmente contagiosa. Puedo distinguirlos fácilmente en medio de una multitud. Me recuerdo en una ocasión formada en una fila para ordenar alimentos al mismo tiempo que ellos tenían la misión de buscar una mesa. De pronto, mientras repetía para mis adentros la lista de lo que planeábamos consumir, escuché el sonido familiar de sus risas. El motivo —lo supe minutos después— es que habían confundido el bote de mayonesa, colocado a la entrada de aquel establecimiento de comida rápida, con uno de gel para desinfectar las manos. El olor a limón y la textura pegajosa les revelaron el error, que derivó en carcajadas y el viaje de ese sonido hasta mis oídos.

El que yo sea capaz de distinguir las risas de mis padres a pesar de la presencia de casi cualquier ruido de fondo no es sorpresa; he convivido con ellos desde que nací y mi memoria ha guardado los patrones de sus voces y sus matices alegres. Sus risas no son las únicas que puedo reconocer; lo mismo me sucede con las de mis amigos: a pesar de no tener vínculos *sanguíneos* con ellos, me resultan *familiares*.

El reconocimiento de aquellos con los que compartimos genes —o algún otro tipo de historia familiar— es en realidad bastante frecuente en el mundo vivo. Las bacterias, por ejemplo, que usualmente habitan espacios aglomerados y diversos en especies microbianas, distinguen

a sus parientes a través del intercambio de moléculas y, una vez identificados, se organizan para formar agregados multicelulares o moverse en conjunto. Algunos hongos filamentosos se fusionan solo cuando las células en sus extremos se reconocen idénticas genéticamente al entrar en contacto.

Por su parte, al tener poca movilidad, las plantas interactúan intensamente con sus vecinos. En ese contexto, algunas parecen reconocer a los suyos. Una de las primeras evidencias de que hay algo de identidad familiar en ellas fue el descubrimiento de un arbusto con flores (*Cakile edentula*, común en las costas de Norteamérica) que, al crecer junto a individuos de la misma especie pero provenientes de semillas de otras madres, produce más

raíces que al crecer con arbustos *hermanos*. Se ha visto también que algunas plantas compiten menos por la luz solar —teniendo menos cloroplastos u hojas más pequeñas— si están rodeadas de parientes y no de extraños. No hay evidencia, sin embargo, de que estos comportamientos sean universales en plantas; en muchas especies no se ha encontrado ninguna muestra de este reconocimiento.¹

El caso de los animales, especialmente aquellos considerados sociales, es probablemente el mejor estudiado en cuanto a formas de re-

¹ Para una revisión general de reconocimiento de los parientes entre las plantas, ver Meredith L. Biedrzycki y Harsh P. Bais, "Kin Recognition in Plants: a Mysterious Behaviour Unsolved", *Journal of Experimental Botany*, 2010, vol. 61, núm. 15, pp. 4123-4128. Disponible en <https://bit.ly/3GVlgim>



© Marcos Castro, *La abolición de los unos y los ceros*, 2020. Cortesía del artista



© Marcos Castro, Nido de golondrinas, 2019. Cortesía del artista

conocimiento entre parientes. Utilizan los sentidos, la memoria y otras habilidades de su sistema nervioso. Se ha visto en insectos, peces, anfibios, aves y mamíferos. Y se sabe de reconocimiento entre hermanos, medios hermanos, primos, padres, hijos y, en el caso de algunos primates, los individuos pueden incluso distinguir a sus abuelos, nietos y tíos.

NEPOTISMO ANIMAL Y OTRAS CURIOSIDADES

¿Por qué habría de ser tan común en el mundo vivo eso de reconocer los *lazos de sangre*? Una de las posibles respuestas es que la correcta identificación y subsecuente cooperación con aquellos con los que compartimos genes facilita que estos se propaguen. Así, este posible beneficio, obtenido a través de actos de altruismo como el cuidado de los hijos —a pesar del costo que estos implican— podría es-

tar ligado a la evolución de mecanismos de reconocimiento de familiares y el trato preferencial hacia ellos.

En muchas especies de animales es frecuente la cooperación entre parientes cercanos, algo que los científicos denominan *nepotismo animal*. Parece que la Iglesia católica de la Edad Media, la familia Trump y algunos políticos mexicanos no son únicos en eso de tener favoritismos hacia los consanguíneos.

El nepotismo en primates es uno de los más estudiados.² Una buena parte de estas especies vive en grupos sociales grandes y estables y su organización está notablemente influida por el parentesco entre sus miembros. En muchos casos, las crías mantienen una interacción constante con sus madres durante las primeras semanas de vida, y se especula que aprenden a reconocer su olor, su voz o su apariencia. Por otro lado, comportamientos altruistas como acicalar a otros miembros de la sociedad o compartirles comida están dirigidos preferentemente hacia aquellos con los que se tiene una mayor relación genética.

Ya desde los años cincuenta se ha investigado cómo en sociedades de macacos japoneses la jerarquía de las hembras está determinada en gran medida por el rango de sus madres —una forma de nepotismo observada también en otros primates—. Por su parte, los chimpancés machos tienden a formar relaciones de largo plazo con sus hermanos (específicamente, hijos de la misma madre), aunque esto no impide que lo hagan con individuos no emparentados directamente en ausencia de hermanos de sangre.

² Para una revisión general de nepotismo en primates ver Joan B. Silk, "Nepotistic Cooperation in Non-human Primate Groups", *The Royal Society Publishing*, 2009. Disponible en <https://bit.ly/3fpv1cN>

Otra forma de cortesía hacia los parientes es no comérselos. Una especie de nematodos —una suerte de gusanos microscópicos— elige larvas de otras especies de nematodos para su merienda, nunca las propias (o, en su defecto, devoran a aquellas de su misma especie pero no tan emparentadas). El reconocimiento se basa en la presencia de una molécula en la superficie del animal. Mutaciones que afectan la estructura de esa etiqueta molecular pueden hacerlos cometer un error y convertirlos en los Cronos del mundo animal.³ Otros que prefieren platillos con ingredientes de extraños que de familiares son las moscas de la fruta y los sapos pata de pala, por lo que el mecanismo de reconocimiento para no errarle a la hora de canibalizar parece estar presente en muy diversas especies de animales.

Además de la posible explicación evolutiva de cooperar con aquellos con los que se comparte el ADN, sondear la identidad de quienes nos rodean con respecto a la nuestra ayuda a

tos llevados a cabo en la Isla de Benidorm, cerca de Alicante, se les presentó a un grupo de paños el olor —ese que emana de la cera de su plumaje— de otros individuos emparentados y su comportamiento sugirió que preferían los olores de aquellos con los que no están relacionados con respecto al de padres o hermanos.⁴ Esto podría sugerir la existencia de un mecanismo para elegir pareja con prudencia.

CLAMORES, OLORES Y ROSTROS: ESE LÉXICO FAMILIAR

En su libro *Léxico familiar*, la escritora italiana Natalia Ginzburg relata a fuerza de memoria las frases que en su infancia y juventud escuchó con frecuencia de sus padres, su abuela y otros miembros de su familia. A pesar de ser dichas en italiano, algunas son tan peculiares que otras familias, hablando el mismo idioma, no entenderían su significado, pues les haría falta el contexto cotidiano de esas expresiones. Ginzburg escribe que una sola de

En la oscuridad de una caverna algunos murciélagos pueden también reconocerse a través de vocalizaciones.

evitar emparejarse con parientes. Y es que hacerlo puede reducir, en algunas especies, el riesgo de desarrollar ciertas enfermedades, mientras que la diversidad genética ayudaría a incrementar las capacidades para adaptarse y responder a distintos retos.

Un ejemplo es el paño europeo, ave marina que, se presume, es capaz de distinguir a su parentela a través del olfato. En experimen-

aquellas frases les permitiría a ella y a sus parientes reconocerse “los unos a los otros en la oscuridad de una gruta o entre millones de personas”.⁵

En la oscuridad de una caverna algunos murciélagos pueden también reconocerse a través de vocalizaciones. En ciertas cuevas

³ James W. Lightfoot, Martin Wilecki, Christian Rödelberger *et al.*, “Small Peptide-mediated self-recognition Prevents Cannibalism in Predatory Nematodes”, *Science*, 2019, vol. 364, núm. 6435, pp. 86-89. Disponible en <https://bit.ly/3e2Briq>

⁴ Francesco Bonadonna y Ana Sanz-Aguilar, “Kin Recognition and Inbreeding Avoidance in Wild Birds: the First Evidence for Individual Kin-related Odour Recognition”, *Animal Behaviour*, 2012, vol. 84, núm. 3, pp. 509-513. Disponible en <https://bit.ly/3zFEHKE>

⁵ Natalia Ginzburg, *Léxico Familiar*, Mercedes Corral (trad.), Lumen, Ciudad de México, 2016.

del continente americano, por ejemplo, habita el murciélago de cola libre, cuyas madres cotidianamente salen a cazar insectos mientras dejan a sus crías dentro, en perchas de maternidad. Al regresar para alimentar a su retoño, cada madre tiene que identificar, entre la multitud, al propio. Los clamores característicos de su cría son una de las pistas que la guían. Una vez que están cerca, el olfato también asiste en este reconocimiento.⁶

Las aves son otras especies que utilizan sus habilidades vocales y acústicas para reconocer a los suyos y otorgarles en ciertos casos un trato preferencial. La golondrina ribereña —que puede avistarse en distintos lugares de la república mexicana, incluyendo la Ciudad de México— ilustra bien este comportamiento; si a una pareja de adultos con un nido de

Como ya vimos con el paño europeo y el murciélago de cola libre, un buen olfato también es rentable a la hora de identificar a aquellos con los que se comparte un entorno. A algunos roedores les basta husmear la orina del vecino para conjeturar respecto a su identidad. El aroma de esta secreción está fuertemente influido por su combinación proteica y por el ADN del individuo. Hay una mayor probabilidad de que los olores de la orina de ratones emparentados sean más similares. Por tanto, el reconocimiento del propio olor urinario es aquí útil para identificar a aquellos que son familia.⁸

Inspeccionar químicos a través del tacto está también en la lista de mecanismos para interactuar o discriminar a otros individuos. Las cucarachas rubias, esas que gustan de ins-

Las habilidades sensoriales de muchas especies animales son fundamentales en ese esfuerzo por descifrar identidades familiares.

crías se le añaden otras que no son las suyas, los padres las aceptan, se hacen cargo de un nido mixto de hijos propios y ajenos. Esto, sin embargo, solo sucede si los retoños tienen menos de quince días de nacidos, periodo en el cual están apenas desarrollando un canto característico. Si las crías ajenas son transferidas al nido siendo mayores, ya con un canto maduro, los padres alimentarán de manera preferencial a las suyas, rechazando a quienes no lo sean.⁷

peccionar viviendas humanas, son capaces de distinguir hermanas de extrañas sin una previa experiencia social con ellas. Su habilidad consiste en identificar la composición de hidrocarburos en la cutícula de otras cucarachas al tocarlas con las antenas —a través de las cuales detectan olores, entre otras cosas—. Estos insectos prefieren a sus hermanas para socializar; pero para iniciar el cortejo sexual y reproducirse eligen más bien a aquellas no tan emparentadas.⁹

⁶ Jonathan P. Balcombe, "Vocal Recognition of Pups by Mother Mexican Free-tailed Bats, *Tadarida brasiliensis mexicana*", *Animal Behaviour*, 1990, vol. 39, núm. 5, pp. 960-966. Disponible en <https://bit.ly/3F9ZKH3>

⁷ Para una revisión general de reconocimiento entre aves sociales ver Amy E. Leedale, Jianqiang Li y Ben J. Hatchwell, "Kith or Kin? Familiarity as a Cue to Kinship in Social Birds",

Frontiers in Ecology and Evolution, 2020. Disponible en <https://bit.ly/3H8RRCz>

⁸ Sarah A. Cheetham, Michael D. Thom et al., "The Genetic Basis of Individual-Recognition Signals in the Mouse", *Current Biology*, 2007, vol. 17, núm. 20, pp. 1771-1777. Disponible en <https://bit.ly/32ciV4D>

⁹ Mathieu Lihoreau y Colette Rivault, "Kin Recognition Via Cuticular Hydrocarbons Shapes Cockroach Social Life",

Los ojos son otra herramienta para evaluar si el de al lado es *de los nuestros*. Entre humanos, por ejemplo, un rostro nos ofrece no solo información acerca de si previamente hemos convivido con alguien, sino además nos ayuda a inferir la edad o el estado de ánimo. El reconocimiento facial ha sido identificado en muchos primates. Los chimpancés, nuestros parientes no humanos más cercanos, son muy habilidosos para distinguir individuos a partir de sus características faciales. No solo reconocen a sus parientes, sino que algunos estudios señalan que son capaces de identificar parentesco en individuos con los que no están relacionados, por ejemplo, asociando el rostro de una madre con el de su hijo.¹⁰

Así, las habilidades sensoriales de muchas especies animales son fundamentales en ese esfuerzo por descifrar identidades familiares y extrañas. Y, en muchos casos, el uso de más de un sentido facilita esta identificación. Y es que a veces el empleo de uno solo puede fallar. La vista no fue suficiente para mis padres al momento de distinguir entre mayonesa y gel; el tacto y el olfato asistieron para revelarles la falsa identidad de lo que aquel bote contenía. Sospecho que, de vez en cuando, habrá escenarios en donde los animales se lleven sorpresas de ese tipo si andan distraídos durante el proceso de identificación de crías o hermanos.

¿FAMILIAS SOLO DE SANGRE?

Entre humanos es comúnmente discutido el concepto de familia consanguínea versus *la elegida*. No es poco frecuente escuchar a quie-



© Marcos Castro, *Murciélago*, 2020. Cortesía del artista

nes llaman hermanos a los amigos. No solo la convivencia nos hace sentir familiares con aquellos con los que no estamos emparentados. La literatura también lo logra. Gracias a ella y a la generosidad de Ginzburg, leer sus memorias casi sesenta años después de haber sido publicadas nos hace, por instantes, sentirnos parte de su tribu.

¿Las familias no humanas tienen también esa flexibilidad? En el mundo animal, particularmente, esa posibilidad existe. Como se ha visto a lo largo de este texto, los mecanismos de reconocimiento tienen distintos orígenes; a veces se basan en una evidente etiqueta genética (como en el caso de los nematodos o las cucarachas), pero en muchos otros es la memoria de las primeras interacciones en la vida lo que permite el subsecuente reconocimiento del parentesco, como sucede en varias aves. Y aunque en grupos animales es muy alta la probabilidad de que durante los primeros momentos de la vida se esté expuesto a consanguíneos, habrá ocasiones en donde esto no suceda y en donde la memoria encuentre familiaridad en aquellos con un ADN muy distinto.

Genético o aprendido, es posible que todas las familias tengamos nuestro propio e íntimo léxico familiar. **U**

Behavioral Ecology, 2009, vol. 20, núm. 1, pp. 46-53. Disponible en <https://bit.ly/3dZLtkv>

¹⁰ L. Parr y Frans B. M. de Waal, "Visual Kin Recognition in Chimpanzees", *Nature*, 1999, vol. 399, pp. 647-648. Disponible en <https://go.nature.com/3yE5giB>



CANUTO Y CANITO

Jaime Rodríguez Z.

Te he visto. Te he visto volando, hijo", está diciendo. "Es verdad que allá la gente puede volar, ¿no? Qué maravilla, ¿no?" Tengo las manos en la mierda de mi padre. "Hijo, ¿y esas luces? Qué maravilla, ¿no? Todas esas luces. ¿Ves las luces?" Intento cambiarle el trapo que envuelve su cuerpo tremendamente empequeñecido, pero mientras delira, me sujeta de las manos, pone los ojos en blanco, hace que se embarre todo.

Cuando parece que está a punto de pasar el acceso, se queda catatónico. Sus ojos permanecen anclados en un punto fijo que está, desde siempre, situado detrás de mi cabeza. Sus pelos blancos flotan alrededor de la suya como los restos de una tormenta eléctrica.

Estamos en un hospital en un barrio pobre al sur de Lima. Aunque en realidad no estamos en el hospital, sino en una especie de estacionamiento o zona de carga y descarga en la parte trasera de la sala de emergencias. El hospital está rodeado de muros que están rodeados de coches, de carritos de comida, de cerros repletos de casas. Cada vez que entro o salgo de este lugar tengo que darle un sol al de seguridad. En el Perú, los hospitales y las cárceles se parecen a los planetas: orbitan alrededor del sol. Hay que pagar a los vigilantes o policías que te abren y te cierran las puertas. Todo el tiempo.

Mi padre no ha estado en muchos hospitales, pero ha estado en varias cárceles a lo largo de los años. Era poco más que un adolescente cuando lo detuvieron por primera vez. Estuvo varios días en una cárcel que se

volvería famosa, años después, por uno de los motines más sangrientos ocurridos en Lima hasta ese momento. Luego vendrían otras. Una vez, cuando trabajaba en el periódico, me trajeron la maqueta de una página impresa que se publicaría al día siguiente. En ella se veía una foto de mi padre esposado y flanqueado por un par de policías. Llevaba una camisa color rosa y el rostro desencajado. Hablé con los encargados de la sección y como era una nota menor, de relleno, la retiraron. O eso creo recordar. Lo que no recuerdo es lo que sentí. ¿Qué sentí? No fue rabia, seguramente, porque yo casi nunca me enfurezco. Vergüenza. Lástima tal vez. Aunque yo prefiero la palabra *pena*. Sentir pena por alguien te incorpora a su dolor, al menos para mí. Sentir pena por alguien no está muy bien visto. Tampoco la autocompasión. La autocompasión tiene muy mala prensa, pero a mí me ha salvado la vida algunas veces.

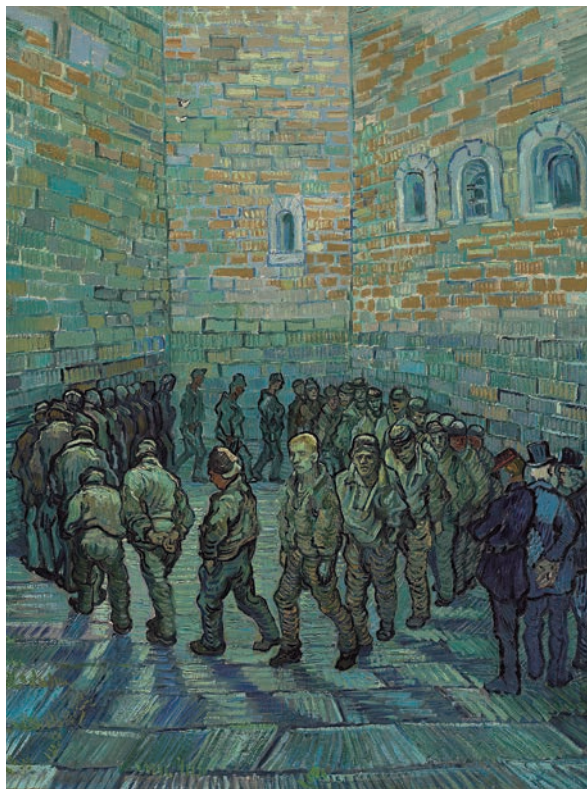
Mi padre lleva cuatro días delirando a la intemperie. No es invierno, pero en las noches la humedad de la ciudad pesa sobre nosotros como una sábana mojada, fría. Estamos aquí porque no hay habitaciones ni pasillos disponibles, claro. Solo hay estas camillas viejas y oxidadas que ahora apretamos contra las paredes del estacionamiento para proteger a los pacientes, nuestros familiares, de la garúa.

Hoy también han venido mis hermanos pequeños. Esperamos a que mi padre se duerma, lo dejamos tapado con unas mantas y nos vamos a comer un lomo saltado a la cafetería del hospital que regentan unos venezolanos, justo al otro lado del parking. No nos vemos mucho mis hermanos pequeños y yo, pero estamos contentos de comer juntos. Uno de ellos, el que salió de la cárcel hace poco, se llama

como yo. Mi padre nos puso a los dos el mismo nombre, el suyo, con veinte años de diferencia. Como si la primera versión le hubiera salido mal.

A decir verdad, también le puso el nombre del hermano que me sigue en edad, al que le sigue en edad a mi tocayo. Nunca sabré si mi padre quiso expiar en esa ridícula simetría su insatisfacción con nosotros o si pensó, en algún momento de su vida, que simplemente podía volver a empezar.

En total, mi padre tuvo cinco hijos más además de nosotros. Nosotros somos mi hermana mayor, yo, y el hermano que me sigue. A los "chicos", como les decimos, los tuvo con una señora con la que se supone que compartía un



Vincent van Gogh, *La ronda de los presos*, 1890 ©



Egon Schiele, *Levitación (El Ciego II)*, 1915 ©

tipo de vida marginal o perversa. Nunca lo hemos sabido a ciencia cierta. Nunca hablamos de ello. Durante años pensé que tenía solo cuatro hermanos más, pero poco antes de que ingresaran a mi padre en el hospital había conocido al quinto, cuya existencia ignoraba. El chico tenía 19 años en ese entonces y a este, mi padre le había puesto mi segundo nombre. Tercer intento.

Mi madre acogió a los tres primeros hijos que tuvo mi padre con otra mujer y los crió como si fueran suyos. ¿Por qué lo hizo? ¿Fue acaso un último gesto de amor hacia el hombre que tanto daño le había hecho a lo largo de su vida? ¿Pura y simple compasión por unos niños cuya madre los había abandonado? Nunca hablamos de ello. El caso es que a los hijos que había parido no nos sorprendió en absoluto. A veces mi madre es, como la propia naturaleza del amor, incomprensible. Pero una vez me dijo que mi padre siempre quiso tener más hijos y

como, tras el nacimiento de mi hermano, su tercer hijo biológico, ella se había ligado las trompas, mi padre siempre le había guardado rencor por eso.

El cuarto hijo de mi padre fue acogido por una tía nuestra porque ya no había más espacio en casa de mi madre. El quinto, del que no supimos nada hasta años después, debía ser solo un bebé por esa época. Fue como un reparto de cachorrillos. El mayor de los chicos, el que comparte nombre conmigo y con mi padre, tenía entonces seis años. Se supone que estaban viviendo en la calle o en hoteles de mala muerte del centro o qué sé yo. Recuerdo haber visto a mi padre alguna vez, deambulando por esas calles. Tal vez fue una de esas veces en que me llamaba para pedirme algo de dinero. Recuerdo haberlo seguido un rato tras despedirnos, hasta verlo desaparecer en algún portal particularmente truculento. Pero no recuerdo qué sentía. ¿Qué sentía? Curiosidad. Rencor. Pero nunca llegué a cruzar los umbrales por los que desaparecía.

Todo lo que me ha ocurrido desde entonces ocurre allí.

El caso es que un día mi madre me pidió que viniera a casa y cuando llegué dos enanos me saltaron al cuello de inmediato. Me conocían porque mi padre, que nunca nos habló de su existencia, a ellos les enseñaba fotos nuestras. El tercero de los chicos que acogió mi madre vino tiempo después. Había nacido con una lesión cerebral grave y no se valía por sí mismo. Supongo que por eso tardó más en llegar, porque a mi padre le habrá parecido un abuso cargar a mi madre con semejante peso adicional. Pero terminó viviendo en casa, por supuesto. Nunca había que subestimar a mi padre.

Mi hermanito vivió siempre como un niño de tres años, hasta que se murió con veinte. Mi

*Mi hermanito vivió siempre
como un niño de tres años,
hasta que se murió con veinte. Mi
madre aún conserva sus cenizas.*

madre aún conserva sus cenizas en un rincón de su habitación.

No estuve allí cuando murió.

En realidad, no he estado en casi ningún momento importante en la vida de los chicos. Cuando ellos llegaron a casa, yo ya me había ido. Se criaron con mi madre y con mi hermana. Nunca he sido para ellos un hermano protector ni proveedor.

Los chicos han llegado hasta aquí como han podido.

Al quinto día en el estacionamiento, vuelvo con medicinas, radiografías y documentos. El sistema sanitario en el Perú es como un yonqui terminal, un cuerpo sin alma que siempre quiere más de ti, un poquito más, esta vez sí es la última. Contra todo pronóstico, hemos logrado que le hagan una resonancia magnética en otro hospital así que vienen a llevárselo en una ambulancia y atravesamos la ciudad con mi padre aún sumido en un estado delirante y febril. Vamos con él mi hermano, el que me sigue, y yo. Fumamos en la puerta del lugar. Hablamos del trabajo, pero rápidamente volvemos al territorio de la infancia. Películas. Chistes. Dibujos animados. Es una buena forma de hablar.

Los exámenes arrojan como resultado una decena de microinfartos cerebrales. Su cerebro está lleno de lesiones. Veo las piernas de mi padre sobresaliendo del tubo, las uñas de sus pies parecen garras amarillas y enormes. Cuando lo sacan del tubo está inconsciente o dormido. Me acerco a su cara y veo una lágrima secándose en el borde de su ojo. Me acerco al rostro de mi padre sin poder llorar. No lo hice cuando me llamaron para decirme que lo habían encontrado desnudo, flotando en un charco de sí mismo; ni cuando me dijeron que las

primeras 48 horas serían cruciales para saber si sobreviviría; ni cuando llegué al hospital y lo encontré así, completamente vencido, finalmente, pero atado a la camilla como si fuera a irse a alguna parte, como si hubiera todavía en él un mínimo atisbo de voluntad o empeño. Acomodo un poco el pelo grasiento de mi padre. Una vez, cuando era niño, me encontré llorando porque otro crío me había pegado. Me cogió del cuello de la camisa y me dijo la próxima vez que te vea llorando te voy a pegar yo.

Lección aprendida.



Barbara Hanrahan, *The Puppet-master*, 1987.
© National Gallery of Australia

Volvemos en ambulancia al estacionamiento del hospital. A mitad de camino nos quedamos atascados en medio del tráfico salvaje de la ciudad. La ambulancia hace sonar la sirena sin parar pero nadie nos cede el paso. El paramédico que está al volante se pelea a gritos con los conductores de las combis. Estos le insultan y arrojan cosas contra nosotros. En medio del caos alguien abre violentamente la puerta.

no puedo seguir odiándote más, pa, pero no quiero perdonarte y sin embargo tu amor, pa, tu amor, tan puteado siempre, tan mierda todo, qué ingente cantidad de incomprensión, tú, el gran merecedor, el puto plato de sopa que había que llevarte siempre a la cama, tu amor, pa, todas las veces que te emborrachabas y me llamabas estúpido y cómo te fuiste yendo así, de a pocos, un día, dos, tres, hasta que ya no

Al octavo día mi padre despierta y empieza a hablar con normalidad. Pide de comer. Dice que no recuerda nada.

La ambulancia se llena de olor a humo de coches y a fritanga. Mi padre sigue inconsciente y atado a la camilla. Veo a dos o tres tipos que miran los escasos equipos médicos. Dicen algo, pero no logro entender qué, porque ya no los escucho. Salto hacia ellos completamente fuera de mí. Hacia la luz del sol siempre pálido de Lima, hacia el vórtice de la estupidez, hacia el centro de la violencia haciéndose costra, una y otra vez, contra el asfalto. Estoy en casa.

Al sexto día lo trasladan desde el estacionamiento a una planta del hospital hecha de material prefabricado, pero perfectamente aséptica y funcional. Cuando finalmente lo meten en una cama con sábanas limpias, almohadas y una mesa de noche para guardar sus cosas, es como si estuviéramos en el Ritz.

Al séptimo día, mi padre tiene un último acceso. Convulsiona en mis brazos. Pienso que se va a morir. He pensado muchas veces en ese momento. En que mi padre se va a morir sin que hayamos hablado nunca. He elaborado conversaciones enteras entre él y yo, imaginando sus respuestas, anticipándome a sus reproches y los míos. Me he visto decirle que ya

volviste más y te perdiste en una euforia que estaba tan lejos de mí que no pude salvarte, así que un día me fui yo también, porque aprendí la lección de irse, la evasión, pa, eso que me decías de la serpiente que se enrosca en tu corazón, tu miedo, mi terror a no conocer jamás la soledad porque siempre, al final de todos los caminos, solo quedamos nosotros, una sombra violentísima que nos aleja de todo mientras tú te alejas otra vez, tú, compañero implacable, tú, pequeño hombre mío acongojado.

Al octavo día mi padre despierta y empieza a hablar con normalidad. Pide de comer. Dice que no recuerda nada. No hablaremos nunca más de ello.

Hace muchos años, en medio del ciclo infinito de su derrape, cuando aún intentábamos recuperarlo, le propuse a mi padre alquilar una de esas combis para trabajar juntos. Las combis representaban todo lo que odiaba de mi país en ese entonces. En los noventa, fueron el refugio de los arrojados por el fujimorismo a la informalidad, a la jungla del capitalismo forzado. Cientos, miles de trabajadores desempleados que encontraron en esas camionetas

de transporte de pasajeros una posibilidad de subsistencia en las venas siempre obstruidas de Lima. Emprendedores del caos. Engendros del averno político, descerebrado y corrupto.

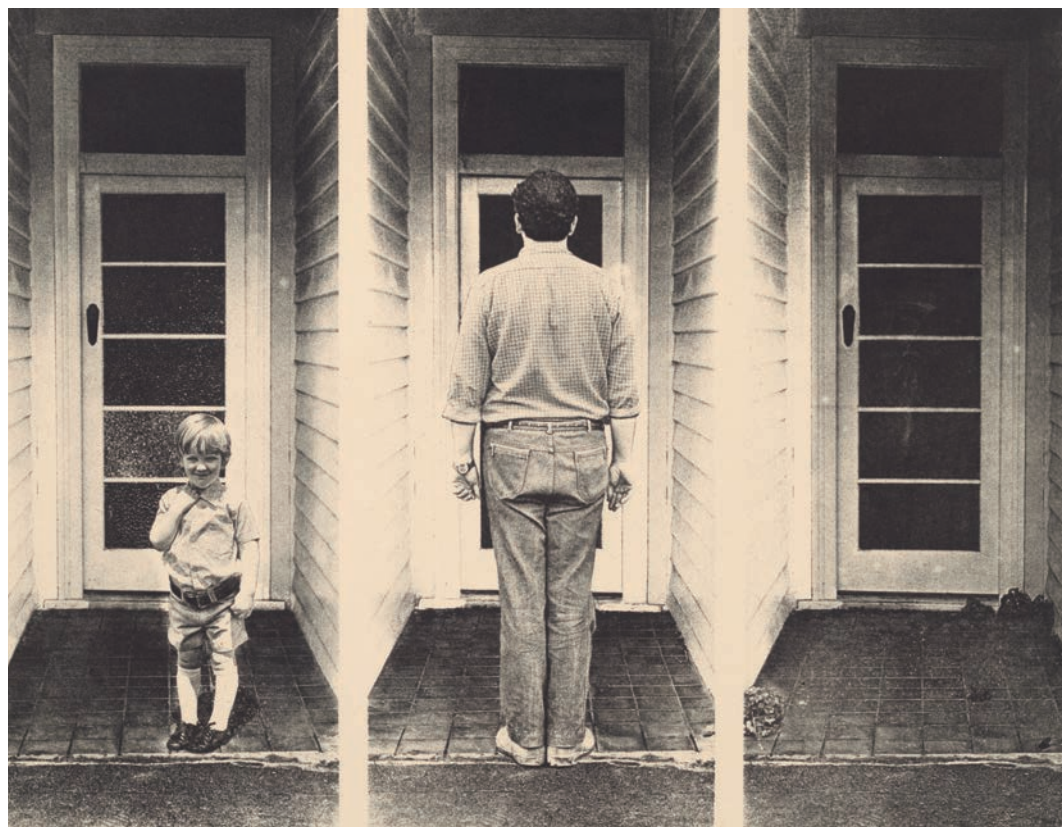
Le dije a mi padre que debíamos hacernos con una.

Él podía ser el conductor y yo el cobrador. Le pondríamos una inscripción: "Canuto y Canito", por una vieja serie de dibujos animados protagonizada por dos perros. Mi padre imitaba a la perfección sus voces. Canuto es un padre protector y Canito un hijo devoto, aunque algo desobediente. Mi padre, por supuesto, se burló de mí como solo se puede burlar de ti tu padre. No recuerdo qué sentí. Sí lo recuerdo.

Frustración. Hartazgo. Intemperie. Pero aún ahora, tantos años después, a veces pienso que cambiaría toda la vida que he construido a sobresaltos y que contiene todas las cosas en las que creo, todas mis convicciones, todos los lugares en los que he estado y todas las personas a las que amo, porque él hubiera dicho que sí.

*Augie Doggie was feeling sad
'till he learned from Doggie Daddy. U*

Jaime Rodríguez Z. *Solo quedamos nosotros*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021. Se reproduce con el permiso del autor.



Rod Ewins, *Father of the Man*, 1984. © National Gallery of Australia



Zygmunt Waliszewski, *Man with Children*, 1914-1918 ©

POEMAS

Fabián Casas

PARRA

Como Jay Gatsby, el Hombre Imaginario
alquila una casa imaginaria
desde donde mira el balcón imaginario
en la que su familia imaginaria
vive una vida imaginaria
con su nuevo padre imaginario.

UCRONÍA

Todo el tiempo piensa en la ucronía.
Que no pase lo que pasó.
Siguen juntos, criando a los niños,
que crecen mirando dibujos animados japoneses.
Ellos cocinan y se ríen, encontraron
una forma secreta de vencer
al largo y despiadado verano
donde el parásito que incubaron
está por nacer.

LA VELOCIDAD DEL MARIDO

Lo primero que le preocupaba era
cuándo iba a poder hacerlo. ¿Cuánto
tiempo tardó X en volver
a estar en pareja? Había dejado
el auto con las luces encendidas toda la noche
y ahora arrancaba.

Puesta así,
en la primera fila del canil de carreras
se sorprendió por la velocidad del marido
que llegó antes que ella. ¿Cómo puede ya estar
con alguien? ¿Y más joven? ¿Después de lo
que me hizo? Él no merece ser feliz.

La amiga que le contó el chisme de acero
le propuso que se pusiera el vestido de raso
de la temporada pasada y esperara... alguien iba a pasar.
Y pasó. Un joven pinchadiscos de buen corazón
con ganas de formar una familia,
justo lo que ella había dejado atrás
con una polémica decisión.
Aunque los deseos acoplen
O se repelan como polos opuestos de un imán,
con disciplina, voluntad y coraje,
uno puede hacer encajar piezas
que no encajarían nunca.
Así lo hizo.

LA NIÑA Y EL PRÓCER

El 17 de agosto, siete años atrás, fue padre por primera vez.
De ese día recuerda ir con su mujer en el auto de madrugada.
Atravesaban una ciudad anestesiada.

La sensación que tenía era —supuso— igual a la
que deben sentir los astronautas antes de ser lanzados al
espacio. La madre ya tiene al bebé adentro, lo siente cre-
cer, moverse. Para cierto tipo de padre —como era él—
el bebé es una abstracción, un cálculo matemático hecho
de carne y agua. “Papá, papá”, lo llamaba una enfermera,
pero no se daba cuenta de que le hablaba a él. Nadie nun-
ca lo había llamado así. Lo cambiaron, le pusieron una ropa
blanca tapando con gasa sus zapatos. Parecía uno de esos
empleados de una fábrica de satélites donde la suciedad
no puede filtrarse. Rápidamente, supo que la paternidad no
se baja como una aplicación.

ROAD MOVIE

Mientras el sol drenaba sus últimos tenues rayos
llegaron a la estación de servicio.
Una casa de comida en medio de la ruta del desierto.
Atestada de gente que iba y venía.
Comieron nerviosos, cambiaron a los niños
y discutieron sobre lo que iban a hacer.
Los nómades viajan por necesidad,
los turistas por aburrimiento.
Después de mucho darle vueltas,
tomaron la decisión de hacer un tramo más
hasta la otra ciudad. Eso significaba
meterse en la ruta desierta, con dos niños cansados.
No lo sabían, pero estaban mirando
la nuca del abismo.
Cuando salieron, ya era la noche más oscura
y el marcador del matrimonio estaba en rojo.

Selección de *Últimos poemas en Prozac*, Emecé, Buenos Aires, 2019. Se reproduce con la autorización del autor.



UNA FAMILIA CUALQUIERA

Élmer Mendoza

Las apodaban Princesa, Duquesa y Condesa, y eran lindas como ninguna. Princesa era la mayor y su parecido con Marilyn Monroe era sorprendente. De estaturas regulares y cuerpos perfectos, paraban el tráfico. Princesa, con veintiún años, era la jefa de la banda: no solo su figura era importante en el éxito de sus operaciones, también su inteligencia y la frialdad con que dirigía y participaba en cada operación. De Tijuana a Culiacán, no había tienda grande que no hubieran esquilma-do. Robaban ropa, accesorios y joyería fina. Se rumoraba que tenían que ver con tres asaltos bancarios pero nadie tenía la certeza y tampoco se les notaba, porque no eran derrochadoras. Vivían con sus padres y, al menos en el barrio, se comportaban correctamente; pero hay días, se sabe, que lo mejor es quedarse en casa, leer, regar el jardín y cocinar jabalí.

Viernes. 13 horas. Casa Vinny. Desde que entraron las hermanas, el dueño supo qué le esperaba. Comunicó la urgencia a la policía, con la que mantenía un acuerdo, que llegó en dos minutos a la tienda de ropa importada. La Princesa captó de inmediato la situación, pidió a sus hermanas que escaparan mientras ella le mentaba la madre a la tira, oponía resistencia y se dejaba esposar gritando como loca. El policía más viejo la metió al baño donde le sacó la ropa que se había sobrepuesto. Dos pantalones, tres blusas, algo de ropa interior en los bolsillos y seis juegos de pendientes de oro de 18 quilates.

Le dieron tres años sin derecho a fianza.

Allí conoció al Piojo Arce, un traficante de treinta años, especialista en transportar heroína de la sierra a la frontera. El tipo era una garantía.

Tenía hijos con tres mujeres pero en cuanto vio a la Princesa dijo de aquí soy, por esta mujer me muero donde sea. Fue rápido: antes de que algún comandante, custodio o cualquier cabrón pusiera sus manos en ella le puso plánton y la apartó. Pagó lo que pidieron y a todo mundo le quedó claro que con esa belleza lo mejor era mantener la sana distancia.

Cuando lo notificó a la Princesa, ella sonrió, le pareció que el tipo era feo pero bien valía la pena jugársela. Además, de golpe le quitó la coacción de uno de los jefes de la cárcel que se la había sentenciado. Esta noche te quiero sin calzones, culito, amenazó; pero con esto, seguro el cabrón no se acercaría ni a la celda vecina. Sin embargo, quiso estar segura. Me parece muy bien, eres muy guapo, oye, pero no

podemos seguir aquí. ¿No? No, necesitamos otra celda para estar a gusto. Lo arreglo ahora mismo, manifestó el Piojo y se marchó. Regresó una hora después. Princesa mía, tenemos la suite principal. Qué emoción.

Tres meses después la Princesa quedó embarazada. Para su fortuna, un tío del Piojo, el capo del cártel al que pertenecía, consiguió que los liberaran antes del parto y pudo dar a luz en el mejor hospital del noroeste. Sus hermanas, que estaban en franca bancarrota, la buscaron con el propósito de continuar sus carreras. Los ladrones nacen, se hacen y mueren en la raya, la animaron, pero el Piojo señaló que ni madres, que su vieja no iba a andar robando pendejadas en ninguna parte, que si querían trabajar, que lo hicieran con él. Las



© Mayra Martell, *Eva*. Candidata a reina del carnaval de primavera en Badiraguato, Sinaloa, de la serie *Beautiful*. Cortesía de la artista

La Duquesa prefirió tener muchos amantes y pronto consiguió casa, Mustang y varios negocios, que administraba con mano dura.

hermanas quedaron pensativas. Robar ropa era una cosa, traficar heroína otra. Más cabrona. Lo otro es que consigan un marido que las saque de pobres, aconsejó la Princesa sin que la oyera el Piojo. Qué onda, preguntó Arce, al que ya le estaban gustando más las cuñadas que su mujer. Mi tío acaba de hacer un trato con unos colombianos y traficaremos coca, heroína solo para los seguidores de Janis Joplin. ¿Y esa quién es? Una morra bien acá, pero no te preocupes, ya colgó los tenis.

Dos meses después, la banda, que había crecido y tenía una avioneta propia, estaba metiendo una tonelada de polvo por semana a

California y Arizona. Desde luego, la Condesa y la Duquesa se habían revelado como chicas especiales a la hora de la aparición de algún agente que quisiera pasarse de listo. La belleza da poder y pronto se sintieron en su elemento. El tío del Piojo eligió a la Condesa, que era la más joven y su cara era como la de Meg Ryan. Dos noches fueron suficientes para volver loco al viejo, que le puso casa, carro y servidumbre, muy por encima de su hermana, que a estas alturas ya tenía dos hijos, tan feos como el padre. La Duquesa prefirió tener muchos amantes y pronto consiguió casa, Mustang y varios negocios, que administraba con mano dura para evitar el robo hormiga. Narcos, políticos, artistas y hombres de negocios conocieron su cuerpo.



© Mayra Martell, *Pedro*, Sinaloa, de la serie *Wild Hunting*. Cortesía de la artista

Pronto la Condesa dio a luz a una linda niña que se convirtió en los ojos de su padre que, por cierto, después de la muerte accidental de su principal competidor, se convirtió en el capo de la franja fronteriza de Ciudad Juárez a Tijuana y de la costa del Pacífico, por donde llegaba la mayor parte de la coca del país del realismo mágico. El bautizo fue una fiesta de la que todavía se habla y de la que surgieron siete corridos. Dos cantantes del momento y un famoso grupo norteno estuvieron presentes y la borrachera duró una semana.

No fue la única fiesta. Hubo muchas en que también aparecían políticos a ofrecer sus respetos. El capo los recibía sonriente y por supuesto les prometía todo su apoyo para la próxima campaña o para eliminar a algún rival incómodo. La familia estaba unida y crecía. La Condesa se puso implantes en los pechos y en las nalgas, detalle que fascinó al gran capo. La Duquesa se conservó hermosa siempre. Sabía que parte de su éxito residía en la perfección de su cuerpo y seguía los consejos de la novia de Tarzán. La Princesa era una buena madre. Hizo todo lo posible por mantener a sus hijos lejos de la idea de que podrían ser como su padre, pero fracasó. Muy pronto los chicos supieron a qué familia pertenecían, disfrutaron el poder e inauguraron el status de narco juniors. Antes de cumplir la mayoría de edad habían tenido infinidad de experiencias sexuales, chocado siete autos de lujo, destruido cuatro jardines públicos e iniciado a su hermosa prima en los secretos del sexo. En la familia sabían la ruta que los chicos recorrían y nadie se alarmaba. El capo lo supo y si bien no le disgustó la conducta de los jóvenes, lo dejó frío enterarse de que su hija se acostaba con los dos hasta tres veces al día. ¡Me lleva la chingada! Se puso fúrico. ¡Hijos de su puta madre!



© Mayra Martell, *Reina y Rey*. Carnaval de la playa en Altata, Sinaloa, de la serie *Beautiful*. Cortesía de la artista

La Condesa le explicó que apenas se había dado cuenta. Esto yo lo arreglo ahora mismo, exclamó el viejo. Fue a su despacho, pidió la presencia de uno de sus hombres de confianza y le ordenó que tratara con el Piojo el envío de los chicos al extranjero. Era lo más que podía hacer.

El mensajero citó al Piojo en un restaurant de mariscos donde obligaron a los clientes a no moverse de su lugar y mucho menos abandonar el local. Pueden comer y beber lo que se les antoje, y no se preocupen por la cuenta, anunció el Piojo. Aquí mi compa invita.

Qué pedo, cabrón, inquirió el Piojo en la quinta cerveza. Poca cosa, mi Piojo. El gran jefe sabe de la conducta de tus hijos y te pide que los mandes al extranjero. Órale. No me gustaría entrar en explicaciones. Pues a mí sí, están bien morros, y luego la madre, no creo que acepte. Piojo, déjate de pendejadas, es una orden. Cabrón, son mis hijos, ¿qué harías tú si te pidieran lo mismo? Obedecía, mi Piojo, una orden del jefe no se discute, simplemente se

acata. El Piojo acabó su cerveza. Me lleva la verga, cabrón; ¿te digo algo? La hija del jefe es bien puta, todos los días llega a la casa con los plebes, ah, ¿y a quién le dan pan que lllore? Piojo, haré de cuenta que no escuché lo que acabas de decir, manda a tus morros a un lugar fuera de México y que no vengan hasta que entren en razón. Hubo una pausa. Los comensales se movían nerviosos en sus sillas, ni siquiera iban al baño. Tampoco comían o bebían, la mayoría sufría el secuestro en silencio. Es todo, dijo el mensajero y se puso de pie. Tienes tres días; ah, y la cuenta de los señores y la nuestra, la pagas tú. Salió. El Piojo quedó con el sabor amargo que implica seguir una orden que no te parece. Pagó su cuenta y se marchó.

¡No puede ser! Exclamó la Princesa cuando la puso al tanto. Se quedó pensativa, sabía que sus hijos eran un desastre lo mismo que su sobrina; pero enviarlos al extranjero solo para salvar el perfil de quien sea no le parecía justo. A la mañana siguiente le llamó a su hermana y platicaron. ¿Cómo la ves? Mal, pero creo que deberían seguir la orden, mi viejo está muy enchilado y cuando está así le vale madre todo, le sale lo serrano al cabrón. Condesa, trata de convencerlo de que no mande a mis hijos lejos, tal vez podríamos meterlos en cintura. Princesa, está en chino, al viejo se le puso que tus morros se borren y no aceptará otra cosa. Qué cabrón, porque tú bien sabes que tu niña no es ajena a lo que ha pasado. A ella no la metas en esto, claro que sé que no es una inocente palomita, pero no la metas, por favor, y menos frente al viejo que entonces sí es capaz de quemar tu casa con ustedes dentro. Bueno, no quiero confrontarlo, ha sido muy buen jefe y el Piojo lo respeta mucho, pero en esto creo que se está pasando, hermana. Princesa, manda a los plebes fuera, que se vayan a Tucson o San

Diego, tal vez en unos meses se le baje y puedan regresar, mientras que estudien esos cabrones. Es muy fácil decirlo, ¿por qué no mandas fuera a tu niña? Hermana, ya te dije que no hables de ella. Ahora resulta que es una pinche santa, deberías escuchar lo que grita cuando está con los plebes. Princesa, no sigas, no dije que fuera una santa, ella tiene lo suyo; quiero que entiendas que es su padre, el capo mayor, el que está ordenando que tus hijos salgan del país. Pues qué cabrón. Cabrón es poco, Princesa, nuestra familia es la más poderosa del país; medio mundo le pide favores a mi viejo, y claro, él quiere que tus hijos se vayan y así debe ser. Pues dile a tu marido que se vaya a la verga, que mis hijos se quedan y que a la que tiene que controlar es a la puta de su hija. Colgó.

Ándese paseando. La Condesa no se inmutó. Entendía a la Princesa pero no podía estar en contra de su marido. Tenía que pensar. Conservar la hermandad era muy importante. Años atrás, cuando eran de la perrada, la Princesa se la jugó por ellas; además, abrió esta puerta de riqueza que habían aprovechado al máximo. Debo ser paciente, por lo pronto no le comentaré al viejo y le pediré permiso para ir unos días con mi hija al otro lado. Sirve que cerramos una boutique y compremos lo que nos dé la gana; ni modo de invitar a la Duquesa, la muy cabrona anda de pirus en las Bahamas con un beisbolista negro.

El capo recibió el informe del mensajero y supo que el Piojo lo buscaría para pedirle que perdonara a sus hijos y no estaba dispuesto. Esos cabrones se largaban o se chingaban. Ningún hijo de la chingada que se metiera con su niña tenía derecho a vivir. Chíngate al mayor, ordenó al mensajero, que sin hacer preguntas salió rumbo a la prepa donde los muchachos cursaban el segundo año. Vio a la niña,



© Mayra Martell, *Certamen de belleza*. Carnaval en El Dorado, Sinaloa, de la serie *Beautiful*. Cortesía de la artista

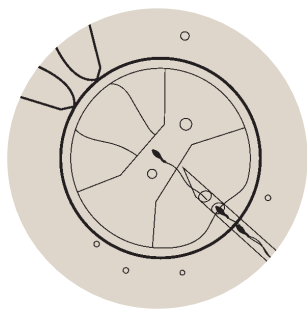
con su uniforme del colegio de monjas al que asistía, esperando a sus primos recargada en su Camaro rojo del año. Comía chamoy con mucho chile y estaba tranquila. Sus dos guaruras vigilaban a cien metros.

El mensajero lo tomó con calma. Ingresó al estacionamiento de la escuela y mandó a su acople a que trajera al muchacho. El mayor, al otro le puedes decir que lo esperan afuera. Cinco minutos después regresó con un joven fuerte y simpático. Qué onda. Tu tío quiere verte. Ya me dijo mi amá, dígame que nos vamos mañana. Ese no es asunto mío, me mandó por ti y yo cumplo, súbete. Algo nervioso por enfrentar al capo, el joven subió a la troca y se sentó en medio. Rápidamente el mensajero le metió un tiro en la cabeza y el acople le colocó una capucha para evitar manchas en el asiento.

Dos horas después lo encontraron en la carretera que va a la sierra. El Piojo se quedó frío, sabía que tenía un túnel negro por delante y ya vería la forma de traspasarlo. La Princesa de inmediato llamó a sus hermanas, la Con-

desa quiso ofrecerle disculpas pero la detuvo, les pidió que se reunieran después del sepelio y llevó a su otro hijo al aeropuerto para que viajara directo a la frontera. El beisbolista de la Duquesa se ofreció para esconderlo. Mientras, el Piojo planeaba cómo dar cran al viejo. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Al enterarse, la niña entró muy contenta al despacho de su padre, lo abrazó y besó en la mejilla, le dijo cuánto lo quería y le metió un balazo en el corazón antes de que el viejo expresara alegría por su reacción.

Ese mismo día, el mensajero apareció acribillado en el lugar donde dejó a su víctima. El hermano menor nunca llegó con el beisbolista y la niña simplemente se esfumó. Como habían acordado, las hermanas se reunieron y acordaron no tomar represalias, ya que en el fondo eran una familia cualquiera y debían estar más unidas que nunca. Hicieron oídos sordos a los rumores de que el hermano menor y la niña se habían casado, procreaban un hijo y una hija preciosos y vivían en una ciudad cuyo nombre no pienso revelar. **U**



LO QUE NATURA NO SIEMPRE DA

Papús von Saenger

*Tus hijos no son tus hijos
son hijos e hijas de la vida
deseosa de sí misma.
Kahlil Gibran*

Hay varias corrientes de pensamiento que proclaman la perfección del cuerpo humano, sin embargo, existen muchos problemas de diseño que la ciencia se empeña en mejorar y que ha mejorado. No soy científico, pero puedo pensar en algunos ajustes que faltan: la gran mayoría de los hombres sufriremos de la próstata después de los sesenta; las endodoncias me siguen pareciendo aberraciones históricas, y de manera amplia, la reproducción humana presenta grandes retos.

No me refiero a problemas de fertilidad —aunque en los últimos cuarenta años el conteo de espermatozoides de los hombres ha disminuido en un 50 por ciento debido a químicos ubicuos— sino a algo más estructural. Después de los 35 años, las mujeres que procrean viven lo que la medicina llama un “embarazo geriátrico” y esto conlleva algunas implicaciones: entre más preparados, más solventes, más deseosos de tener hijos, más difícil es lograrlo para los padres. De forma contraria, parecería que existe un índice de fertilidad que aumenta en padres jóvenes con poca preparación, pocos recursos y poca motivación.

Mi abuela materna tenía diez hermanos y mi padre ocho. Estas familias eran superestructuras que proporcionaban mano de obra gratuita en el hogar, y que se conectaban con más familiares para constituir una

red de apoyo y paliar las eventualidades de la vida: una hermana mayor podía suplir a una madre muerta, un tío se convertía en padrino en caso de una bancarrota, los hijos de una pareja con poco tiempo libre podían pasar el verano entero con sus primos... juntos se luchaba por lo que el estado de bienestar muchas veces ha incumplido. Pero estas enormes tribus presentaban a su vez grandes desventajas: preveían poco espacio para la intimidad, para la reflexión, para la realización personal, y sobre todo ofrecían poca movilidad social. Entonces las familias se atomizaron.

Mis padres pertenecen a ese segmento de postguerra que osciló entre la generación si-

lenciosa y los *baby boomers*. Cuando miro mis álbumes de infancia todo parecía prometedor: mis padres formaban una pareja bicultural, guapa, que tuvo una niña y un niño (la "parejita"). Mi padre trabajaba para una multinacional que nos hacía mudarnos de país cada dos años, y su salario alcanzaba para que los cuatro viviéramos cómodamente. Fueron épocas doradas para el sindicalismo, las prestaciones sociales, los grandes avances tecnológicos que, en conjunto, debían reforzar la cohesión familiar.

Pero la familia nuclear fue víctima de su propio éxito, y en el cuadro de esta felicidad suburbana algo empezó a resquebrajarse. El patriarcado se reforzó, las corporaciones no



© Rafael Rodríguez, *Modales en la mesa*, 2018. Cortesía del artista

La familia nuclear integró a su modelo un mandato de felicidad, e impuso a la pareja la obligación de proporcionarlo todo.

contrataban a las mujeres, que se vieron confinadas con sus hijos en un hogar lleno de electrodomésticos. Peor aún, la figura de la pareja cobró demasiada relevancia: si antes debía servir a su comunidad, y aspirar a obtener únicamente descendencia y estatus social, la familia nuclear integró a su modelo un mandato de felicidad, e impuso a la pareja la obligación de proporcionarlo todo: estímulo intelectual, compatibilidad sexual, seguridad emocional y financiera. Estos factores, aunados a una proclividad por la coctelería, le revelaron a mi generación que la estructura familiar que tuvimos como ideal cultural durante casi medio siglo había sido un desastre. En este contexto, nunca me interesó tener hijos.

Meghan y yo tenemos una hija de seis meses que se llama Oona. Para Meghan, la idea de convertirse en madre surgió lentamente a partir del nacimiento de sus sobrinos, hace unos diez años, y tras conocer a una amiga que estaba emprendiendo un embarazo asistido. Después estuvo en una relación con un hombre con el que intentó embarazarse sin éxito, pero la relación terminó y, como los tiempos del Tinder rara vez se empalman con los del reloj biológico, tuvo que considerar opciones. Una amiga que tenemos en común afirma que yo dije en una ocasión que me gustaría ser padre —seguramente por lo poco probable de la empresa—, y se encargó de hacer el *lobbying* entre nosotros dos. (Hace unos días esta amiga cargó a la niña y cariñosamente le dijo que ella, más que su madrina, era su curadora genética). Hablamos entre nosotros, hablamos con otra persona que pasó por el mismo pro-

ceso y nos decidimos. Meghan empezó un tratamiento de fertilidad y yo tuve que ir una vez al mes a la clínica a dejar mi “muestra”. En el consultorio había una sala pequeña con un sillón, una pantalla y unos DVD con películas porno viejas y algo vulgares. Me pareció curioso lo obsoleto de la tecnología y lo inadecuado del contenido para hombres con posibles problemas de libido, pero probablemente era un metamensaje de consuelo para algunas masculinidades en acecho, que les aseguraba que seguimos en un mundo heteronormado



© Rafael Rodríguez, *Intercambio*, 2019.

y patriarcal. Después de varios intentos de inseminación, Meghan se decidió por un *in vitro*, y nueve meses después nació Oona.

Mi madre sigue haciendo malabares en su mente con el hecho de ser abuela. Tengo 51, nunca me he regido por ejes heteronormativos y hace más de diez años que no he estado en pareja. Pero mi abuelo tuvo a mi padre a los sesenta y mi padre tuvo a mi hermana a esa edad. Por eso bromeo con que, dentro de esta configuración, soy un padre joven. He sido increpado varias veces sobre la validez y la viabi-

lidad de mi paternidad, curiosamente por personas que consideraba progresistas. “¿Cuál es el trato entre ustedes?”, me han preguntado en repetidas ocasiones. Respondo que nuestro acuerdo tácito es solo buscar el bienestar de la niña, lo que supongo no alcanza a cubrir el derecho de piso, sobre todo cuando quienes preguntan practicaron el harakiri social de jurarse amor eterno frente a quinientos testigos. También he encontrado cierta reticencia entre mi círculo yogui-ecologista, en donde algunos esperan que el fin de sus días venga acompañado de un cataclismo planetario. Justamente la semana pasada me recordaron que antes que la textil y la cárnica, tener hijos es la industria más contaminante del mundo. Pero más allá de las posibilidades pedagógicas para los terraplanistas de la reproducción y de las configuraciones familiares, las nuevas tecnologías superan muchas veces la diligencia y el entendimiento de los aparatos legales y administrativos.

Mi amigo Guillermo es mexicano y estudió una maestría en arquitectura en Holanda. Allí conoció a Phillip en 2008, un estudiante de Namibia, y empezaron una relación sentimental. Al final de sus estudios decidieron mudarse a Namibia, donde les habían ofrecido trabajar en la apertura de la primera facultad de arquitectura del país. Siempre habían querido ser padres. Primero pensaron en adoptar, pero Namibia no reconoce las uniones entre personas del mismo sexo, lo que los descartaba como candidatos. En cambio, la vecina Sudáfrica sí reconoce el matrimonio homosexual (allá se casaron en 2014), y la paternidad subrogada no solo es legal, sino que cuenta con mecanismos muy bien establecidos. Existen muchas clínicas privadas que ofrecen ese servicio; la donación del óvulo es anónima y la ma-



Cortesía del artista

dre subrogada debe tener al menos un hijo y ser económicamente independiente pues no puede recibir compensación alguna.

La clínica con la que comenzaron el proceso hizo un enlace informal para que fueran a tomarse un café con Angie, una mujer blanca, casada, con tres hijos. En Sudáfrica ser vientre de "préstamo" es un acto altruista, las madres portadoras lo hacen con el afán de ayudar porque tienen un familiar o una amistad cercana que vivió la infertilidad como un trauma, porque disfrutan el estado del embarazo pero no quieren tener más hijos y, en el caso de Angie, porque llevaba una vida bastante ordinaria, y ser portadora la empoderó, la distinguió de su círculo social. Conectaron con ella y en 2017 nació Yona.

Guillermo y Phillip están registrados como padres en el certificado de nacimiento, pero mantuvieron el contacto con Angie, con quien forjaron una amistad y, teniendo embriones congelados, decidieron entre los tres darle a Yona un@ herman@. Así, en marzo de 2021 nacieron en Sudáfrica las gemelas Paula y Maya. Sin embargo, esta vez el gobierno de Namibia decidió negar a las niñas el salvoconducto para para entrar al país, a la vez que exigía una prueba de ADN a Phillip a pesar de figurar como padre en los papeles. Así, Phillip quedó atrapado unos meses en Sudáfrica con unas hijas apátridas, mientras Guillermo permanecía en Namibia con Yona sin poder salir pues estaba a la espera de los papeles de la ciudadanía de su hijo.



© Ai Hasegawa, fotograma del video *Quiero dar a luz un delfín*, 2013. Cortesía de la artista

Namibia, lugar muy discreto por lo general, se vio arrastrado en un *imbroglio* internacional que involucraba a tres países, y de pronto apareció en las redes como una nación homofóbica que separaba familias, que denegaba a niños derechos básicos como el de circular y, gracias a la presión de grupos LGBTI y de derechos humanos, el gobierno concedió a sus hijas el permiso de entrada al país. En octubre de 2021 la ciudadanía le fue otorgada a Yona, si bien el caso de las gemelas (que tienen aho-

lización del personal de la obstetricia, revelan también una postura poco generosa de nuestra sociedad al constituir sus marcos ideológicos y legales (soy funcionario público en Querétaro y tuve derecho a cinco días de permiso de paternidad y una ayuda de 800 pesos).

La ciencia ofrece la posibilidad de que la relación con los hijos se emancipe de la normatividad reproductiva y de enriquecer el modelo heteronuclear; de todas formas, en el Sur global se han mantenido modelos más expansi-

La ciencia ofrece la posibilidad de que la relación con los hijos se emancipe de la normatividad reproductiva.

ra la nacionalidad mexicana y escuchan español, alemán, inglés y khoekhoegowab en su casa) sigue activo en la Suprema Corte.

Estamos todavía lejos de los tiempos vaticinados por Donna Haraway en su manifiesto *cyborg*, donde sostiene que debemos abrazar la tecnofilia y aceptar la unión de nuestro cuerpo con las máquinas para acceder por fin a un mundo postgenérico.

Un *cyborg* es un híbrido de máquina y organismo, una criatura tanto de realidad social como de ficción, el nuevo eje de un mundo que ya no depende del género y que no tiene un origen, en el sentido de unidad, que divide al resto de seres. Los dualismos han cimentado la cultura occidental (yo/otro, hombre/mujer, cultura/naturaleza, bien/mal) y es cierto que los avances biológicos ayudan hoy en día a matizarlos y a redefinir el sexo y la reproducción.

En los años por venir veremos grandes cambios en la composición de las familias, pues la proliferación cada vez mayor de vientres de alquiler, de embarazos diseñados, la profesiona-

lización del personal de la obstetricia, revelan también una postura poco generosa de nuestra sociedad al constituir sus marcos ideológicos y legales (soy funcionario público en Querétaro y tuve derecho a cinco días de permiso de paternidad y una ayuda de 800 pesos).

La ciencia ofrece la posibilidad de que la relación con los hijos se emancipe de la normatividad reproductiva y de enriquecer el modelo heteronuclear; de todas formas, en el Sur global se han mantenido modelos más expansivos de familia que involucran mucha participación no genealógica. "El embarazo tiene que ver con interacciones, o con la emergencia de entidades en prácticas simultáneas de diferenciación y conexión", afirma Rebecca Yoshizawa, especialista en bioética y reproducción.

En mi corta experiencia, la paternidad aparece como un organismo que muta, un andamiaje donde mi pasado cambia, se reconstruye porque de una manera ella lo justifica. Es una operación donde el mundo mejora simplemente porque uno enlista las cosas que le gustan para compartirlas: las canciones que uno canta, los libros que uno lee, los viajes que haremos juntos. Amo la atención que su mera presencia solicita y que anticipo, y que hará que recuerde siempre ese peso cuando se durmió sobre mi pecho. Otras memorias se activan únicamente porque existe Oona: recuerdo la voz de mi madre joven, la caída de un diente porque a ella le están saliendo; o tal vez lo estoy inventando, pero no importa porque, como afirma Haraway, ya somos seres con una mitad hecha de ficción. **U**





EL ÚNICO ORDEN POSIBLE

Alejandra Costamagna

Lo recibe como se recibe el vuelto del supermercado. Muchas gracias, hasta luego. Y ahora no sabe qué hacer con él. Abrirlo, botarlo, dejarlo olvidado en las banquetas de la sala de espera. Y en adelante seguir vacunando cachorros como si nada, esterilizando gatas, extrayendo tumorcitos a conejos sin fortuna. Pero tarde o temprano se va a saber. Meses, años, quizás días. Entonces guarda el sobre en la cartera y sale a la calle. Camina hacia el paradero de micros. Una piltrafa avanzando por el cemento. No sabe cómo, pero lo va a contar. Primero a los padres, después a la hermana mayor, después al novio. En el paradero se le ocurren algunas palabras, pero se le borran cuando piensa en las siguientes. Con tanto despiste, seguro que en media hora más habrá olvidado hasta el orden. No encuentra papel ni lápiz en la cartera. Se le pasa la micro; todo se le va a empezar a pasar, tiene que acostumbrarse. Recién ve el bus cuando ya está en la otra esquina, recogiendo a un lote de oficinistas. Se le ocurre un nuevo orden: la madre, el padre, la hermana.

Ahora son seis personas, contándola a ella, en la misma parada. Se da cuenta de que tiene que ser más realista. No hay novio, para empezar. La hermana no le habla desde diciembre del año pasado. Y los padres la tratan como a una criatura. Casi igual de consentida que el veterano Perkins, la hija mimada, pero al fin y al cabo todavía una criatura. Cuántas veces se lo dijo la terapeuta. ¿Y a ella no se lo va a decir, acaso? Prime-

◀ Lucian Freud, *Girl with a White Dog*, 1950-1951. © Tate Gallery

ro a la terapeuta: en treinta segundos lo que no dijo en tres años. Después a los padres: el alcohol o la confesión quemándolos: "Dios mío, monita, ¿qué estás diciendo?". Y en tercer lugar a la hermana mayor, sorda al otro lado del teléfono: "¿Y ahora me llamas?". Quizás debería enviar un correo electrónico colectivo. Cero sentimiento; puro dato duro. Apelar a sus vagas creencias religiosas, a lo más. "Estimados todos: quiero informarles que..." ¿Que qué?

Que sube, que fluye, que corre por las arterias de la ciudad atragantada en el único orden posible. Que sus padres sus padres sus padres.

Cancela el turno de la tarde en la clínica veterinaria. Fiebre, dice al teléfono. Una repentina fiebre, se excusa ante el primer jefe de su vida, sin tener que forzar siquiera la voz. Y disca el

Dos cachorros ensayan frente a ella sus primeros ladridos. Se pregunta entonces si el peligro será catalogado de perro (un peligro perruno, un asunto bravísimo) o se trata más bien de una advertencia para el propio perro (ándate con cuidado, perrito). Pero en el último caso debería llevar una coma entre el "peligro" y el "perro", se le ocurre. Si lo suyo fuera un problema de comas o de letras, una errata ortográfica. Si solo fuera eso.

Le han dicho que es el más inocuo de todos, pero ella cree que se han equivocado y han querido decir *inicu*. Un desenlace injusto; no inofensivo.

Antes de tocar el timbre revisa que el sobre esté adentro de la cartera, guardado hasta que logre romper la compasión y pruebe las pala-

Lo mejor sería largarlo ahora mismo, piensa, antes de que la felicidad se escabulla y empiecen a decir oh, pobre monita.

número de sus padres. ¿A almorzar?, pregunta la madre. ¿Pero no estabas de turno? ¿Qué te cocino, monita? Como si todavía fuera eso: una mona demasiado chica para llamarla por su nombre y abandonar los diminutivos.

El condominio de los padres está lleno de ruidos. Mucho loro silvestre y mucho niño y mucho perro olisqueando niño. Cuando ella vivía con sus padres no estaba el cartel que ahora recibe a las visitas en la entrada principal: "¡Peligro perro!" El Perkins nunca amedrentó a nadie con ese aspecto de anciano prematuro.

bras en seco frente a sus padres. Sin diminutivos. Sin terapeuta, sin hermana rencorosa, con flamante cartón de veterinaria e infinitas listas. La que se le ocurre ahora mismo: decenas de gatos, perros, loros, tortugas, cuyos y conejos que no va a examinar.

Fue el día de su graduación en la facultad. Andaba distraída. Le entregaron el cartón, subió al escenario con el delantal blanco, divisó entre el público a su antiguo novio. ¿Para qué vino?, pensó. También pensó, sin querer pensar, en el alicaído Perkins. Después todo el mundo la

felicitaba, la llenaba de preguntas. ¿Se aburren las vacas? ¿Cómo le tomas la temperatura a una tortuga? ¿Qué hacen los veterinarios con los hijos de perra? Chistes malos de animales, de gente rodeada de animales. Si te esfuerzas vas a conocer el cerebro de los monos, le dijo muy seriamente el antiguo novio mientras le daba la mano. Frío como témpano, el hombre. Él ya operaba, lo llamaban *doctor*; tenía pacientes particulares incluso. ¿Debía tomar el comentario como una insinuación? Se quedó muda. Y en breve encadenó las ideas: monos, monitas, ella y su hermana. Se había olvidado de invitar a su hermana mayor a la ceremonia de graduación. A su hermana, que era ultrasensible. Como era de esperar, le importaron un pepino las disculpas. Si andaba tan distraída, por qué había invitado hasta al dueño de la clínica veterinaria, a su antiguo novio, a sus mismos padres. Se invitaron solos, trató de convencerla. ¿Y cómo se enteraron? Ya, okey, se me olvidó, ¡se me olvidó! Pero la mayor no lo tomó como un lapsus. Era psicóloga y creía en los actos fallidos más que en la ley de gravedad. Consideró el olvido de la hermana chica como un desprecio.

El padre y la madre se ven relajados en las sillas blancas de la terraza. Bajo la sombrilla y con lentes de sol parecen un par de holgazanes a las tres de una tarde tibia de septiembre. Salud por esto, salud por lo otro. El Perkins duerme a sus pies. Una familia lujuriosamente feliz: padre, madre, botella de vino a la mitad, dos hijas profesionales y un perro sedentario. Lo mejor sería largarlo ahora mismo, piensa, antes de que la felicidad se escabulla y empiecen a decir oh, pobre monita, y todo se desvanezca en sensiblerías. En cambio va y dice:



Paul Klee, *Kinder und Hund*, 1920 ©

—¿Ya no ladra?

Lo dice cuando el perro abre y cierra el hocico con el impulso de un ladrido que no saca sonidos al aire. El mismo perro que vivió con ella durante los últimos doce o trece años.

—De repente le sale uno que otro guau —asegura la madre.

—Qué guau —corrige el padre—. Es la garganta que le chirría.

—¿Qué sabes tú de perros?

—Sentido común —se jacta el hombre—. No hay que ser ningún experto para darse cuenta de lo que le falla a un animal.

La madre lo mira con una mueca de incomodidad. Cómo se le ocurre decir eso delante de la recién estrenada veterinaria. Delante de su hija más chica, ubícate. Y dado que el hombre no atina a corregir sus palabras, es ella quien cambia el foco del comentario.

—Yo creo que es alergia a la primavera —apuesta—. ¿Qué dices tú, monita?

—A lo mejor no tiene nada que decir...

—A lo mejor —aprueba el padre. O la madre. Ninguno está convencido del razonamien-



Marie-Blanche Hennelle Fournier, *The Madame B Album*, ca. 1870. The Art Institute of Chicago ©

to de la veterinaria principiante. Puede que ahora noten que hay algo en el tono de la voz de la hija que sí habla, que no quiere hablar.

Durante el último turno en la clínica llegó una mujer con su perra poodle, iguales dueña y mascota, idénticamente fruncidas. A la perra la habían mordido. Algún animal excitado con tanto firulete. La pobre estaba en shock. No se movía, no ladraba, no pestañeaba. Ahora que mira al Perkins y a sus padres entregados con la misma soltura al envejecimiento, recuerda los lloriqueos de la dueña del poodle: “¿Va a quedar con algún daño neurológico? Dígamelo, doctora; si va a quedar tocada dígamelo, por favor”. Y ella no le dijo que sí ni que no, porque se quedó pensando en eso de ser doctora.

Tocados, todos tocados, pensó una semana atrás. Llevaba 35 minutos en la sala de espe-

ra. Y de repente: pase, pues, pase. Las miradas atenuantes de la tecnóloga, sus indicaciones de antimanual de psicología. Sáquese la ropa de la cintura hacia arriba y póngase la bata que está en el perchero. Como si hubiera dicho: vaya a pegarse un tiro, hágame el favor.

—Si quieres lo llevas a la clínica esta semana, mami.

—No es necesario —se resigna la madre—. ¿Para qué quiero que ladre?

Toda la razón. ¿Qué quieren decir los ladridos? ¿Que está en peligro el pobre? Eso lo entendemos perfectamente. No hay que tener un cartón ni delantal blanco para saberlo. Estás en peligro. Eres viejo, perrito, te vas a morir. El padre toma el abridor y se acerca a la segunda botella de vino, con intención de descorcharla. La madre trae una olla humeante que acomoda sobre la mesa. Comen humitas con

tomate y cebolla, toman vino tinto. Cuando terminen de raspar las hojas con el tenedor, abrirá la boca y lo dirá. Mamá, papá, tengo algo feo que contarles. Pero el padre está afanado con la hojita de maíz y ahora, sin soltar el tenedor, desgrana su tema predilecto: la deforestación y la degradación de los bosques en el mundo. Pérdida de masa forestal, planeta desnudo, extinción de las especies. El loro tricahue, el picaflor de Juan Fernández, el cisne coscoroba. El viejo saca palabras, pero es como si no las pronunciara. Se diría que ha entrado en trance. La madre hace como que escucha los rumores ambientales. Es martes, son las tres y media de la tarde, el sol parece una pelota de sangre en el cielo.

Dice permiso, voy al baño. Pero en la mitad del pasillo se desvía y camina hasta la pieza que fue su pieza. Piensa que tiene que volver a dormir ahí, que va a poner un cartel en la entrada que advierta "Peligro hijos". Que lo va a soltar de una vez, que no lo va a soltar. Abre el clóset. Varios pares de zapatos talla 36 parecen decir úsenme, pero ya nadie los va a usar. Vuelve a la terraza. La madre languidece en su silla, tan minuciosamente fingiendo que escucha la voz del viejo que sigue sonando como si flotara en el aire. Ya no me ven, piensa. Piensa que la palabra ya empieza a funcionar como una muleta. Acaricia la cabeza del Perkins. El animal abre el hocico y le muestra los dientes. No le está gruñendo. Solo le está confirmando lo que ella ya sabe.

Tres cosas que ya no va a hacer:

- Hacerse la chistosa con la hermana.
- Estudiar el cerebro de los monos.

-Redactar la lista de todas las listas de su vida.

—Oh, fantástico —susurra la madre desde su languidez cuando la hija anuncia que dormirá una siesta. El padre toma el abridor de botellas dispuesto a abordar una tercera tanda. Pero no quedan más botellas sobre la mesa, de manera que el hombre se queda jugando con el aparato como si fuera un autito mecánico y él tuviera setenta años menos. Apenas se levante de la siesta se va a atrever, se los va a decir. Mamá, papá, ya no soy una criatura: así va a partir.

Tres palabras que seguro no va a usar:

- Gracias.
- Dios.
- Desgracia.

Revisa que su cartera esté cerrada. Cierra también las cortinas hasta que no se filtre ni una miga de luz. Por un instante tiene la idea de que todo se ha congelado; que quizás la Tierra ya no sigue girando. Advierte el filito de sol que se cuela por un costado de la cortina. Le alivia pensar que allá afuera la vida continúa. Escucha los ruidos del condominio: la máquina cortadora de pasto, la risa del vecino, los niños. Escucha las voces de sus padres. Llegada la próxima primavera ellos seguirán ahí, piensa, ocupando los mismos puestos, y ya no echarán de menos los ladridos del Perkins y no la llamarán *monita* y a media tarde dirán oh, fantástico, y las astillas de sol los irán clavando poco a poco, cuchillitos filosos, oh, qué fantástico. **U**



Christian Krohg, *Mother and Child*, 1883 ©

POEMA

SE HABLA DE GABRIEL

Rosario Castellanos

Como todos los huéspedes mi hijo me estorbaba
ocupando un lugar que era mi lugar,
existiendo a deshora,
haciéndome partir en dos cada bocado.

Fea, enferma, aburrida,
lo sentía crecer a mis expensas,
robarle su color a mi sangre, añadir
un peso y un volumen clandestinos
a mi modo de estar sobre la tierra.

Su cuerpo me pidió nacer, cederle el paso,
darle un sitio en el mundo,
la provisión de tiempo necesaria a su historia.

Consentí. Y por la herida en que partió, por esa
hemorragia de su desprendimiento
se fue también lo último que tuve
de soledad, de yo mirando tras de un vidrio.

Quedé abierta, ofrecida
a las visitas, al viento, a la presencia.

Texto tomado de *Obras, II. Poesía, teatro y ensayo*, de Rosario Castellanos, pp. 189-190 D. R. © 1998, Fondo de Cultura Económica
<https://elfondoenlinea.com/detalle.aspx?ctit=013953LB>

DANÉS

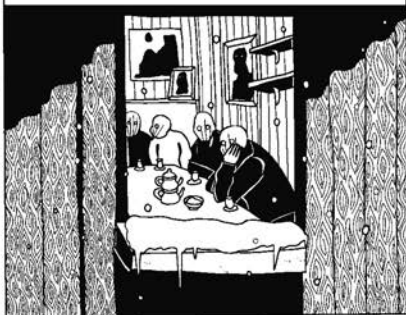
DE HALFDAN PISKET
TRADUCCIÓN DANIEL SANCOSMED MASÍA



BAJO POR LA CALLE PRINCIPAL
COMO HACÍA DE JOVEN.



PERO NO CONOZCO A NADIE.



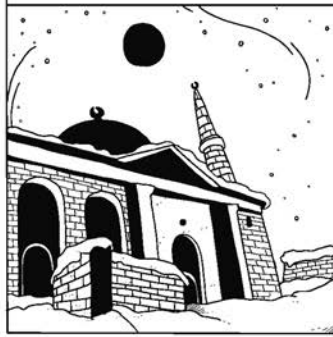
NO ME RECONOCEN.



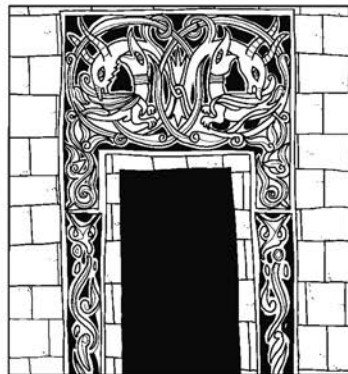
LLEGO AL LUGAR DONDE DISPARARON A MI AMIGO.



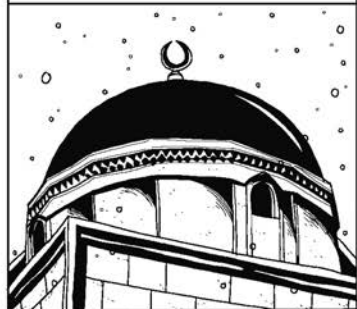
LA IGLESIA SIGUE AQUÍ.



LO SÉ POR LA ORNAMENTACIÓN.



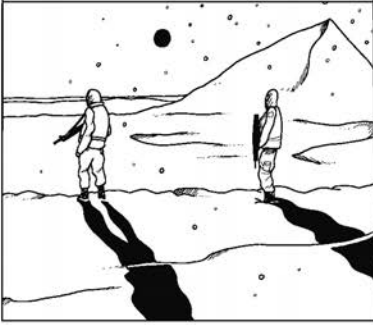
PERO LA AGUJA, LA TORRE
Y LA CÚPULA NO ESTÁN.



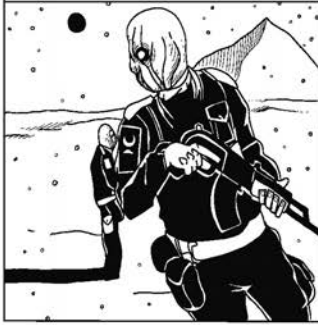
LA UNIÓN QUE EXISTÍA, QUE HACÍA QUE TODAS LAS RELIGIONES COMPARTIERAN CASA,
YA NO EXISTE; AHORA SOLO HAY LUGAR PARA UNA RELIGIÓN.



LA CIUDAD CONSERVA SU NOMBRE ARMENIO,
PERO ESTO ES TURQUÍA.



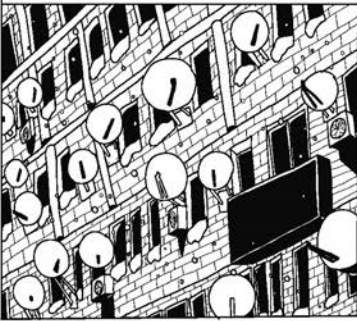
NO HAY UNA FRONTERA CAMBIANTE
NI NINGUNA DUDA.



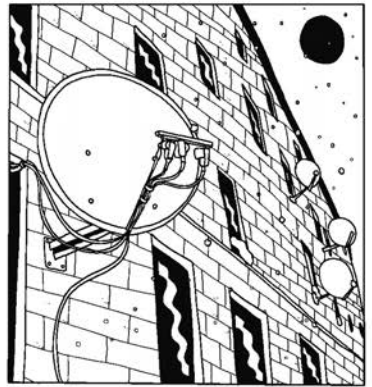
ANTES NO HABÍA NI UNA BANDERA, PERO LA TURCA
AHORA ONDEA POR TODA LA CIUDAD.



EN EL LUGAR DONDE ESTABA MI CASA DE LA
INFANCIA HAY AHORA UN BLOQUE DE VIVIENDAS.



DUELE TANTO QUE MI FAMILIA YA NO EXISTA.



QUE TODO LO QUE CONOZCO NO ESTÉ.



QUE SE QUEDEN TRAS SUS
VENTANAS MIRÁNDOME.



ENTONCES VEO A TONY.



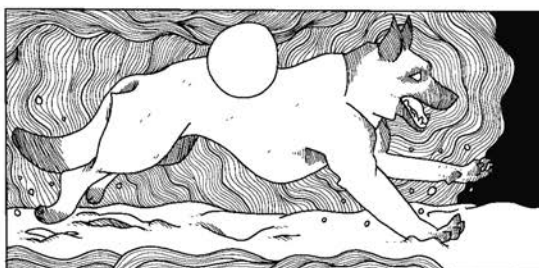
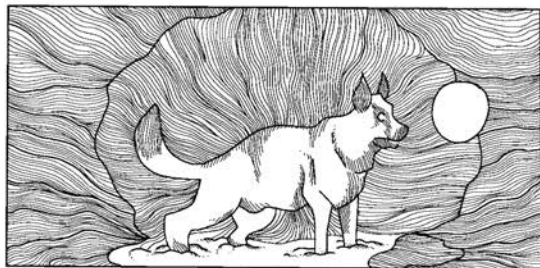
ESTÁ BRILLANDO.



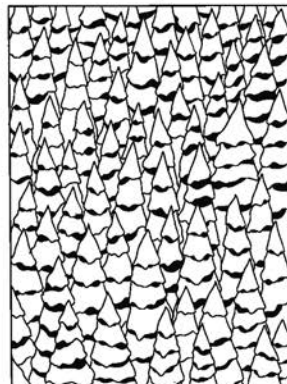
LO SIGO.



INTENTO ALCANZARLO.



HACE QUE TODO SE ILLUMINE.











POEMA

SPONGES

Joe Urbach ft Ezequiel Zaidenweg

As I bathe my mother, after lifting her
from her wheelchair and settling her into
her bath seat; as I rinse her body
off, confronted by the image
of her breasts, pulled downward by
invisible weights, as if a magnet
in her knees attracted them; as I
regard the creased, deflated balloon
of her belly, the cesarean scar
above her sparse salt-and-pepper
thatch; as the water spatters me
until my sleeves are soaked; as
I lather up her back, and she, ever
loyal to her stoic sense of modesty,
leaps from one inconsequential subject
to another, like someone twisting
the radio dial, I hear the voiceover
in my head from a documentary about
sea sponges, which explains how
a piece of sponge, when it detaches
from the main body in the current
or the motions of the waves, seeks
and finds a suitable surface, and then,
a few days later, forms another sponge—
smaller, but completely functional.

POEMA

ESPONJAS

Joe Urbach ft Ezequiel Zaidenweg

Mientras baño a mamá, tras levantarla de su silla
de ruedas y ponerla en su asiento
de baño; mientras froto la esponja
por su cuerpo y se me impone la visión
de sus pechos, empujados hacia abajo
por pesas invisibles, como si en las rodillas
un imán los atrajera; mientras
miro el globo desinflado y rugoso
de su vientre, la cicatriz de la cesárea
sobre su mata gris y negra,
rala; mientras el agua me salpica
hasta mojarme todas las mangas; mientras
le enjabono la espalda y ella,
fiel a su versión estoica del pudor,
salta de un tema circunstancial a otro,
como quien gira el dial de la radio,
oigo la voz en mi cabeza de un documental
sobre esponjas marinas, que relata que
un fragmento de esponja, al separarse
del cuerpo principal por la corriente
o la acción de las olas, cuando halla un sustrato
adecuado, en unos días forma una nueva esponja,
más pequeña pero perfectamente funcional.

Tomado de 13 *poetas contemporáneos de Estados Unidos*. 50 estados, Antílope / UANL, Ciudad de México, 2020, pp. 20-21. Se reproduce con autorización.





LA FAMILIA PREHISTÓRICA

Marylène Patou-Mathis

Traducción de Virginia Aguirre

Entre los antropólogos y los arqueólogos no hay unanimidad con respecto a la aparición tardía de la familia monógama (o nuclear). Para algunos investigadores, como Emmanuel Todd, en *L'origine des systèmes familiaux*, la familia nuclear es el modelo original común a toda la humanidad. Sin embargo, todavía no se ha demostrado la existencia de esta modalidad en las sociedades prehistóricas, porque si bien hoy en día es casi universal, de acuerdo con Claude Lévi-Strauss, esta no se deriva "de una necesidad permanente y constante que exprese las exigencias más profundas de la naturaleza humana".¹

SOCIEDADES ENDOGÁMICAS Y EXOGÁMICAS

Según el filósofo alemán Friedrich Engels y los antropólogos evolucionistas anglosajones de la segunda mitad del siglo XIX (Lewis Henry Morgan, Herbert Spencer, Edward Burnett Tylor y James George Frazer), el desarrollo de las sociedades humanas ha pasado por diferentes estadios, cada uno caracterizado por una organización económica, social, familiar y de creencias. Esta línea de pensamiento concluye que en la "horda primitiva" —ateniéndonos a la expresión de Charles Darwin—

¹ Claude Lévi-Strauss, "Les prohibitions du mariage", *Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études* (sciences religieuses), 1955-1956, pp. 39-40.

Postmen of the Wilderness, en Arthur Heming, *The Drama of the Forests*,
◀ 1871-1940. Royal Ontario Museum of Geology ©

las relaciones sexuales se practicaban entre todos los miembros del clan, salvo entre padres e hijos. Más adelante, para evitar la consanguinidad, surgieron otras formas de unión, caracterizadas por una exclusión gradual de los parientes: primero los más cercanos (hermanos y hermanas), después los más lejanos (tíos, tías) y finalmente los parientes políticos.² No obstante, desde el punto de vista arqueológico, no se ha demostrado que, desde los orígenes, se regularan las relaciones sexuales ni que se prohibiera el incesto.

En realidad, el incesto existía en el Paleolítico. Por ejemplo, hay análisis genéticos que demuestran que en las últimas poblaciones de neandertales había relaciones entre un tío o una tía y su sobrina o sobrino,³ o entre dos primos segundos por partida doble.⁴ El reducido número de personas que componían estas comunidades, que además estaban dispersas en un vasto territorio, podría explicar esta práctica. Sin embargo, hay otros trabajos que demuestran que los neandertales tuvieron relaciones con parejas ajenas a su grupo familiar y en ocasiones incluso provenientes de poblaciones muy diferentes —denisova-



John William Dey, *Adam and Eve Leave Eden*, 1973.

nos⁵ y *Homo sapiens*, nuestros ancestros directos—. ⁶ También se ha demostrado que algunas comunidades prehistóricas eran patrilocales.⁷

En la prehistoria, algunas mujeres salían de su comunidad natal para unirse a otra, sobre todo con el objetivo de formar una pareja, lo cual confirma igualmente que desde entonces había exogamia. Esta práctica tuvo consecuencias no solo en la perpetuación de los clanes, sino en las relaciones sociales entre las comunidades, pues lo más común es que las alianzas y la solidaridad se forjen a través de uniones, lo que evita los conflictos o permite controlar su grado de violencia.

² En *Ancient Society*, 1877 (*La sociedad primitiva*, prólogo de Alfredo L. Palacios, Pavlov, México, 1945), Morgan distingue tres principales estadios evolutivos de acuerdo con los progresos alcanzados en la producción de medios de subsistencia: el *salvajismo* (economía de la caza y recolección con producciones humanas que ayudan a conseguir recursos naturales), la *barbarie* (economía de producción; domesticación de productos naturales) y la *civilización*. Véase también Morgan, *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*, Smithsonian Institution, Washington, 1871, y Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Moscú, Ediciones Progreso, 1970 [1884].

³ Carles Lalueza-Fox et al., “Genetic Evidence for Patrilocal Mating Behavior among Neandertal Groups”, *PNAS*, 2011, vol. 108, núm. 1, pp. 250-253.

⁴ Según el análisis de ADN de una neandertal de la cueva de Denisova en las montañas de Altái que data de hace unos 50 mil años.

⁵ Especie humana descubierta en Siberia, en la cueva de Denisova, y en el Tíbet, cerca de Xiahe, que vivió entre 160 mil y 41 mil años atrás y cuyos genes se han encontrado en varias poblaciones actuales de Oceanía y Asia (cruza con *Homo sapiens*).

⁶ Salvo en el caso de los africanos, el genoma de todos los humanos modernos presenta entre 1 y 4 por ciento de genes neandertales.

⁷ Dependiendo de que sea un hombre o una mujer quien permanezca en su residencia de origen, se habla de sociedades o residencias “patrilocales” o “matrilocales”, respectivamente. Por ejemplo, en el sitio de El Sidrón, España, se ha demostrado la residencia patrilocal (Carles Lalueza-Fox et al., 2011. *Ibid.*).



© Smithsonian American Art Museum

¿SOCIEDADES MATRILINEALES?

Es posible que en el Paleolítico los humanos, en virtud de los nueve meses que transcurren entre el acto sexual y el nacimiento de un bebé, no hayan sido conscientes del papel de ambos sexos en la procreación.⁸ Si bien ciertos prehistoriadores (como Jean-Pierre Duhard en *Réalisme de l'image féminine paléolithique*) postulan la hipótesis de que las representaciones de vulvas y falos en el arte paleolítico materializan la toma de conciencia sobre la función del macho en la fecundación, otros (como Edwin O. James en *Le culte de la déesse-mère dans l'histoire des religions*) sostienen que esa comprensión se dio más recientemente, durante el Neolítico, con la domesticación de los animales y la práctica de la ganadería.

⁸ Reay Tannahill, *Le sexe dans l'histoire*, editado por Robert Laffont en la colección *Les hommes et l'histoire*, Laffont, París, 1982. La maternidad podía incluso percibirse como una partenogénesis (reproducción monoparental), producto de lo sobrenatural (Bronislaw Malinowski, *La paternité dans la psychologie primitive* [El padre en la psicología primitiva, 1927], Allia, París, 2016).

Hay quienes plantean que en este periodo también surgió la familia monogámica. El círculo familiar, de origen muy vasto (cada niño y cada niña habría tenido varios padres, incluso varias madres), se habría encogido cada vez más hasta llegar a la familia nuclear que prevalece hoy en día. Ante la imposibilidad de saber a ciencia cierta quién era el verdadero padre de la criatura recién nacida, solo podía establecerse con certeza la filiación materna, lo cual determinó el surgimiento del derecho matrilineal. Varios investigadores, como Ernest Bornemann en *Le Patriarcat (Perspectives critiques)*, sostienen esta hipótesis, según la cual el matriarcado existió antes de que apareciera el patriarcado durante el Neolítico.

Los sesgos teóricos y metodológicos que han llevado a identificar la reproducción como principal función de las mujeres en la prehistoria, además de haber favorecido la atribución de un valor de género a ciertos objetos y ciertas prácticas, son el origen de la visión de que a las mujeres les correspondía un papel económico basado en la repartición de tareas según el sexo.

DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

Para la mayoría de los antropólogos y prehistoriadores, que se apoyan en comparaciones etnográficas, la división sexual de las tareas ya existía en las sociedades prehistóricas. Si bien es cierto que en la mayoría de los últimos pueblos de cazadores-recolectores el trabajo se repartía por sexo, probablemente sus tradiciones fueron cambiando con el tiempo y no pueden considerarse un reflejo fiel de aquellas de los humanos prehistóricos. Por otro lado, la división sexual de las tareas se basa en reglas que varían de una sociedad a otra, por lo que

es difícil deducir a partir de ahí un modelo aplicable en la prehistoria.

Los nuevos métodos de análisis de osamentas humanas paleolíticas relativizan los planteamientos de ciertos autores que afirman que las mujeres, al ser menos robustas y musculosas que los hombres, no podían llevar a cabo todas las tareas necesarias para subsistir. Otro argumento es que su papel en la reproducción les restaba movilidad en comparación con los

tificación de rastros de animales, elaboración de estrategias de caza, incluso participación como lanzadoras.⁹ Justo al final de este periodo parece surgir un cambio debido a la invención de armas arrojadizas aparentemente para uso exclusivo de los hombres.

De igual modo, algunas de las pinturas y esculturas más famosas del arte paleolítico podrían ser obra de mujeres. Durante cerca de un siglo y medio, la interpretación de las obras

Algunas de las pinturas y esculturas más famosas del arte paleolítico podrían ser obra de mujeres.

hombres. Sin embargo, para la recolección, actividad supuestamente femenina, era necesario desplazarse casi de manera cotidiana, en ocasiones largas distancias; además, las mujeres, al igual que los hombres, emprendían largos recorridos durante las migraciones estacionales de la comunidad. Por consiguiente, la división sexual del trabajo, si acaso existía en las sociedades paleolíticas, no puede fundamentarse en que las mujeres eran menos robustas o presuntamente se veían obligadas al sedentarismo.

Entre las actividades diferenciadas, la caza es un ejemplo muy socorrido. De acuerdo con algunos arqueólogos, desde los orígenes los hombres se dedicaron a la caza y las mujeres a la recolección. El coloquio *Man the Hunter*, realizado en Chicago en 1966, inculcó en la comunidad de prehistoriadores el modelo del “hombre-cazador”, idea que se mantendría por varias décadas. No obstante, ninguna evidencia arqueológica permite descartar la hipótesis de que en algunas sociedades del Paleolítico europeo las mujeres participaran en todas las etapas de la caza: descubrimiento e iden-

rupestres y mobiliarios paleolíticos se basó en la presuposición de que fueron realizadas únicamente por hombres. Aunque es particularmente difícil saber el sexo de los autores de ambos tipos de obras, trabajos recientes demuestran la presencia de mujeres en el interior de cuevas decoradas. Muchas “manos negativas” en las paredes de cuevas fueron pintadas por mujeres,¹⁰ de modo que podemos imaginar que ellas pintaron los animales que figuran cerca. Además, en la hipótesis de que la motivación de ciertas obras rupestres haya tenido relación con creencias, ningún argumento arqueológico da pie para excluir la implicación de las mujeres en la conducción de ceremonias.

⁹ Steven Churchill, “The Upper Palaeolithic Population of Europe in an Evolutionary Perspective”, en Wil Roebroeks, Margherita Mussi, Jiří Svoboda y Kelly Fennema, *Hunters of the Golden Age: The Mid Upper Palaeolithic of Eurasia (30,000-20,000 BP)*, Universidad de Leiden, Países Bajos, 1999, pp. 31-57. Disponible en <https://www.sidestone.com/openaccess/9789073368163.pdf>

¹⁰ Dean Snow, “Sexual Dimorphism in Upper Palaeolithic Hand Stencils”, *American Antiquity*, 2006, vol. 80, núm. 308, pp. 390-404; Jean Clottes, Jean Courtin y Luc Vanrell, “La grotte Cosquer à Marseille”, en “Grottes ornées en France”, *Les dossiers d'archéologie*, 2007, núm. 324, pp. 38-45.

Los nuevos descubrimientos y estudios indican que en las sociedades paleolíticas las mujeres, que participaban en actividades muy numerosas, tenían una función económica tan importante como la de los hombres y probablemente un estatus social equivalente. Apoyándose en la abundancia de representaciones femeninas en el arte, algunos arqueólogos incluso sugieren que, dado su lugar central en las creencias, las mujeres ocupaban una posición elevada en ciertas sociedades. Además, como procreadoras y educadoras de niños pequeños, desempeñaban una función primordial para que los clanes perduraran. Dependiendo de las tradiciones culturales de las comunidades prehistóricas y de su sistema de valores, los roles de las mujeres han variado, pero al igual que los hombres, han contribuido a la evolución de la humanidad. Se observan grandes mutacio-

nes económicas y sociales al final del Paleolítico y, sobre todo, durante el Neolítico.

En Europa se produce un cambio en la organización social alrededor de los seis mil años antes de nuestra era, periodo caracterizado por una explosión demográfica local ligada a la abundancia de comida (de lo que da prueba la presencia de un gran número de silos) y la expansión de la sedentarización. Estos cambios reconfiguraron las relaciones sociales, lo que dio origen a las élites y castas —entre ellas la de los guerreros—, y propiciaron una división sexual más marcada de las tareas, así como una generalización de la residencia patrilocal y la filiación patrilineal. Con la instauración del derecho patrilineal, aparece la familia patriarcal, representada poco tiempo después, en una de sus formas más logradas, por la familia romana. **U**



Alexander Schramm, *Adelaide, a tribe of natives on the banks of the River Torrens*, 1850. © National Gallery of Australia





EL CLAN DE LOS PRIMATES QUE VEN CLANES POR TODOS LADOS

Andrés Cota Hiriart

A veces tiras del hilo que sobresale de la manga y pronto tu suéter queda reducido a un chaleco. La invitación a “desarrollar el concepto de familia como unidad organizadora de las ciencias naturales”, tal como planteaba el mail de la redacción de la *Revista*, se me figuró como un hilo que jalar, quién sabe hasta dónde. Las ciencias naturales representan el territorio en el que suelo moverme con mayor soltura, así que tiré.

Pensé primero que esto me llevaría a reflexionar más a fondo sobre lo artificiosas que suelen ser nuestras taxonomías. Hace unos años anoté en el prólogo de mi libro *Faunologías*:

La labor enciclopédica se nos da bien a los humanos. Nuestra ansia por darles sentido a los fenómenos orgánicos que imperan en la floresta nos empuja a dividir, agrupar y elaborar listados taxonómicos. Clasificaciones y filogenias que pretenden conceptualizar la inagotable inventiva silvestre. Son intentos, quizás algo ambiciosos, de comprender el mundo que nos rodea.

La verdad es que esos conjuntos que formulamos —a partir de unos cuantos atributos que consideramos significativos y de pistas sobre sus posibles orígenes— no solo pecan de ambiciosos, sino que muchas veces no atinan a reflejar lo que ocurre en la naturaleza. Simplifican demasiado las cosas, por decir lo menos, sin mencionar que se atienen por de-

◀ Henri Rousseau, *Tropical Forest with Monkeys*, 1910. National Gallery of Art ©

fecto a una muestra acotada del gran árbol de la vida (se han descrito poco más de dos millones de especies mientras que, según las últimas estimaciones, podrían existir cerca de nueve millones). No conocemos ni un tercio de la biodiversidad de este planeta y aun así saltamos a conclusiones.

Es por eso que en la *sistemática* (la ciencia que busca esclarecer un orden en la naturaleza en función de su historia evolutiva) tales

turales que poseen gran número de caracteres comunes”.

Más allá de estos usos generales, el término pareciera fungir como el principio de segmentación favorecido para abarcar el más amplio espectro. Digamos que cuando consideré que, en efecto, nos referimos a los elementos de la tabla periódica como *familias* (la familia de los gases nobles, por ejemplo), dentro de mi cabeza rápidamente comenzó a desatarse una cas-

Familia pareciera fungir como el categorizador por antonomasia (al menos en castellano), emulando relaciones de parentesco y genealogías desde la escala nanométrica hasta la sideral.

conjuntos y categorías tienden al recambio. Y las familias taxonómicas no son la excepción. Vamos que, parafraseando a Lulu Miller, “los peces no existen”. Pero ya llegaremos a eso: no puedo evitar tirar de los hilos que me voy encontrando.

Si bien el término *familia* remite inmediatamente a la parentela —y en personas con un sesgo marcado hacia la biología, como es mi caso, a la clasificación de los seres vivos—, sus acepciones son sumamente diversas. De acuerdo con la RAE, *familia* (del latín *famulus*, ‘sirviente’ o ‘esclavo’) se empleaba para hacer referencia al patrimonio de la persona, comprendiendo tanto la infraestructura doméstica como a sus habitantes y animales de crianza. *Familia* puede emplearse en la actualidad para referirse a conglomerados distantes, desde un “grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas”, un “conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje”, hasta un “conjunto de objetos que presentan características comunes que lo diferencian de otros” o un “taxón constituido por varios géneros na-

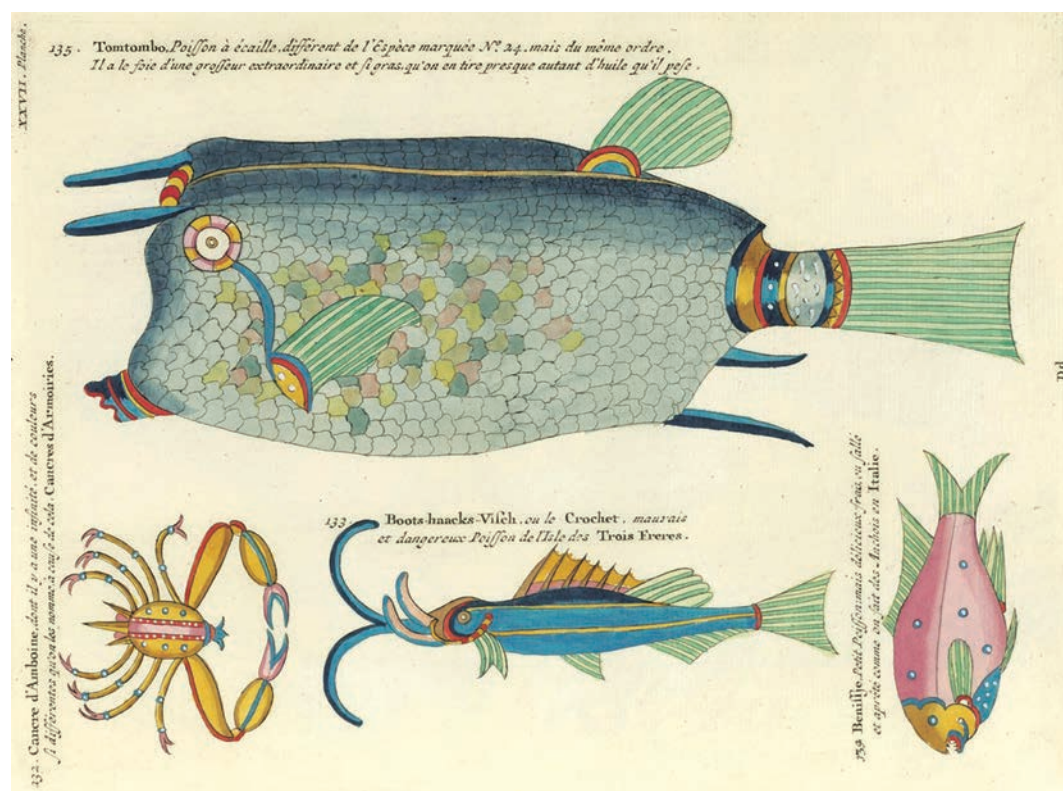
cada de todo aquello que categorizamos bajo tal rubro: familia de moléculas (triptaminas, alcoholes, ácidos ribonucleicos), familia de drogas (opiáceos, psicodélicos, estimulantes), familia de fármacos (analgésicos, antidiarreicos, antipsicóticos), familia de agentes patogénicos (los coronavirus, las enterobacterias). Hablamos tanto de familias de instrumentos musicales, como de tipografías y de palabras (la familia léxica), del mismo modo que lo hacemos en el caso de los números, los minerales, los azúcares y los alimentos. Es más, hasta en el campo de la lingüística adoptamos dicha nomenclatura (la familia de las lenguas indoeuropeas) y, por no dejar, incluso a los astros celestes los agrupamos bajo el mismo esquema: familias de planetas, estrellas y galaxias.

Dicho de otra manera: *familia* pareciera fungir como el categorizador por antonomasia (al menos en castellano), emulando relaciones de parentesco y genealogías desde la escala nanométrica hasta la sideral. Resulta imposible abarcar la totalidad sin antes fraccionarla —si no segmentamos el continuo ilimitado de la

realidad en estructuras y unidades manejables, simplemente no podríamos tener acceso a sus engranajes —, organizamos el universo a partir de sus particularidades para después buscar patrones comunes y sacar algún sentido del caos que nos envuelve. Hasta ahí no hay mayor misterio, pero de eso a que lo hagamos basándonos en familias, sin duda me pareció algo digno de analizar. Una hebra prometedora de la cual seguir tirando.

Quizás pueda sonar como un hecho un tanto banal para quienes hayan dedicado ya noches de efervescencia sináptica al asunto, mentes doctas en materia de lingüística o gramática filosófica; no obstante, para mí estas maquinaciones fueron acompañadas por un torrente de

dopamina. No voy a mentir, tras corroborar que algo similar ocurre en buena parte de las lenguas indoeuropeas (con plena seguridad en el grueso de las lenguas romances y germánicas), comencé a sentir que quizás estaba ante una revelación: un principio unificador de la experiencia humana ni más ni menos, o como mínimo de una porción importante de la población mundial (el 46 por ciento de las personas, alrededor de 3 mil 200 millones de *Homo sapiens*, hablamos alguno de los 150 idiomas comprendidos en dicha familia lingüística). Y fue ahí que la hebra se partió y comenzó a tirar en dos direcciones distintas: por un lado, dilucidar la razón detrás de esa preponderancia del término *familia* en los más diversos ám-



Ilustraciones de Louis Renard, en *Poissons, ecrevisses et crabes [...]*, 1754. Biodiversity Heritage Library ©

bitos y, por otro, cotejar los alcances que tenía su función como categorizador en otras tradiciones lingüísticas. ¿Sucedería algo parecido tratándose de la otra mitad de la población mundial, hablantes de lenguas amerindias, esquimo-aleutianas, afroasiáticas, nigerio-congoleñas, sino-tibetanas, japónicas y demás?

En lo que jalaba el cordel de la segunda pregunta (abriendo la prospección a la mayor cantidad de lenguas que me fuera posible cubrir), se me ocurrió que ya que somos producto de un linaje de primates sociales que perseveraron a través de milenios conformando clanes (núcleos familiares de cazadores recolectores que prevalecieron como unidad básica de organización social durante la mayor parte de nuestra evolución), nos sentimos inclinados a categorizar el mundo de la misma manera. ¿No son un poco eso las taxonomías, un intento modesto por pretender reducir a clanes el universo que nos rodea?

Así como tendemos a encontrar rostros por todos lados —atribuyéndoles ojos, nariz y boca a los más variados objetos inanimados como automóviles, picaportes, rejillas de ventilación, grifos del baño, etcétera, fenómeno denominado como *pareidolia de rostro*— conformamos constelaciones familiares incluso donde no tienen sentido. O si se prefiere: somos el clan de los primates que ven clanes por todos lados: el viejo refrán “el león cree que todos son de su condición”, llevado a los linderos de la existencia misma.

Me gustó esa idea: la familia como principio clasificador por la trascendencia que tienen las tribus que conformamos para nuestra supervivencia. No está de más aclarar que no estoy postulando lo anterior como una hipótesis del todo rigurosa para el escrutinio académico. Simplemente estoy especulando en torno a de

dónde pudo haber provenido tal aproximación a la división del universo en categorías concebidas bajo el concepto de *familia*. Desde luego que podría estar equivocado. La madeja de palabras recién pronunciadas podría desintegrarse tan solo con tirar más fuerte del estambre que condujo a ellas. Podría haber muchas otras maneras de aproximarse al universo (y las hay) y otros categorizadores hegemónicos. Podría



Hongos comestibles, en M. E. Descourtilz, *Atlas des Champignons*, 1827. Biodiversity Heritage Library ©

tratarse también de un evento menos primigenio de lo que estoy imaginando, una tendencia de clanes más bien modernos, quizás ligada al auge de las ciencias naturales como marco teórico cardinal durante el siglo XIX. El paradigma del origen, guiño a Darwin, plantea que los rasgos esenciales de una determinada muestra se hallan en el pasado común y las relaciones e historias compartidas.



El paralelismo entre el origen de las especies y el de las lenguas o, mejor dicho, la concepción evolutiva que plantea que seres vivos y lenguaje se comportan de manera un tanto análoga —ambos especiendo y divergiendo de manera similar y estableciendo filogenias—, representa sin duda un terreno fértil para el debate. Gracias a una amiga lingüista que clamó mantener su anonimato, me enteré de que justamente un cuñado de Darwin, Hensleigh Wedgwood, pudo haber sido el responsable de que se asentara el paradigma del origen en el estudio de las lenguas durante casi un siglo. Digamos que Wedgwood, básicamente, intentó interpretar la historia de las lenguas bajo los parámetros del gradualismo geológico de Charles Lyell, lo que, a su vez, pudo haber figurado como incentivo para que Darwin trasladara tales conceptos hacia el mundo silvestre (de acuerdo con la correspondencia epistolar entre ambos) y que, varias décadas más tarde, los acuñara en su célebre Teoría de evolución biológica por selección natural.¹

Traigo esto a cuento no solo porque el estrecho vínculo entre ciencias “blandas” y “duras” siempre me ha parecido fascinante y poco explorado, sino porque el paradigma del origen puede estar detrás de la noción predominante de *familia* como categorizador, pues en términos generales parece hacer alusión principalmente a la ancestría y parentesco entre los sujetos para establecer disecciones. Me pregunto qué diría el buen Chomsky de todo esto. A fin de cuentas, el gran lingüista de nuestros tiempos promulga justamente un paradigma distinto, el de los patrones, para acercarse al

¹ Para seguir tirando de ese jugoso hilo, se recomienda ver “Darwin on Language” en *Babel’s Dawn*, el blog sobre el origen del habla de Edmund Blair Bolles. Disponible en https://www.babelsdawn.com/babels_dawn/

estudio de las lenguas, disciplina que él considera una ciencia dura, si no es que la ciencia de ciencias, y el lenguaje como una facultad intrínsecamente humana.

Quizás la interrogante entonces sea de carácter más filosófico que lingüístico: ¿Qué es lo que encontramos en el concepto de *familia* que lo hace tan plástico y específico a la vez? En las *Investigaciones filosóficas*, Ludwig Wittgenstein apunta la *semejanza familiar* como la analogía más adecuada para comprender la polisemia. Según afirma el gran pensador del siglo XX:

No hay razón para buscar, como hemos hecho tradicionalmente —y de forma dogmática—, un núcleo esencial en el que se encuentre el significado de una palabra y que sea, por tanto, común a todos los usos de la misma.

Deberíamos, en cambio, viajar con los usos de la palabra a través de “una complicada red de similitudes que se superponen y entrecruzan”.²

Pensemos en una familia de la que conozcamos a varios integrantes, diríamos que guardan parecido entre sí, pero sería muy complejo reducirlo a unos pocos atributos conservados entre todos sus miembros; no obstante, de que se parecen no hay duda. ¿Qué los asemeja? ¿Sus facciones, sus proporciones corporales, su temperamento, sus gestos, sus posturas intelectuales, su tipo de cabello o su sentido del humor? ¿Todo y nada a la vez, quizás? ¿Un abanico de características particulares repartido

² Tomado del inciso 3.4, (PI 66), “Language-games and Family Resemblance”, de Ludwig Wittgenstein en Stanford Encyclopedia of Philosophy: <https://plato.stanford.edu/entries/wittgenstein/#LangGameFamiRese>
Ver *Investigaciones filosóficas*, Trotta, Madrid, 2021.



Anémonas marinas, en Alfred Moquin-Tandon y Henry Martyn, *The World of the Sea*, 1869. Biodiversity Heritage Library ©

de forma heterogénea entre grados de presencia y ausencia, de manera que se mezclan sin seguir una regla específica? Eso es un poco a lo que se refiere el filósofo con los parecidos familiares entre los posibles significados de una misma palabra.

¿Aplicarán estos juegos de parecidos familiares filosóficos de Wittgenstein al propio término de *familia*? Me inclino a pensar que sí y que de ahí proviene su encanto y tremenda versatilidad para adueñarse pedacito a pedacito del caos inacabable de la realidad. Cuando menos, en los ramales de las lenguas indoeuropeas, pues según he ido constatando poco a poco por medio de llamadas y correos, en otras tradiciones lingüísticas nuestro categorizador por excelencia no parece desempeñar una función tan predominante, al menos no lo hace en euskera, náhuatl, maya, japonés ni en distintos dialectos chinos, en todos los cuales sus acepciones tienden a limitarse al ámbito doméstico o a la parentela entre personas.

Algo que me pareció curioso es que el ideograma chino para *familia* retrata una casita con un cerdo, lo cual remite al origen latino del término ya mencionado (*famulus*, entendiéndose como el patrimonio: cobijo más sustento).

No queda más que cerrar volviendo a la idea original y retornar al plano de la biología. Declara Isabel Zapata respecto a su traducción de *Why Fish Don't Exist* de Lulu Miller:

Recién traduje un libro de Lulu Miller en el que aprendí que los peces no existen. Llamamos "peces" a ciertos animales acuáticos, la mayoría vertebrados no tetrápodos, pero es una categoría no *natural*, es decir que no responde a las relaciones evolutivas de las especies. Decir "peces" es



Coleópteros, en *Edinburgh Journal of Natural History and of the Physical Sciences*, 1835-1840. Biodiversity Heritage Library ©

entonces como decir "seres que habitan en la montaña", y en ese grupo entrarían igual un pájaro que una ardilla que un leñador con su camisa a cuadros.³

De paso, Zapata insiste una vez más en que las categorías que decidamos emplear son tan solo eso, interpretaciones nada más, no necesariamente un reflejo fidedigno de la realidad, y que siempre deberían estar abiertas a renovarse ante nuevas concepciones y perspectivas. **U**

³ Isabel Zapata, "Libros que muestran la salida y el camino de regreso", blog de Gris Tormenta. Disponible en <https://bit.ly/3t5AiPK>



LA PROMESA DE LA MONOGAMIA

Manuel Hernández

Partamos de una evidencia etnográfica: la monogamia no es universal. Los estudios que se han planteado esta pregunta examinando los diferentes grupos humanos muestran que solamente alrededor del 16 por ciento de las sociedades humanas en el planeta practican la monogamia, ya sea serial o absoluta, es decir, una monogamia para toda la vida o bien la admisión de que puede haber diferentes parejas, pero no al mismo tiempo.¹

Sin embargo, en términos absolutos, la monogamia, tal y como la comprendemos y la hemos naturalizado, está muy difundida, pues es parte fundamental de la cosmovisión europea y se ha generalizado en la medida en que Europa ha sido una cultura imperialista, colonizadora.

No hay ninguna duda de que el psicoanálisis nació en el interior de esa cultura, en el centro de Europa a principios del siglo antepasado, cuando las empresas coloniales seguían totalmente en boga y se consideraba que la europea era la cultura por antonomasia, mientras que el resto de los grupos humanos eran más o menos bárbaros o "atrasados" respecto de esa cultura, a la que debían tender a alcanzar en algún momento, lo cual determinaba su grado de progreso.

Sin embargo, hoy día ese modelo está resquebrajado por múltiples grietas. Entre los siglos XX y XXI se ha producido una profunda transfor-

¹ David H. Price, *Atlas of World Cultures. A Geographical Guide to Ethnographic Literature*, The Blackburn Press, Londres, 2004.

mación de la noción de matrimonio, de las relaciones eróticas y de la familia.

Todo indica que es una transformación irreversible que deja atrás a la pareja heterosexual reproductora como el único modelo de familia aceptado socialmente. En suma, se ha puesto en crisis el sentido tradicional de pareja y de matrimonio, pues ahora no gira en torno, necesariamente, a la reproducción ni la crianza de hijos.

¿Qué ha generado esa crisis? Por un lado, los desarrollos científicos en materia de reproducción han puesto en duda la genitalidad como el único camino para procrear; enseguida está el psicoanálisis mismo y su cuestionamiento de la heterosexualidad como paradigma del erotismo, pues teoriza la bisexualidad y el polimorfismo de las pulsiones parciales en el ser humano; en tercer término, hay que contar la precarización producida por el capitalismo de monopolios y su efecto en la declinación de la *imago* paterna, con lo cual el padre como jefe de familia ha sido seriamente puesto en cuestión; por último, el feminismo (en particular con su declaración de que lo personal es político), la teoría *queer* (al rechazar las identidades tradicionales) y la teoría de género (con su cuestionamiento de los roles tradicionales) han abierto preguntas acerca de la configuración de la familia tradicional, los valores en los que se fundamenta y la manera de vivir el erotismo.

MONOGAMIA PÈRE-DURABLE

La monogamia, ya sea absoluta o serial, tiene anclajes muy profundos que permanecen intactos. En primer lugar, sociales. Cuando el amor romántico promovió que la pareja se constituyera legítimamente sobre la libre elección de ambas partes basada en la pasión y la

libertad, produjo una revolución respecto de los matrimonios arreglados tradicionales que eran la norma hasta el siglo XVIII.² En esa forma previa de matrimonio las familias tenían poder de decisión sobre los cónyuges en diferentes grados, desde la conformación de la pareja sin consultarlos, hasta el veto de la elección de algunos de ellos.

El huracán de libertad que fue el Romanticismo revolucionó todas las áreas de la actividad humana sobre las que tuvo influencia. Sin embargo, la emancipación que significó salir del matrimonio concertado fue limitada por el hecho de que, al darse dentro del sistema patriarcal, la libertad obtenida no era la misma para hombres y mujeres. Tampoco modificó en absoluto la condena a la homosexualidad,

² Jodi O'Brien (ed.), *Encyclopedia of Gender and Society*, SAGE Publications, California, 2008, p. 41.



© María Fragoso Jara, *De nuestro jardín de frutas falsas*, 2018. Cortesía de la artista y 1969 Gallery

como lo demuestra de forma contundente el caso de Oscar Wilde. Seguía tratándose de una libertad para constituir una pareja según las reglas de la monogamia heteronormada y, por lo tanto, heterosexual.

A pesar de que la obra de Marx y Engels se desplegó a finales del Romanticismo e inicios del auge del Positivismo, sus puntos de vista, y las transformaciones que podrían haber seguido, no tuvieron sino alcances limitados y nunca perturbaron la subjetividad. Por eso, las parejas constituidas bajo el amor romántico

lo hicieron también bajo el régimen de la propiedad privada, en donde uno posee a la otra persona en exclusividad, algo que, desde luego, es mucho más marcado en las restricciones que han afectado a las mujeres.

Si se unen los dos factores anteriores, se comprende que el matrimonio haya seguido siendo algo decisivo pues, aunque se eligiera pareja con libertad, esta se acotaba con el contrato matrimonial.

El filósofo inglés John Stuart Mill tuvo que hacer una declaración expresa de renuncia a



© María Fragoso Jara, *Teach me sweet things II*, 2020. Cortesía de la artista y 1969 Gallery

esos derechos que le otorgaba su matrimonio sobre Harriet Taylor, una notable feminista y el amor de su vida, pues iban en detrimento total de la libertad y la autonomía de su esposa. El matrimonio es un contrato en el cual se adopta, en diversos grados según las legislaciones, un compromiso que afecta a los bienes de ambas partes, y donde las mujeres han sido históricamente mermadas no solo sobre sus bienes, sino directamente en su persona. Explícita o implícitamente se concibe que la mujer pasa a ser propiedad del hombre o, al menos, su dependiente. Basta recordar que, hasta hace muy poco, en México las mujeres casadas cambiaban su nombre para ser "de González", "de Rivas", etcétera.

También hasta hace no tanto las mujeres no formaban parte del mundo laboral remunerado, por eso sus propiedades quedaban bajo el dominio del marido y entonces los bienes familiares eran literalmente un *patrimonio*, bienes del padre. De esa manera, los varones, en tanto padres, eran a la vez proveedores y propietarios de los bienes familiares, por lo cual había un lógico interés en que ese patrimonio fuera heredado a sus hijos auténticos, y era importante garantizar la fidelidad conyugal de la mujer. Bajo ese esquema, la infidelidad femenina sufre una condena social mucho mayor que la masculina, pues el poseedor de los bienes y quien los genera es el hombre, él puede disponer de ellos a su voluntad, mientras que la infidelidad femenina puede minar el patrimonio familiar, por no hablar de las consideraciones sociales machistas, como "el honor de su marido". Ese modelo tradicional se resquebrajó irreversiblemente con la incorporación de la mujer al trabajo remunerado, lo que no quiere decir que la estigmatización de la infidelidad femenina haya disminuido ni un poco.

DEL LADO DEL PSICOANÁLISIS

Incluso bajo el examen más burdo, salta a la vista que la experiencia libidinal del infante está dividida desde el inicio. Lo señala incluso la estúpida pregunta que era común todavía hasta hace algunos años "¿A quién quieres más: a tu papá o a tu mamá?" Bajo este esquema de familia, el amor y el erotismo del infante están escindidos, divididos, repartidos.

Pero no solo eso, el esquema edípico freudiano no incluye algo que la tragedia de Sófocles sí contempla, y es el erotismo entre hermanos y hermanas. Si uno sigue la saga griega de Edipo se percata de que, si bien Antígona lo acompaña hasta el final de sus días, los efectos de ella tienen un destinatario muy específico, que es su hermano insepulto, Polinices, cuya honra valora más que a su propia vida y que a su compromiso matrimonial con Hemón, el hijo de Creonte.

Este breve recordatorio tiene por finalidad señalar que el erotismo entre hermanos y hermanas no encontró un lugar en la conceptualización freudiana del Complejo de Edipo, a pesar de que Freud detectó claramente el fenómeno. Por su parte, Lacan sí lo teorizó desde muy temprano, pues en su artículo de 1938 titulado "La familia", hay un apartado entero que trata sobre el erotismo entre hermanos cuya rivalidad por el amor parental no excluye una gran carga libidinal *directa* entre los miembros de la fratría y no se reduce solo a los celos y la competencia.

Así, en el núcleo familiar, el erotismo nunca se dirige a una sola persona. El infante tiene su libido repartida entre su padre, su madre, y cada uno de sus hermanos o hermanas (además de su autoerotismo, claro está); a esto debemos sumar a tal o cual primo o prima y luego a toda la serie de objetos de amor que

Amor romántico: dos seres se encuentran y se aman uno al otro total y exclusivamente. Esta configuración es ridícula e insostenible.

aparecen en la infancia. Es decir, desde el principio el amor es múltiple y se multiplica. Esos amores coexisten sin mayores problemas durante años, recaen sobre amigos, amigas, familiares, perros, etcétera.

Sin embargo, llega un momento en que es preciso elegir pareja, es decir, a una sola persona, en exclusividad, poniendo de lado a otros amores. La solución que hemos dado a esta paradoja es una categorización del amor, en donde habría amores no sexualizados y otros que sí lo están o lo están en cierto grado. En esa jerarquización, como indica Brigitte Vasallo, el amor de pareja ocupa la cúspide de tal pirámide de prioridades.³ Ya vimos que eso tiene una función social muy clara...

En la visión tradicional, el amor familiar no debería estar sexualizado (un mito que Freud hizo explotar), tampoco debería estarlo la amistad, menos aún entre miembros del mismo sexo. En cambio, el amor de pareja sí lo está o *tendría* que estarlo.

Sin embargo, la experiencia psicoanalítica muestra que el erotismo que abarca cada una de esas relaciones tiene una carga de sexualización variable, pero ineludible. ¿De qué sexualidad hablamos? Por un lado, de las pulsiones parciales, por lo cual, ciertas relaciones de dominación, por ejemplo, están marcadas por el erotismo anal, incluso cuando parecen puras relaciones de poder sin ninguna carga erótica, o bien la demanda sin medida e insaciable es un signo de erotismo oral. El genio

de Freud nos ha permitido reconocer esas variantes de la sexualidad en cada relación humana. Sin embargo, no es fácil identificarlas en la propia vida, algo a lo que puede dar acceso la experiencia de un análisis.

Pero también hay que contemplar la libido narcisista, en la que el objeto se convierte en un referente imaginario y entonces erotismo, identificación y agresividad establecen un frágil equilibrio que les da a esas relaciones una inestabilidad y una explosividad características.

Así, si bien amor y sexo no son lo mismo, pueden coexistir y complejizar cada uno de los vínculos humanos con una sofisticación que el psicoanálisis se ha dedicado a examinar. El infante no solo ama y desea sexualmente a muchas personas, sino que según el abanico de posibilidades de las pulsiones parciales lo hace de maneras múltiples, irreductibles unas a otras. Por eso, no es exagerando hablar de una multiplicación del amor y del deseo. Sin embargo, en su versión más conservadora, el sistema nos exige que establezcamos relaciones monógamas y heterosexuales que respondan a identidades de género claras e incluyan la reproducción para constituir finalmente una familia en la que el sexo no esté incluido. Y así, llenos de paradojas, sufrimos...

EXCLUSIVIDAD Y MÚLTIPLE EROTISMO FAMILIAR

Es que la cría humana —para hablar como lo hace Lacan en su ensayo de 1938— despliega un erotismo exuberante, múltiple y dirigido a muchas personas en su familia. Sin embargo, ese mismo infante exige la exclusividad a cambio. En efecto, el tema de la exclusividad fue especialmente importante cuando Freud se ocupó de la sexualidad femenina. Por un

³ La idea de la monogamia como sistema, y no como una práctica, es original de Brigitte Vasallo, quien la presenta y argumenta en *Pensamiento monógamo. Terror poliamoroso*, Hacerse de Palabras, Cd. de México, 2020.

lado, afirmó que el amor preedípico hacia la madre es intenso y exclusivo.⁴ Sin embargo, esta premisa fue puesta en cuestión por él mismo en "Psicología de las masas y análisis del yo" cuando habló de la identificación con el padre como la primera identificación y la de mayor valencia. También cuando, al escribir *La interpretación de los sueños*, lo hizo bajo el duelo por la muerte de su padre, llamándola "la pérdida más terrible en la vida de un hombre".⁵ Pero vimos que la libido también puede y suele dirigirse a hermanos y hermanas. Sin embargo, el infante no tolera que eso suceda con aquellos a quienes él ama, en efecto, como dice con claridad Freud: "el amor infantil es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades".⁶

Este fenómeno lo detectó también Lacan en el seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, cuando elaboró un ejemplo en donde una chica manda un mensaje a su amante con la ubicación de la cortina y las macetas. Para descifrar el mensaje es preciso entender la posición de la cortina y el número de flores que ella pone en su ventana. Si la cortina está abierta, quiere decir que estará sola y el número de macetas indica la hora. *Je suis là seule à cinq heures*, "a las cinco estoy sola". De acuerdo, pero en francés *être là seule*, "estar ahí sola" es una frase que es homógrafa con *être la seule*, "ser la única". Este es el deseo que subyace al mensaje, nos indica Lacan: ser la única.⁷

Y es que esta es la premisa del amor infantil que se mantiene toda la vida: exclusividad

y totalidad. Sólo puedes amarme a mí y todo tu amor debe ser para mí.

Se trata de algo desproporcionado. Sin embargo, es la promesa de la monogamia en la versión del amor romántico: dos seres se encuentran y se aman uno al otro total y exclusivamente. Esta configuración es ridícula e insostenible. Nada en la existencia humana prepara para semejante situación que, sin embargo, se promueve como el *verdadero amor* y se pone en la cúspide de las categorizaciones del erotismo.

Por eso la monogamia encuentra un asentimiento subjetivo tan contundente: promete satisfacer un profundísimo deseo infantil,



© María Frago Jara, *Delia sin miedo*, 2018.
Cortesía de la artista y 1969 Gallery

⁴ Sigmund Freud, "Sobre la sexualidad femenina", *Obras completas*, José Luis Etcheverry (trad.), vol. XXI, Amorrortu, Madrid, p. 233. En adelante se refiere OC, volumen y página citada.

⁵ OC, vol. VI, p. 20.

⁶ OC, vol. XXI, p. 233.

⁷ Jacques Lacan, *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, seminario XII.

aquel de ser amado de esa manera total y exclusiva.

Si a eso añadimos que en el matrimonio burgués tradicional la finalidad es la reproducción, entonces lo que encontramos es una forma completamente restrictiva de vivir el erotismo, que vuelve condenable amar a otras personas y amar de otras maneras que no pongan al coito fecundador en el centro de la acción. Es por ese camino que llegamos a la desgraciada situación de tener que censurar y estigmatizar nuestro amor por personas que no son nuestro cónyuge y, así, de repente, el amor pasó a ser algo malo, condenable, reprochable, digno de rechazo.

Cuando se rompe la monogamia se atenta no sólo contra la propiedad privada y el patriar-

cado, sino que se rompe la lógica infantil de ser para el otro el *number one*, y también se acaba la ilusión de ser *the one and only*.

No es por nada que Freud describió en *El malestar en la cultura* el panorama siguiente, en donde la cultura delimita y acota las prácticas de la sexualidad legítima, que no considera los múltiples caminos de la libido infantil, propios de las pulsiones parciales:

El reclamo de una vida sexual uniforme para todos, que se traduce en esas prohibiciones, prescinde de las desigualdades en la constitución sexual innata y adquirida de los seres humanos, segrega a buen número de ellos del goce sexual y de tal modo se convierte en fuente de grave injusticia. [...] Lo único no proscrito, el amor ge-



Henri de Toulouse-Lautrec, *Au lit: le baiser*, 1892. ©

nital heterosexual, es estorbado también por las limitaciones que imponen la legitimidad y la monogamia. La cultura de nuestros días deja entender bien a las claras que solo permitirá las relaciones sexuales sobre la base de una ligazón definitiva e indisoluble entre un hombre y una mujer, que no quiere la sexualidad como fuente autónoma de placer y está dispuesta a tolerarla solamente como la fuente, hasta ahora insustituida, para la multiplicación de los seres humanos.⁸

Aunque Freud consideraba esto un cuadro extremo, sin embargo, es el marco de referencia normativo al interior del cual todavía ocurren los encuentros eróticos en Occidente. Por eso, resulta en los hechos insostenible, ¿qué es lo que sucede en cambio?

Solo los débiles han acatado un menoscabo tan grande de su libertad sexual; las naturalezas más fuertes, únicamente bajo una condición compensadora de la que después hablaremos. La sociedad culta se ha visto precisada a aceptar calladamente muchas trasgresiones que según sus estatutos habría debido perseguir.⁹

¿Cuál es la compensación a la que se refiere Freud? Lo dirá unas páginas después: se trata de la *seguridad*. En efecto, la compensación social a tan grande sacrificio erótico es la seguridad que proviene del respaldo social, la legitimidad, la legalidad, el patrimonio y, desde luego, la promesa de exclusividad.

Sin embargo, nada de eso contiene al deseo sexual, nada de eso pone coto al amor en los hechos. La gente sigue amando y deseando a

otros y otras además de a su pareja, justamente como ha ocurrido toda su vida. Pero ahora debe vivir ese amor como algo malo, inaceptable y sufre...

Al hacer pareja, nos comprometemos más que con alguien, con algo: con el sistema del Uno. Ese sistema se traduce en diversas figuras, una de ellas, la más visible, es el varón heterosexual, heteronormativo, patriarcal y detentor socialmente legítimo de la violencia. Lo que a su vez se traduce en figuras políticas como el Estado en sus diferentes versiones, pero donde el líder fascista es la más depurada. En configuraciones económicas bajo el régimen de la propiedad privada su culminación son los monopolios. O bien culturales, como el patriotismo y su correlato de racismo y xenofobia. E incluso artísticas, con la búsqueda de la pureza, como en el caso de Le Corbusier, quien residía y se movía libremente en la Francia de Vichy.¹⁰ Estas son apenas algunas de sus figuras. Se trata, en suma, de todo un sistema de prácticas y de valores que reduce a las mujeres a lo híbrido y a todo lo que se conciba como femenino al lugar del Otro, como nos lo enseñó Simone de Beauvoir.

Entonces, es preciso preguntar: ¿caso el patriarcado y su legado de violencia puede desaparecer sin poner en cuestión el lugar del Uno, en suma, a la monogamia como sistema? **U**

¹⁰ Esta fue la razón por la cual nunca fue incluido en el número especial de *Cahiers d'Art 1940-1944*, (París, 1944) dedicado a los artistas e intelectuales de la Resistencia francesa, en donde están Picasso, Lacan, Tzara, Éluard, Char, Ponge, Prévert, Alquié, entre muchos otros, pero no Le Corbusier.

⁸ OC, vol. XXI, p. 102. Las itálicas son mías.

⁹ *Idem*.

Este texto fue la presentación de nuestro seminario a voces "El Uno, patriarcado y psicoanálisis: cuestionamiento de la monogamia como sistema" que se realiza en el marco de Campus Expandido del Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC).



FAMILIA NO SOLO HAY UNA

Melissa Ayala

Uno de mis primeros recuerdos de infancia es mi profesora de segundo de kínder pidiendo que dibujáramos a nuestra familia. Tan pronto escuché la instrucción procedí a trazar garabatos que representaban a mi mamá, mi papá, mis dos hermanos y a mí. Todos aparecemos frente a una casa, del lado derecho traté de dibujar un árbol bajo un círculo amarillo acompañado por una nube tipo algodón.

Este tipo de representación fue por mucho tiempo el referente inmediato e incuestionable de lo que significaba para mí una “familia”; sin embargo, de manera paulatina, la sociedad ha comenzado a dar visibilidad a los diferentes modelos de familia y, más aún, el derecho ha comenzado a garantizar marcos jurídicos de protección para todos ellos.

En México, gracias a las personas que han formado familias fuera de los esquemas tradicionales, el derecho se ha visto forzado a reconocerlas; actualmente hablamos de la familia como una realidad social a la que la norma debe adaptarse y regular.

La secularización de la sociedad ha generado una gran diversidad de maneras de constituir una familia que no necesariamente surgen del matrimonio entre un hombre y una mujer. En este sentido, si bien actualmente se parte del entendido de que nuestra constitución protege de igual forma a todas las variantes, esto no ha sido así siempre. De manera muy específica, las y los activistas impulsores de la agenda del matrimonio igualitario han pugnado por que tanto las parejas heterosexuales como las del mismo sexo gocen de la protección jurídica del Estado.

Uno de los grandes cambios en cómo entendemos la familia ocurrió con el reconocimiento del derecho de las personas del mismo sexo a casarse. Es decir, se reguló algo bien sabido: que la gente no se casa con el objetivo primordial de procrear. En la actualidad, el matrimonio se sostiene en los lazos afectivos, de identidad, solidaridad y de compromiso mutuo de quienes desean tener una vida en común, alejándose de la idea arcaica que señalaba que las personas se casaban primordialmente para tener descendencia e intercambiar bienes.

En esta línea, los litigios que se resolvieron en la Corte en diciembre de 2012 en torno al matrimonio entre personas del mismo sexo

permitieron que se puntualizara el artículo 4.º constitucional, que establece la obligación del Estado de proteger a la familia como realidad social y no de manera exclusiva a la que surge o se constituye mediante el matrimonio. Lo que significa que debe cubrir todas sus formas y manifestaciones: familias nucleares compuestas por padres e hijos (biológicos o adoptivos) que se constituyan a través del matrimonio o uniones de hecho; familias monoparentales compuestas por un padre o una madre e hijos; familias extensas o consanguíneas que abarcan varias generaciones, incluyendo ascendientes, descendientes y parientes colaterales, y, desde luego, también familias homo-



Danila Vassilieff, *A Family*, ca. 1951. © National Gallery of Australia



Ian McNeillage, *Mother and Child 3*, 1965.
© National Gallery of Australia

parentales conformadas por madres o padres del mismo sexo con hijos (biológicos o adoptivos) o sin ellos.

No obstante, hasta el día de hoy muchas parejas del mismo sexo que residen en estados donde no se ha modificado el código civil se ven obligadas a interponer juicios de amparo para que se les permita casarse. Es decir, algunos congresos locales hacen oídos sordos y buscan mantener todos los obstáculos para evitar que la normatividad refleje la realidad social.

Como ya se adelantaba, la Suprema Corte ha aclarado que la protección de la familia que ordena la constitución no se refiere exclusivamente a la familia nuclear que tradicionalmente ha sido vinculada al matrimonio. La relevancia de esta aclaración radica en que existen derechos y beneficios aparejados con el matrimonio. En este sentido, casarse se traduce en “un derecho a otros derechos”. Otorgar legal-

mente el matrimonio civil aumenta significativamente la calidad de vida de las personas debido a que existe una gran cantidad de beneficios asociados: la exención en el pago del impuesto sobre la renta cuando el ingreso proviene de una donación realizada por uno de los cónyuges; el derecho de la viuda o viudo a recibir indemnización en los casos de muerte por riesgo de trabajo; el derecho a autorizar en casos de urgencia cualquier procedimiento médico necesario para la pareja; el derecho a dar consentimiento a la donación de órganos del cónyuge; así como el derecho a prescindir de los medios artificiales cuando se comprueba una muerte encefálica.

En las últimas décadas también se ha desarrollado la pregunta por los vínculos que deben ser reconocidos de manera tanto social como política. Hemos pasado de identificar únicamente a los integrantes de un matrimonio como merecedores de derechos y protección jurídica, a incluir las relaciones de hecho donde existe una convivencia con cierta estabilidad y permanencia. En la Ciudad de México, por ejemplo, hablamos de *concubinato* cuando dos personas solteras han vivido juntas de forma constante y permanente por un periodo mínimo de dos años.

De manera paulatina pero consistente, nuestras leyes equiparan con diversos fines las familias articuladas en torno al matrimonio con aquellas en las que el vínculo es de una naturaleza distinta, y evolucionan de este modo hacia un concepto de familia fundado esencialmente en el deseo de serlo. Los artículos 1.º y 4.º de la constitución mexicana, como señalé previamente, cierran el paso a la imposición *a priori* de un concepto jurídico estrecho o “predominante” de familia y obligan a ampliar lo que cabe dentro de esa noción cuando están en

juego los derechos y las necesidades básicas de las personas.

En distintos casos resueltos por la Suprema Corte de 2007 a 2018, muchos hombres han impugnado los códigos civiles alegando que no tienen la obligación de dar alimentos a las mujeres con las que vivieron por años y con quienes tuvieron hijos, bajo la excusa de que estaban casados con alguien más. Detrás de este argumento existe la idea de que la familia “real” o la que merece derechos y protección jurídica es la que se funda dentro del matrimonio. Afortunadamente, la Corte no ha aceptado este razonamiento, en buena medida gracias a la perspectiva de derechos humanos que busca regir las decisiones de los tribunales constitucionales.

Es paradigmático el caso de una mujer y un hombre que mantuvieron durante cuarenta años una relación de pareja sin casarse y tuvieron cinco hijos. Después de que decidieron separarse, la mujer demandó el pago de una pensión alimenticia. Aseguró que cuando ella enfermó de cáncer el hombre la abandonó y dejó de proporcionarle los medios económicos para su manutención. El juez concedió una pensión provisional a su favor, equivalente al 50 por ciento del ingreso del hombre. El exesposo no estuvo de acuerdo con esta sentencia, y solicitó que se cancelara la pensión alimenticia bajo el argumento de que nunca existió una relación de concubinato, por lo que no tenía la obligación de otorgar alimentos. Al respecto, sostuvo que, de acuerdo con el código civil del estado de Tlaxcala, para que se configure el concubinato ambos sujetos tienen que ser solteros y él siempre estuvo casado con otra mujer. El juez señaló que se había demostrado que la pareja tuvo cinco hijos y que la mujer se dedicó preponderantemente a su cuidado y a las

labores del hogar. Esto fue suficiente para que se hablara de la conformación de una familia y, consecuentemente, la señora adquirió la misma calidad que una concubina, por lo que merecía el derecho a recibir alimentos. El señor promovió un juicio de amparo, en el que insistió en la inexistencia del concubinato y decidió llevar el caso hasta la Suprema Corte. Nuestro tribunal constitucional determinó confirmar la sentencia reclamada y negar el amparo solicitado.¹

Así, la corte señaló que el concepto constitucional de familia no puede ser interpretado

¹ Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2020. *Concubinato y uniones familiares*, Centro de Estudios Constitucionales de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Ciudad de México, p. 31.



David McDiarmid, *The Family Tree Stops Here Darling*, 1994. © National Gallery of Australia



Ian McNeillage, *Mother and Child 4*, 1965.
© National Gallery of Australia

desde un punto de vista restrictivo y centrado exclusivamente en un contexto matrimonial, sino que debe entenderse desde una perspectiva más amplia, que contemple situaciones distintas de convivencia. De otro modo, considerar que se puede eximir de cualquier obligación a un hombre que sostuvo una relación de parentesco con una persona al mismo tiempo que estaba casado con otra reiteraría un estereotipo de género relacionado con el prejuicio sobre el hogar extramarital.

Hablar de familia no necesariamente implica la existencia de hijas o hijos; sin embargo, una de las mayores evoluciones en cómo entendemos el término se relaciona con este tema. De manera puntual, las técnicas de reproducción asistida y el deseo de ejercer la ma-

ternidad o paternidad han cobrado una importancia toral.

El artículo 4.º de la constitución federal, además de hablar del derecho de protección a la familia, también reconoce que toda persona puede decidir de manera libre, responsable e informada sobre el número y el espaciamiento de sus hijos; por tanto, en este artículo también queda comprendida la decisión de procrear o abstenerse de hacerlo.

En distintos casos, la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) ha señalado que el derecho a la vida privada se relaciona con la autonomía y el acceso a los servicios de salud reproductiva, lo que involucra el derecho de contar con la tecnología médica necesaria. De ese modo, la CIDH ha reconocido estos beneficios para parejas con problemas de fertilidad y uniones del mismo sexo. En este contexto también cobra especial relevancia la *voluntad procreacional*: el deseo de asumir a un hijo como propio, aunque biológicamente no lo sea.

Esta postura supera la idea de la familia como sinónimo de vínculo biológico o genético. Por ello, al resolver diversos casos la Suprema Corte consideró que, en la inseminación artificial heteróloga —cuando una mujer es inseminada con un material genético de un donador anónimo, pues el cónyuge o la pareja no aporta material genético para la fecundación— la voluntad procreacional es uno de los factores determinantes para la constitución del vínculo jurídico que existe entre padres e hijos.²

Un caso ejemplar es lo ocurrido con dos mujeres que, tras cinco años juntas, decidieron tener una hija vía inseminación artificial con

² Véase el amparo en revisión 553/2018, el amparo en revisión 852/2017 y el amparo directo en revisión 2766/2015.

esperma de un donante anónimo. Ambas estuvieron de acuerdo con realizar este proceso, que se logró de manera exitosa. Cuando la pareja decidió separarse, la madre biológica argumentó que como ella gestó y parió a la niña, era la indicada para ejercer la guarda y custodia, ya que por cuestión “natural” existía un mayor apego.

Ante esto, la Suprema Corte determinó que en asuntos de esta clase no resulta válido el argumento de que la custodia de la niña se debe conceder a la madre biológica, puesto que no es el lazo biológico lo que determina la relación jurídica entre la niña y sus madres, sino la voluntad procreacional. En el caso específico, se confirmó la decisión de otorgarle la guarda y custodia a la madre “no biológica” en tanto que la niña se sentía más identificada con ella; además, se demostró que era la más capacitada para cuidarla.

tegró a su hogar cuando era una niña desamparada y la trató como una hija más. Tiempo después, la única hija biológica de la familia demandó la nulidad del segundo registro alegando la existencia del acta de nacimiento previa, con la finalidad de privar a la otra de derechos hereditarios.

El fallo de la Suprema Corte determinó que gracias a la realidad social que generó el reconocimiento parental en la segunda acta de nacimiento, se creó una filiación por solidaridad humana, pues hacía patente el deseo de integrar a una niña sin tutela a su núcleo familiar y tenerla bajo su cuidado como una hija, con todos los derechos y obligaciones que implicaba.

Estos son tan solo unos ejemplos de cómo lo que se entiende legalmente por familia va mutando conforme la sociedad evoluciona. Este carácter maleable del vínculo social se corresponde con un Estado multicultural y pluriétni-

Voluntad procreacional: el deseo de asumir a un hijo como propio, aunque biológicamente no lo sea.

Ahora bien, recientemente la Suprema Corte resolvió un asunto en el que concluyó que la relación entre padres e hijos no solo se genera por la procreación, la adopción, la reproducción asistida o la voluntad procreacional y reconoció la filiación por solidaridad humana, que se genera por una situación de hecho, como cuando una persona cuida y trata tanto en lo público como en lo privado a un niño como hijo propio, lo que genera una situación de derecho.

Esta decisión es resultado de un caso donde una mujer contaba con dos actas de nacimiento; la primera fue realizada por su madre biológica; la segunda, por la mujer que la in-

co que justifica el derecho de las personas a establecer una familia según sus propias decisiones y situaciones de vida.

Partir de la idea de una familia inflexible, única y heteroparental implica roles de género que en la actualidad se buscan superar. Los cambios en las dinámicas coyunturales de la sociedad implican asimilar que hay nuevos modelos familiares. La incorporación de las mujeres al ámbito laboral, los divorcios, los segundos matrimonios, las técnicas de reproducción asistida, la custodia compartida, los núcleos familiares integrados por parientes de segundo grado y la lesbo/homoparentalidad han reestructurado la imagen tradicional de la familia. **U**



INFORME AYOTZINAPA

LA FAMILIA DE UN DESAPARECIDO

GIEI

Yo lo que puedo decir ahorita, donde quiera que esté mi hermano, que tenga fuerza y que tenga la esperanza de que pronto lo vamos a encontrar. Y si regresa mi hermano con vida, seré muy feliz, con mi hijo, con mi esposa, toda mi familia. Lo agradeceré a Dios y a todas las personas que nos han apoyado. Aunque si perdió la vida, igual agradecerle a toda la gente. Pero debo ser positivo mientras no haya pruebas. Y aquí debo estar con los padres y luchar, encontrarlos. Y lo único que quiero decirle de mi hermano, que lo quiero mucho, que no piense él que lo estamos dejando. Toda mi familia tiene la esperanza de que regrese pronto. Mi mamá, mis hermanitos preguntan por él. Yo lo único que hago con mis hermanitos es decir que está bien, que pronto va a regresar, que no se preocupen. Y esa es la esperanza que tienen mis hermanos, mi hermanita, ¿qué le puedo decir? Es todo. E37.¹

La noche del 26 de septiembre [de 2014], los padres y madres de los normalistas que viven en Tixtla, se empezaron a encontrar en Ayotzi-

¹ El Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) estuvo conformado por Alejandro Valencia Villa, Ángela María Buitrago, Carlos Martín Beristáin, Claudia Paz y Paz Baile y Francisco Cox Vial. Este equipo se mantuvo activo y en funciones desde octubre de 2014 hasta abril de 2016 en México. Se creó con el objetivo de proporcionar asistencia técnica en la búsqueda de los 43 estudiantes desaparecidos de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, en las investigaciones y acciones dirigidas a sancionar a los responsables y en acompañar a los familiares de los estudiantes. Los testimonios que se citan en este texto pertenecen a diversas familias; están identificados con letra y número para proteger su identidad. Fueron publicados originalmente en 2015. [N. de la E.]

napa. Un carro de la escuela iba por la ciudad avisando a los familiares que algo grave había pasado y que se dirigieran allá. En la madrugada, surgían las primeras informaciones todavía confusas, los primeros encuentros con normalistas sobrevivientes que estaban en estado de shock después del horror vivido.

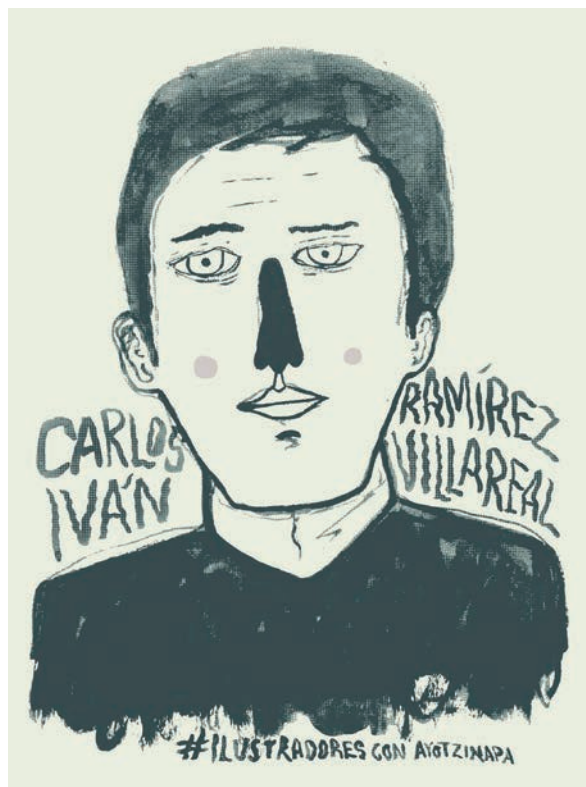
A la masividad del hecho se sumaron las distintas informaciones y versiones sobre el número de desaparecidos y la identidad de los muertos y heridos, confrontando a las familias con el espanto de lo sucedido de una forma totalmente inesperada y súbita.

Otros familiares se enteraron durante los días siguientes debido a la distancia y el aislamiento de sus lugares de residencia. Los primeros días de búsqueda, movilización y demandas frente al Estado fueron descritos por los familiares como un terremoto en sus vidas. La sensación de incredulidad y de que iban a encontrarlos pronto les hacía oscilar entre la perplejidad y la movilización. El 27 de septiembre, los familiares empezaron a realizar sus búsquedas de forma conjunta con autoridades del Estado. En uno de esos episodios, entre el dolor y la rabia, identificaron a un hombre en moto que los seguía y sacaba fotos de las familias, quien resultó ser un agente de inteligencia militar.

Quedamos en shock. Quedamos con una depresión grandísima, con una angustia, con un dolor de decir ya perdimos a nuestro hijo de esa manera. O sea, ¿cómo es posible que pierda uno un hijo de esa manera o que haya gente tan mala que haga ese tipo de cosas? Pero ya los fuimos analizando y, afortunadamente, seamos como seamos los padres de familia, nos echamos la mano cuando nos vemos caídos. E6.

El suceso también confrontó a los familiares con el deseo de identificar a los responsables. ¿Quién ha sido? ¿Quién ha hecho esto posible? ¿Por qué? ¿Dónde están?

Sí, pues ella se sintió más mal por todo, de hecho andábamos tristes. Yo andaba triste... desde el principio yo... ahora sí ni comíamos. A saber qué, después... que están secuestrados, están desaparecidos. Ahora sí no sabemos, quién se lo llevaría, bueno... Y a veces nosotros culpamos a otro lado. Como dice, la delincuencia, ¿no? Aquí fue directamente el Estado, el gobierno sabe esto... así que ellos saben dónde los tienen. Pues de ahí para acá, así vivimos. Y yo pensaba "pues van a regresar a lo mejor de aquí a ocho



Del proyecto #IlustradoresConAyotzinapa, 2014

días", no pues sigo ocho días aquí y nada... y así fuimos, y así fuimos. E2.

A pesar de la investigación llevada a cabo por las autoridades, la falta de respuesta a las preguntas "¿Qué pasó realmente?" y "¿Dónde están?" sigue siendo hoy en día urgente para las familias: la ausencia traumática de los normalistas junto con la falta de respuestas claras sobre lo sucedido y su destino han generado un fuerte malestar psicológico que se mantiene en el tiempo.

No saber nada y que ya vamos para ocho meses, no saber nada de él... en dónde está, cómo está o qué pasó con él, pues la verdad, sentimos... fuerte, el dolor fuerte, fuertísimo el dolor. Este

dolor es muy, muy doloroso... muy desastroso en el hogar de nosotros, porque todos nosotros ya no trabajamos como es, a veces por ejemplo, anda uno trabajando pero con tu mente por otro lado, a veces hasta cuando agarras el machete te llegas hasta lastimar un dedo porque pues andas pensando: "Cómo, en dónde está mi hijo", y la verdad, no, no trabaja uno... al cien como antes lo hacíamos. E4.

Muchos familiares comparan en sus descripciones la situación de pobreza anterior, pero en la que existía una cohesión familiar y el poder vivir juntos, con la creada tras la desaparición y el asesinato de los normalistas; la describen como un sufrimiento que se prolonga en el tiempo y que afecta a los familiares como personas y a la familia como espacio colectivo de vínculos y relaciones de afecto y solidaridad.

Esta situación afecta a la familia entera. Y, como le digo, antes de esto éramos pobres pero felices. De aquí para acá yo siento que ya no. Yo siento que todo cambió. Y el día de mañana que nos vayan a dar la noticia, quién sabe cómo cambiará. Yo sí he dicho que antes yo tenía otra vida, después de esto ya está difícil recuperar mi vida de antes... ¿Qué más voy a hacer aunque me aguante el dolor? ¿Cómo a mi hijo le quitan sus sueños así? ¡Caray! Él iba a ser maestro, estaba bien contento. ¿Cómo se los arrebatan así? ¡Qué coraje me da!, la verdad. E30.

En un nivel material, la desaparición forzada es un delito permanente mientras no se ofrezca información clara y fiable sobre el destino de la persona, se devuelvan sus restos y se investiguen los hechos y responsabilidades. En uno psicológico la desaparición conlleva un



Del proyecto #IlustradoresConAyotzinapa, 2014

En la tarde le dejo la puerta abierta y nunca llega. Pero siento que él está vivo y que él va a regresar.

estado permanente de incertidumbre y sufrimiento que ha sido asimilado a una forma de tortura.²

Le digo, no sé, la mente no puede descansar. Mi mente aunque... no vengo, pero mi mente no puede descansar. Le digo, yo quiero que regrese como sea, le digo, total, lo que Dios decida. Yo digo que tenemos derecho a morirnos pero no en esa forma. Imagínese, sufrió aquí, no les daban de comer, los trataban bien mal. Aquí hay mucha violencia. Así estuve como un mes, dos meses, tres meses. Desde entonces ya no siento nada. A veces siento que llega corriendo a la casa. En la tarde le dejo la puerta abierta y nunca llega. Pero siento que él está vivo y que él va a regresar. No. Y siento que sí está vivo. E14.

El impacto de los hechos se prolonga hasta hoy en día. Los asesinatos y desapariciones forzadas de sus hijos y familiares han tenido un impacto brutal en sus vidas y han extendido el impacto en sus familias y comunidades.

No nada más nos afecta a nosotros, nosotros tenemos familia, tenemos hermanos, tenemos papá, sus abuelitos, entonces todo eso llega a los teléfonos y suenan y suenan llorando, o sea, está afectando a mucha gente, no nada más a 43 padres, 43 madres; nosotros tenemos mucha gente y eso es lo impresionante. E12.

Las desapariciones y asesinatos especialmente tienen un enorme impacto psicológico individual en cada uno de los familiares, pero también en la dinámica, comunicación y fun-

cionamiento de las familias. Las afectaciones más visibles recaen en los padres y especialmente en las madres que viven esa pérdida con un profundo dolor y desasosiego.

Siempre las madres como que sufren más. Uno se hace fuerte, pero no, no es fuerte también. Uno trata que ellas no vean que estamos iguales, les da uno valor, pero no. Ella sufre mucho, mi esposa iba saliendo de la muerte de nuestro hijo hace cuatro años. Se le andaba queriendo como olvidar, sucede esto y otra vez está sufriendo enfermedades, se ha puesto mala. E33.

Las consecuencias en los hermanos, y en algunos casos en sus propios hijos, extienden ese impacto en toda la red de relaciones y vínculos afectivos.

Pues ahora sí que, el otro, el mayorcito, el que le sigue que tiene diecinueve años, en un principio yo lo vi mal. Siempre estaban juntos. Es como yo, ¿verdad?, si me llevo con mi hermana y mi hermana me falta, pues claro que me va a afectar. Yo sentí que lo afectó mucho esta situación. Lo afectó mucho. Yo considero que él está muy triste, aunque a veces no lo demuestra. A veces cierto coraje. Siento que también es porque quiere ver a su hermano y no lo ha visto. Pues, la verdad, yo lo siento muy afectado. Y en cuanto al chiquito que traigo de cinco años, el otro todavía es bebé, todavía no sabe nada, pero el de cinco años también, a veces me pregunta "¿Va a volver?, ¿y mi hermano, pues?, ¿cuándo va a volver?". E30.

La pérdida afecta también a los niños y niñas de las familias. Si bien esos duelos son más

² La privación del acceso a la verdad de los hechos acerca del destino de un desaparecido constituye una forma de trato cruel e inhumano para los familiares cercanos. Ver CortelDH Caso Trujillo Oroza vs Bolivia 26 de enero de 2000, párr. 114.

invisibles, tienen consecuencias en el desarrollo infantil, el estado afectivo y el rendimiento escolar.

Porque también el niño iba a veces con él... porque ahorita también él ya casi no quiere ir a la escuela. Porque dice que él extraña a su papá. Y él antes de que entrara dijo que le iba a echar ganas para que también el niño viera que su papá iba a estudiar, y que también él le echara ganas. El niño pues hay ratos que en la escuela llora, no quiere entrar, porque él extraña a su papá. E5.

Muchas veces esos impactos se manifiestan a través del rechazo a estudiar, el llanto, o la vivencia de la pérdida como una ausencia que no se puede "llenar".

Cuando venga te voy a traer una muñeca... "Ah, bueno." Como ella casi no puede hablar bien todavía, no le dice Carlos, le dice *Cajlo*. Luego que pasó esto, me dice mi esposa: —Quiere hablar Bety contigo—. Le digo: A ver. Dice: —¿Papá, y Cajlo? —Aquí está, está estudiando. —Dile si e va a traer la muñeca. —Sí... ya te la va a llevar. Cuando él vaya, te la va a llevar. Puro así, pero pues la gente ya le dice que su hermano está perdido. Y así y así, como va creciendo ya, se va dando cuenta, y como ve a su mamá llorar, dice: —¿Por qué llora mamá? No... no está Cajlo. E16.

La desaparición forzada supone una pérdida incierta que los padres y madres tienen que explicar a los niños y niñas. Pero esa ausencia y el dolor que genera no encuentran las palabras adecuadas para expresarse. Las explicaciones frecuentemente pueden dar una respuesta en un momento, pero generan muchas preguntas más adelante. Mientras se

mantiene la situación de incertidumbre, las explicaciones de los hechos están sujetos a ella.

Sí. Porque como la niña, pues también dice —¿Mí papá? ¿Lo tienen los policías?— Le digo sí, pues, pero no sabemos cuándo. Ya también el niño pregunta. E12.

De esta manera, los padres y madres tienen que enfrentar el impacto psicológico que les genera la desaparición y manejar el que produce en sus otros hijos o familiares.

Pues al principio ellas estaban más tristes, de hecho, ellas ya no querían ir a la escuela. La más grande, dice: —¿Sabes qué, mamá? Voy a dejar de estudiar para... porque siento que las letras no me entran, no me concentro, no me siento bien—. Le digo: —¿Pero tú crees que tu hermano si estuviera aquí, eso habría de querer para ustedes? Debemos de ser fuertes y echarle más ganas, para cuando él llegue... estemos bien, emocionalmente y darle energía a tu hermano igual. Así es que nosotros debemos de ser pacientes y ser fuertes para soportar esto, hijas. Y sí, pues lo han entendido, ellas han seguido con su escuela. Pues hasta ahorita me han dado buen resultado, no han bajado de calificación, se han concentrado. E18.

Como puede verse en el siguiente ejemplo, las consecuencias familiares se expresan en las distintas maneras de enfrentar el dolor, en los impactos individuales y la dinámica familiar:

Viera cómo es de doloroso. Mi hijo, el que anda aquí, se ha dedicado a puro beber, a puro beber, ¿por qué cree que me lo traje? Porque puro borracho mi hijo, ahora que pasó esto. Él bebiendo, bebiendo y bebiendo. ¡No más imagínese cómo

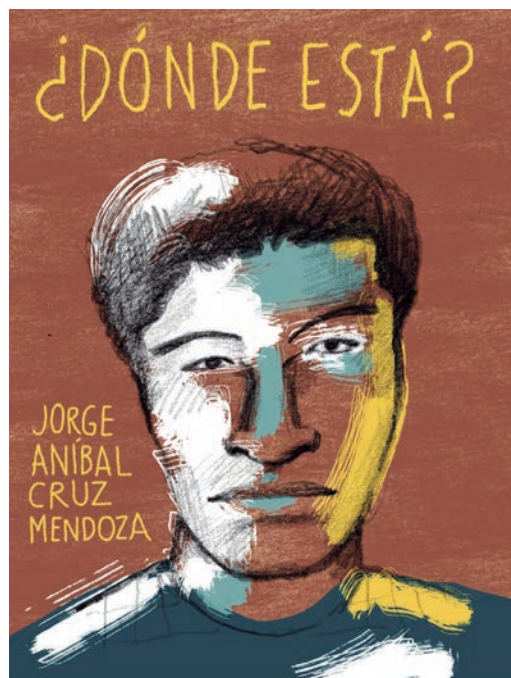
está afectando a la familia! Yo me pongo a pensar, mi suegra la viera cómo está quedando de flaquita. ¿Por qué? Por estar pensando en su nieto. Que cómo está, que cómo lo tienen... y si viera cómo está la señora, no come, me da lástima. Le digo —Coma usted—, yo le doy ánimos, —Su nieto va a llegar y va a querer verla buena—. Y así le doy ánimo para que coma, pero se está acabando la señora. Y es lo que yo siento, siento feo porque nos está consumiendo. E24.

El hecho de que las desapariciones se hayan dado contra normalistas que querían ser maestros y estaban estudiando hace que algunos familiares tengan una actitud de mayor protección frente a sus hijos o incluso quieran evitar que estudien en otra escuela asimilable a Ayotzinapa.

Está en la secundaria el otro, ya va a terminar este año. Ya también a veces uno dice... su mamá pues por el miedo, dice: —No, mejor que no estudie—, no, pues cómo, que estudie pero ya en otra escuela, mejor... o cerca de ahí, mi hijo, porque pues... Ahorita ya, como dijeron, pues quedó un miedo, nos quedó un miedo, pues. E2.

Pues mi hijo, pues él solito, ahora sí que él solito se está viendo. Es el que anda conmigo ahorita. Él ya no quería estudiar, pero le dije que tenía que seguir, así que pues él solito, se hace de comer, se lava. E9.

Frecuentemente los familiares tienen que manejar su dolor hacia dentro, guardándolo y no expresándolo o tratando de hacerse fuertes frente a los otros, a fin de mantener las demandas frente al Estado y continuar con las movilizaciones colectivas. El GIEI ha sido tes- tigo en numerosas actividades llevadas a cabo



Del proyecto #IlustradoresConAyotzinapa, 2014

con los familiares de esta capacidad de contención y también de la necesidad de encontrar espacios de expresión y respuestas a sus demandas.

Ya quiero verlo llegar. Y nos fueron guiando en eso. Que la espera pues, que a veces pasan años y hay que saber esperar. En estos momentos aunque aún en el estado de ánimo lo sentimos, a pesar de todo, hay que saber esperar. Porque si no sabemos esperar, entonces pues nos vamos a matar, ¿verdad?, pronto. O sea, una enfermedad o algo. De hecho, nos han ayudado ellas, las psicólogas, las de Médicos sin Fronteras. Tenemos también ahí a Ximena, también nos ha apoyado en algo de esto. Y creo que eso ha sido lo más. E30.

Si bien la fortaleza de estos meses ha sido una muestra de su capacidad de resistencia, también se necesitan medidas de acompañamiento y atención psicosocial de confianza y con experiencia en casos de violaciones gra-

ves de derechos humanos como son los casos de desaparición forzada.

Pues ahora para nosotros es difícil, pues día con día hay ratos en que nos sentimos bien, hay ratos en que nos sentimos mal. Pero pues ahora sí, hay veces que nos dan ánimo los niños o hay veces que nos queremos poner tristes... Yo le digo a mi nuera, a casi una semana de cuando pasó esto, ella no quería comer. Pero después le dije —Mira, ¿sabes qué?, hazlo por los niños, porque ellos te ven que tú lloras, tú te pones mal... y mejor tú has como que no. Aunque por dentro solamente tú sabes lo que sientes, por fuera tu sal a demostrar a los niños que está todo bien—. Y sí, pues así la vamos llevando, día con día. Para nosotros es desesperante el ver que ellos no aparecen. E5.

También ha supuesto tener que manejar las explicaciones y el sinsentido hacia dentro de la familia. Cuando no se encuentra sentido al

hecho traumático, las personas pueden buscar explicaciones sencillas o atribuciones de responsabilidad en otros. Si bien esas son formas de dar sentido a algo que no lo tiene, pueden también generar nuevos conflictos, y los familiares de desaparecidos tienen que aprender a manejar esas versiones y presiones en diferentes entornos:

[El padre] está fuera del país. Me llamó para reclamar, para reclamar por qué lo dejé ir a la escuela. Contesto la llamada, dice —Soy Miguel. —Ah, sí. —¿Por qué lo dejas al chamaco estudiar? Ahorita está desaparecido—. Yo no tengo ganas de platicar. Yo le dije —Si estuviera en tu lugar, ni hubiera marcado—. Solamente eso le dije. E7.

La crueldad y tortura sufridas por Julio César Mondragón o los disparos a quemarropa contra Julio César Ramírez y Daniel Solís también confrontan a los familiares con detalles del horror que tienen enormes consecuencias psicológicas.

Hasta ahorita no, no lo podemos superar, no lo podemos superar, es un trauma. El simple hecho de pensar en el momento, en sus últimos momentos de vida de él, cómo lo masacraron, cómo lo asesinaron, lo torturaron, lo golpearon... No sé, es..., es algo que... Como humanos, no creemos, no es posible que haya gente que se ensañe con una persona así. Desarmados, ellos policías muchos, con toda la ventaja, con todo... O sea, no es posible que haya gente tan desalmada que pueda hacer esas cosas, esa es la verdad. E23. U



Del proyecto #IlustradoresConAyotzinapa, 2014

Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes, *Informe Ayotzinapa. Investigación y primeras conclusiones de las desapariciones y homicidios de los normalistas de Ayotzinapa*, CDMX, 2015, pp. 257-262.



LOS ADIOSES

Teresa Corona

A mi madre, con amor

Irene Bazán salió de la pequeña iglesia gótica tras varias horas. No se había dado cuenta del tiempo transcurrido hasta que el sacristán le indicó que iban a cerrar y debía retirarse. Salió del consultorio del doctor Marín como una autómata y se dirigió a la iglesia por la que había pasado tantas veces sin entrar, sin siquiera voltear a verla. Pero ahora allí estaba, abstraída y llorosa.

Fue sorpresivo escuchar al doctor Marín hablarle de su enfermedad. No se había imaginado que fuera tan grave. Meses antes experimentó irregularidades y trastornos en su regla, pero imaginó que se trataba de un proceso normal o que entraría prematuramente en la menopausia. Acababa de cumplir cuarenta años. Cuando empezó a adelgazar y a sentir un malestar general, Irene decidió acudir al médico. El doctor Marín la examinó. Estaba paralizada de miedo frente a tantos aparatos y maniobras. Abrir las piernas en una mesa de exploración le recordó cuando dio a luz. El doctor introdujo algo dentro de ella y extrajo un pequeño fragmento de tejido del útero, lo mandó analizar y trató de tranquilizarla falsamente.

Irene sangraba a través de la vagina por las maniobras del doctor; pensó en el sangrado por haber parido a ese hijo de su alma. Se acordó del momento en que lo había concebido: había contado los días del mes para que el día catorce se pegara la sustancia masculina a la femenina. Todo había sido planeado. Ella se sentía muy distante de su marido, solo

Cuando empezó a adelgazar y a sentir un malestar general, Irene decidió acudir al médico.

se acercaban pocas veces, se rechazaban cálidamente. Recordaba el día en que se casó, vestida de blanco, alegre y confiada. Y luego, el paulatino desencanto. Su única opción era desear un hijo, tenerlo y hacerlo suyo, porque su marido nunca lo había sido: él solo había pertenecido a sí mismo, a sus letras, a sus escritos, a su obsesión por la trascendencia.

En la iglesia, Irene se arrodilló frente a la imagen de la Virgen de los Remedios. Era inútil pedirle que la sanara, nunca había creído en ella aunque de niña le habían enseñado a tenerle fe. Su abuela siempre visitaba a los santos y los creía milagrosos. Pero el médico lo había dicho y ella sabía que la ciencia se apegaba a la verdad: tenía un cáncer avanzado. A los cuarenta años se le había podrido la matriz. Se acordaba de su madre, quien la trajo al mundo en medio de dolores, sin anestesia. Decían que había sido perfecta, bondadosa, fiel, trabajadora, de esas mujeres que no se dan hoy en día. Y qué diferente era ella. Tal vez allí comenzó a sentir culpa, o cuando la bautizaron y le pusieron el pecado original encima tan solo siendo una pequeña criatura, sin saber nada.

Mi primera relación fue simplemente una experiencia, ganas de sentir. Ni bueno ni malo, quién sabe qué será de él ahora, apenas recuerdo su rostro. Se ha perdido en el tiempo, solo recuerdo sus celos. Lo cierto es que los celos la hacen a una huir porque golpean la realidad, la distorsionan. Creo que todos los hombres son celosos, lo quieren todo.

Continúo sangrando. Mi pequeño Alfonso, apenas de ocho años. Si me muero, ¿quién lo va a cuidar? Su padre, pero él no sabe hacerle de comer ni ayudarle en sus tareas escolares.

Tal vez se lo lleve a su tía o a su abuela, o le busque una nueva madre. Se parece mucho a él; los mismos ojos hundidos, el mismo pelo lacio y abundante; también le gusta leer, todas las noches quiere que yo le cuente historias de personajes extraños y animales mitológicos. ¿Se acordará de mí cuando sea mayor? Todos se acostumbrarán a mi ausencia. Adrián le contará de su madre muerta y de su esposa fantasma.

A lo mejor le da una foto mía; aquella que me tomó en la playa hace diez años. Es bonita esa imagen: el agua de mar me llega hasta la cintura, mis brazos están abiertos y tengo una sonrisa que quiere abarcar toda la felicidad del momento. Entonces nos amábamos. Todavía me acuerdo de la inscripción que le puse:

El agua de mar tapaba la mitad de mi cuerpo, el sol penetraba mi piel insaciable que poco a poco oscurecía, mi pelo bailaba en desorden al compás de la brisa; tenía la sensación de ser ligera como el pez que cruzaba entre las aguas saladas del mar y dulces del río. Sentí que todo era bello, sentí la ventaja de estar viva. Todo mi entorno era maravilloso: el sol, el agua, la arena, mis brazos extendidos y tú que me observabas a unos cuantos metros de distancia, te lo quise decir, y solo acerté a sonreír.

Adrián me enseñaba, me embobaba con su madurez, sus ademanes, sus charlas de grandes poetas y genios. Yo lo escuchaba y luego él permanecía en el más absoluto de los silencios. Quizá todas las relaciones amorosas estén destinadas al fracaso; la rutina, el punto límite del éxtasis, la bajada lenta, firme, la costumbre y el afecto, no la pasión. El aburrimiento que mata todo. Ahora yo me estoy abu-

rriendo. Él seguirá igual, leyendo, escribiendo. A lo mejor se va a vivir con Mariana, es joven y bonita, al fin y al cabo alumna suya. Ella podría ser una buena madre sustituta para mi hijo, aunque habría que decirle que le cuente cuentos y que le toque el piano. Ese instrumento que ya no podré tocar, por el que luché desesperadamente y solo llegué a ser un intérprete más. Mi primer concierto: tenía catorce años y la sala estaba llena de gente, mi padre me sonreía y alentaba. Fue Mozart, una sonata para piano, el que primero me conmovió; ahora la mediocridad, solo un instrumento no creativo, a eso llegué.

El Cristo clavado en la cruz. No quiero sufrir, odio el dolor físico, me van a abrir el abdomen y van a ver hasta dónde ha llegado el cáncer: moriré lentamente, a menos que me apure a morir. Necesito tabletas, de esas píldoras que con una sobredosis duermen a las personas para siempre. Tal vez Hugo pueda dárme las, me las tomo y ya está, viajo a algún círculo dantesco, no sé en cuál me va a colocar Minos. Pero Hugo se va a sentir culpable, yo le podría decir que son para otra persona, pero él me lo adivinaría en la mirada, y no es por su escrutinio de médico, es por su amor, ese amor tierno e inútil. Quién lo pensaría, tantos años de vernos a escondidas, huidas frecuentes, culpas constantes, reconciliaciones dulces y apasionadas; conflicto perenne domado por los años. El amor que se entrega como un absoluto no permite intromisiones, es una carga placentera y acogedora.

Perfumes finos, de aromas raros especiados, medias transparentes y poco maquillaje, eso le gusta. La próxima cita me pondré el traje sastre rojo que me regaló y zapatos negros de tacón alto; no se lo diré, mejor disfrutaremos ese día. Iremos a tomar café junto a la fuente

y el parque. Me contará de su ciencia, de sus adelantos, de la conducta humana, del análisis psiquiátrico; querrá que toque alguna pieza en la vieja pianola de ese lugar, luego me besará la mejilla y sus manos tomarán mi cara y entonces no podré más y le diré que me estoy muriendo, que se quede con mi recuerdo, con mi música, con mis fantasías. Regresará a sus hijos. Los hombres siempre lo hacen, quizá entiendan por qué no pude huir de él. El conflicto se va a acabar, es mejor pasar un duelo por



Paul Klee, *Cementerio de las dunas*, 1924. ©

la muerte física del amado que tener que matarlo espiritualmente para sobrevivir. Se terminará todo y solo le quedará un triste y dulce recuerdo.

La veladora alumbra a un santo, no sé cuáles, pero me recuerda a San Sebastián y su martirio. Siento lanzas en mi cuerpo, punzadas en mi mente. Mi pecho aún está firme, solo tengo un poco de grasa en el vientre, no quiero morir. Tampoco mi padre quería, ese olor a veneno y encierro, un año postrado en la cama, indefenso, con el cuerpo carcomido y la piel escamada, ya sin poder hablar. Solo acariciaba

mis manos, esas manos mías que tanto quiso, esas caricias que le producían celos a mi madre. Las mismas caricias que le doy a mi hijo y que Adrián mira con recelo. Me va a extrañar, es tan dependiente de mí, lo he protegido mucho, ha sido mi hogar; él lo sabe, sin querer me consuela, me alegra la existencia. Le gusta sentarse junto a mí y callar, y yo quiero hablar, gritar más fuerte que nunca, como la lluvia intensa.

Llueve afuera y nadie se da cuenta de que adentro de los hombres y las mujeres llueve todo el tiempo. Pero pensándolo bien, hay ocasiones en que la lluvia también da alegría; como aquel día de la adolescencia en que mi amiga Adriana y yo, cogidas de la mano, brincábamos y corríamos por las calles mojadas, cantando y bailando, negándonos a traspasar el umbral de la niñez, inevitable transcurrir del tiempo; la adolescencia y luego la madurez absurda y concebida por otros.

Siempre tuve miedo a la vejez y a la invalidez. Quizá morir prematuramente tiene algún sentido y me ahorra sufrimientos. Tú que estás allí como gran Señor, que tienes al Espíritu Santo encima, dime: ¿Significa algo el cáncer, obedece a algún orden superior, inalcanzable a los ojos de los humanos? Quisiera creerlo, pero me voy a morir, esa es la verdad, y a estas alturas estoy sola, sola con mi realidad y mi muerte. Todos los seres humanos tenemos una sola verdad absoluta: todos vamos a morir, antes o después.

Hubiera deseado más tiempo, la música, esa genialidad que no alcancé. Sigue lloviendo afuera y yo espero. U



Egon Schiele, *Madre e hijo*, 1914 ©

Barbara Hanrahan, *Red Shoes*, 1982.
© National Gallery of Australia ►



ARTE

RAFAEL RODRÍGUEZ

PINTURAS FAMILIARES, RETRATOS EXTRAÑOS

Luis Josué Martínez Rodríguez

Estoy ante el retrato de una familia. La certeza me la otorga el código fotográfico; de frente al espectador se encuentra quizá una pareja—un hombre y una mujer— junto a dos varones jóvenes y la madre de uno de los padres. Al fondo se dibuja un espacio doméstico, el quicio de una puerta, un candelabro, una vitrina y dos ventanas, arquitectura privada que guarda historias privadas. Los personajes, aunque parece que están atentos a quien retrata, mantienen una mirada diferida, ajena.

Sí, estamos ante el código fotográfico, sin embargo el signifiante es pictórico. La materialidad transforma, por partida doble, sutil y radicalmente, la superficie conocida de los retratos fotográficos familiares. Los trazos, que simulan los de Giorgio Morandi y construyen los objetos; las pinceladas, que recuerdan a Francis Bacon y configuran la carne de los personajes; la paleta de tonos grises y ocre, que construye la escena y contrasta con los blancos, azules y magentas que dan color a los sujetos de la toma, todo contribuye a hacer de lo familiar algo extraño.

Rafael Rodríguez (Querétaro, 1977) busca en el retrato una reflexión mayor sobre la imagen. Trastoca ese género rasgando la personalidad del retratado, ya sea para dotarla de una cualidad específica o buscar algo en común con el fin de que su rostro sea un vehículo de la subjetividad del pintor. Así, el retrato que en primer término es el texto, se vuelve el pretexto para reflexionar, casi de manera abstracta, en torno al miedo, el dolor, la pérdida y la nostalgia.

Rodríguez altera, por medio de la pintura, el ritual social del retrato, en algunos casos transformando su atmósfera en lo que pareciera una pesadilla. Dicho ritual juega con nuestras expectativas de los momentos íntimos dignos de ser fotografiados, usualmente felices, donde conmemoramos el nacimiento, la vida, los lazos de los seres queridos. Por medio de la pintura estas imágenes nos devuelven trastocada esa misma expectativa y hacen de lo familiar un acontecimiento extraordinario.

Todas las imágenes son cortesía del artista.



Eras muy pequeño cuando tu abuela murió, 2005. Óleo sobre tela sobre madera



Bruna, de la serie *Plegarias atendidas*, 2008. Óleo sobre tela sobre madera



Retrato familiar I, 2014. Óleo sobre tela sobre madera



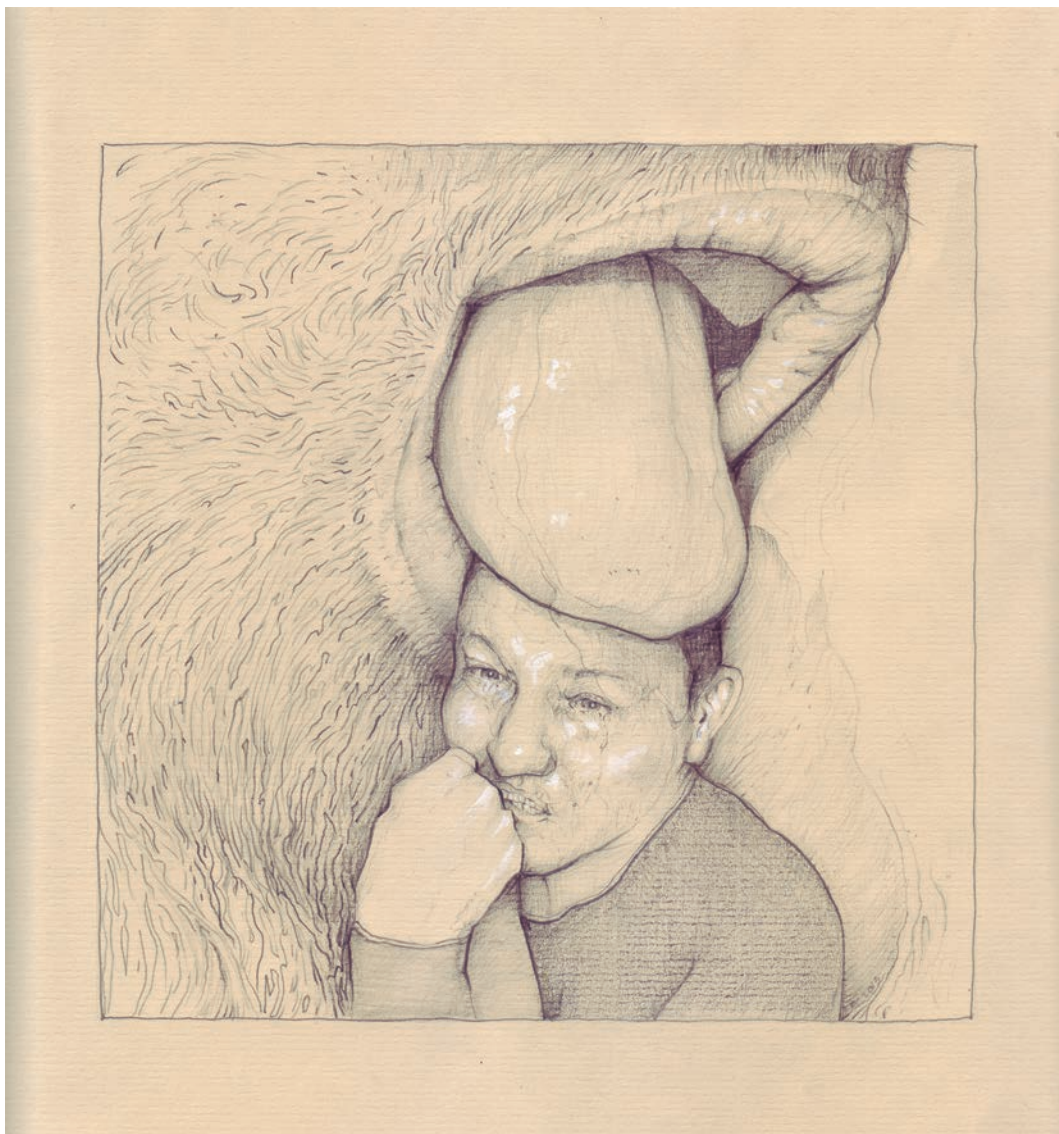
En la madrugada, 2013. Óleo sobre tela sobre madera



Retrato familiar IV, 2017. Óleo sobre tela sobre madera



Retrato familiar III, 2016. Óleo sobre tela sobre madera



Su rostro desapareció, 2012. Lápiz sobre papel





Pide un deseo IV, 2019. Lápiz sobre papel



Pastel de bodas, 2013. Óleo sobre tela sobre madera

◀ *Retrato familiar V*, 2018. Óleo sobre tela sobre madera



Merienda, 2019. Lápiz sobre papel

Barbara Hanrahan, *Black Family*, 1977.
© National Gallery of Australia ►



PANÓPTICO

EL NERD MÁS SOCIAL JAMÁS VISTO

ENTREVISTA CON JUNOT DÍAZ

Alejandro Menéndez Mora

Junot Díaz (Santo Domingo, 1968) y su familia se mudaron pronto a Nueva Jersey. Para el autor, dejar la República Dominicana por los Estados Unidos fue la afirmación de que había todo un mundo aparte, "a huge damn world", en sus propias palabras. En 2008, Junot ganó el Premio Pulitzer de Ficción por La maravillosa vida breve de Óscar Wao. La intensa luz de los reflectores lo obligó a esconderse y, desde entonces, prefiere no llamar la atención. Es colaborador habitual de periódicos y revistas estadounidenses y profesor de escritura en el prestigioso MIT de Boston.

Después de dos amables negativas, a la tercera conseguí ponerme en contacto con él. "Ey, perdona. Cuando quieras estás invitado a Nueva York", rápidamente se excusó a través de la pantalla. Le guardo la invitación. Empezamos. Esta entrevista se llevó a cabo en inglés, la traducción es mía.

¿De dónde viene tu pasión por la literatura?

Probablemente yo situaría su nacimiento en la necesidad desesperada que tenemos los migrantes de pertenecer a algún lugar. Cuando migré a los Estados Unidos necesitaba un sitio al cual pertenecer. En un mundo completamente confuso y difícil de entender, mi hermano mayor eligió el deporte, mi hermana pequeña tenía enormes habilidades sociales y yo me convertí en un lector obsesivo. Los libros, sin lugar a duda, me salvaron de aquel universo que no entendía.

Creo que mi camino hacia la escritura era solo una excusa para seguir cerca de los libros. La mejor

◀ Junot Díaz. Fotografía de ©Nina Subin. Cortesía de la artista

manera de estar siempre leyendo es convertirte en escritor. Al menos en mi cabeza. Ya sabes, tengo amigos escritores que apenas leen. Yo, sin embargo, apenas escribo para poder leer.

¿Cuáles fueron esos primeros libros que leíste y te conquistaron?

Recuerdo prácticamente todos los libros que supusieron un antes y un después para mí. Leía mucho los cuentos de *Freddy, the Pig*. Freddy, un puerquito muy inteligente, que estaba siempre de aventuras y que incluso una vez llegó a jugar al béisbol con marcianos. Por supuesto, hubo otros libros de historias adolescentes. Todos me marcaron.

Después ya vinieron libros que aún hoy puedo seguir leyendo. Por ejemplo, *Water-ship Down* de Richard Adams. Cuando lo leí de pequeño *I fucking loved that book*. Ese libro fue probablemente el primero que viví. Lo llevé encima durante mucho tiempo, soñaba con estar en ese mundo. Una vez que conectas de esa manera, algo cambia dentro de ti. Fue lo que me pasó. Me encontré a mí mismo en esa tierra maravillosa que es la literatura.

¿Consideras que la literatura fue tu manera de escapar a un ambiente lleno de peligros, crimen y droga que representaba la República Dominicana y también Nueva Jersey?

La hipótesis que lanzas es bastante correcta. La literatura fue mi alfombra mágica para escapar. Pero, además de su utilidad para viajar a otros lugares, me sirvió para entender la realidad. Yo no compren-

día los Estados Unidos ni a la sociedad en general. Tampoco entendía a los gringos ni a los dominicanos.

Cuando naces en un país y pronto te mudas a otro, una de las cosas que de forma más explícita se presenta ante ti es la existencia de un mundo real. La mayoría de los niños son afortunados y viven en un territorio conocido: el vecindario, el colegio o la familia. Yo a los seis años, cuando me mudé a Nueva Jersey, me di cuenta de que más allá de todo eso había un mundo enorme dispuesto a pisotearme. Quería conocerlo y los libros me ayudaron.

Cuéntanos acerca de aquella familia egipcia que te regaló tu primer diccionario.

Aún conservo aquel amigo cuyos padres me regalaron mi primer diccionario. Él sigue siendo muy cercano y cada semana hablamos por teléfono. De vez en cuando todos los amigos nos juntamos a través de Zoom. Ambos éramos migrantes, es decir, a nadie le importábamos. Él venía de Egipto, yo venía de la República Dominicana, pero ambos nos encontrábamos en ese barrio de Nueva Jersey.

A diferencia de mi familia, la suya tenía un nivel de educación elevado. El padre de mi amigo era arquitecto y su tío, un alto miembro de las fuerzas armadas egipcias. Esta familia se dio cuenta desde muy temprano de que yo estaba realmente interesado en los libros. Ellos fueron los primeros que me llevaron a una librería. Mi madre pasaba todo el día trabajando y ni siquiera tenía coche, así que no podía llevarme. Fueron, de alguna manera, mis padrinos. Hasta que fui a la universidad ese

**“El trujillato es para mí,
sin conocer muy bien otras
dictaduras, pura ciencia ficción:
está fuera de todo realismo”.**

libro siguió conmigo. Lo perdí en una mudanza.

**¿Cómo era Nueva Jersey en los años ochenta?
Vivías en un barrio de vecinos dominicanos, ¿no?**

Crecí y viví en la *black America*. Era un niño mulato rodeado de niños negros americanos. Para mí este hecho no representó ningún problema: mi hermana es completamente negra. Cuando mi hermana baja a la calle hablando español, los negros saltan de sorpresa.

Los ochenta fueron unos *wild fucking years*. A mí me encantaba estar fuera de casa, pasear y salir de fiesta. No soportaba quedarme en mi habitación. Tenía muchos amigos y podríamos decir que era el nerd más social jamás visto. Lo que más recuerdo, de verdad, era que éramos pobres, y no solo materialmente pobres desde lo cultural y lo social. En esa época no encontrabas diez libros de un autor caribeño o dominicano en los Estados Unidos ni de casualidad, como puedes encontrarlos ahora. Los ochenta fueron tiempos muy extraños. Afortunadamente para mí, que me gustaban los deportes, estaba la figura de Muhammad Ali. Te lo digo, tío. Estaba fascinado con él, vivía convencido de que Ali era dominicano.

Esto que comentas acerca de que eras muy social y tenías muchos amigos es bastante contradictorio con lo que encontramos en *La maravillosa vida breve* de Óscar Wao.

Creo que el narrador del libro que mencionas, Junior, es parecido a “mi otro yo”. Vengo de una familia grande. Somos cinco hermanos en total y cuatro íbamos juntos a la secundaria. La casa de mi madre siempre estaba llena de gente. Aunque yo no hubiera querido, todo lo que me rodeaba me convertía en un niño muy sociable. Además, también era un nerd, bastante nerd en realidad, pero gracias a mi hermana aprendí a llevarme bien con la gente. Todos mis amigos eran también unos nerds, pero no se llevaban tan bien como yo con los demás. Jugaba al béisbol, boxeaba, corría. Hacía todo lo que se supone que los nerds no hacen. Odiaba boxear, pero mi padre me animaba a hacerlo. Todo esto me convirtió en un personaje raro.

Me sorprendió que, a través de la historia de un nerd apasionado por la ciencia ficción, contases algo tan real como la historia reciente de la República Dominicana con el dictador Trujillo.

El trujillato es para mí, sin conocer muy bien otras dictaduras, pura ciencia ficción: está fuera de todo realismo. Una dictadura no se puede entender con el realismo. Eso fue algo de lo que todos los grandes escritores se dieron cuenta. Bolaño lo hizo a su manera, con cuentos policiales y detectivescos. La ciencia ficción, el cómic de superhéroes y la dictadura viven muy lejos de la realidad. Una dictadura es como una pesadilla.

Yo me crié con dos supervivientes de la dictadura, que nunca consiguieron escapar de ella porque vivían a través de costumbres heredadas del trujillato. Cuando me preguntaban quién era mi vecino, qué



Mapa histórico de la isla La Española, 1720. The New York Public Library ©

crees que respondía: Trujillo. Ese trauma es increíble. Todos los dominicanos con padres de la misma generación contamos las mismas historias.

De Los boys, un libro de cuentos, pasaste a la novela, La maravillosa vida breve de Óscar Wao. ¿Cómo fue esa evolución?

A la vez que escribía los cuentos de *Los boys*, estaba haciendo una novela. Para el género fantástico me interesaba la novela, pero para las historias más realistas prefería el cuento. Era gracioso porque por la noche escribía mis cuentos, estrujándome por quitar una frase o una palabra de más, y por las mañanas escribía la novela, donde cabía todo sin importar nada. Creo que aguanto poco la realidad y me fascina lo fantástico.

¿Ahora estás escribiendo un cómic? ¿Qué diferencias narrativas encuentras?

Todo el mundo tiene sus lentes, la mayoría de la gente tiene varias. Mi problema, durante mucho tiempo, ha sido que solo he

usado una: la emocional. Lo único que me interesaba eran las emociones. Ahora, que he cambiado a un medio más visual, tengo que desarrollar esos músculos y esos hábitos. Necesito encontrar una imaginación más visual.

¿Te consideras dominicano?

Depende del contexto. La gente piensa que si formas parte de la diáspora dominicana no eres dominicano. Y otra gente dice que si no naciste en la República Dominicana tampoco. Yo, por supuesto, nací en la República Dominicana. Me siento dominicano porque entiendo qué significa serlo. No podemos hablar de la República Dominicana sin hablar de sus migrantes.

Quizá mis puntos de vista sean un poco más ridículos o complejos. Mi mamá tiene ya casi ochenta años y yo 53. Ambos enviamos dinero cada mes a nuestra familia en la República Dominicana. Es curioso que yo, un *dominican american*, un dominicano en la diáspora, subsidie al dominicano auténtico. Es muy confuso y por eso, como artista, me interesa tanto. No pien-

so que lo haga para mantener, de alguna manera, la particularidad del dominicano auténtico. No lo pienso en términos tan grandes. Lo hago por motivos familiares: quiero a esa gente. Me crié en una familia completamente dominicana. En mi casa no se hablaba ni una palabra de inglés. Y al igual que una persona no puede vivir sin soñar, yo no puedo vivir toda mi vida con estos gringos: necesito ir a la República Dominicana. Y tampoco puedo vivir toda mi vida allá, necesito coger para Nueva Jersey o Boston. Soy como un anfibio, un pájaro transeúnte.

Y lo que es ya el colmo del migrante. Cuando vuelvo a la República Dominicana me dicen: "¡Mira, maldito gringo!". Ese momento, como artista, me fascina. No me duele porque al final ya he conseguido comprenderlo. Por eso, en mis historias hay tantos dominicanos migrantes que vuelven.

¿Qué es para ti el Caribe?

El Caribe, primero, es el sitio donde se cometió el crimen histórico más profundo. Y, segundo, es una zona postapocalíptica donde los supervivientes han desarrollado la cultura más creativa y, tal vez, más importante del mundo. Es una cuna de creatividad, de supervivientes y de africanidad.

Después de ganar el premio Pulitzer tuviste que recluirtte, aislarte ante el acoso de la prensa. ¿Cómo fueron aquellos meses? ¿Pudiste escribir algo?

No. Después del Pulitzer duré cuatro años sin levantar una pluma. Hay personas a las que les encanta la atención. Conozco muchísima gente a la que le fascina el aplauso

aunque jura que no lo soporta. No puedes imaginar la cantidad de gente que me dice que no tolera que caiga sobre ellos la atención, pero que sin recibirla se mueren, como un vampiro sin sangre.

Yo realmente detesto la atención. Y está confirmado: si te gusta el protagonismo no tardas cuatro años en escribir tu siguiente libro. En mi familia era mucho mejor pasar desapercibido. Si mi madre, o quien quiera, me llamaba por mi nombre ya sabía que iba a haber un problema. Cuando escucho mi nombre, una parte de mí se tensa. Yo estoy feliz cuando nadie me presta atención.

¿Hacia dónde se dirigen la literatura dominicana y la latinoamericana?

Lamentablemente, estamos entrando en una era con muchos desafíos. La literatura está perdiendo la competencia contra lo digital. Doy clases a los alumnos más brillantes del mundo: soy catedrático en el MIT. Esos carajitos no son brutos. Y en clase algunos me dicen: "Profesor, a mí me cuesta leer una novela". Si los muchachos más brillantes han perdido el hábito de leer, debemos entender lo que le está pasando a la cultura literaria.

Estamos perdiendo lectores, aunque las editoriales y las librerías aumenten año con año sus récords de ventas. Es importante que mantengamos la diversidad cultural y para ello es fundamental mantener la literatura. Vivimos en un mundo demasiado acelerado, pero va a llegar el momento en que todo se pause y nos giremos hacia las artes contemplativas. Ahí será esencial la palabra escrita. **U**

2021: EL AÑO EN QUE EL ÉXODO HAITIANO CHOCÓ CON MÉXICO

Alberto Pradilla

Junior Ford recorrió más de ocho mil kilómetros para encontrar un lugar en donde sentirse a salvo. Este haitiano de 32 años y casi dos metros de estatura atravesó todo el continente americano entre mayo y septiembre de 2021 hasta que logró establecerse en Nueva York. Junto a él viajaban su esposa y su hija, de apenas tres años. Fue la última etapa de un largo éxodo que compartieron con miles de compatriotas. Atravesaron una selva; durmieron en la calle; pasaron hambre, frío y miedo; fueron discriminados y gastaron hasta lo que no tenían: cinco mil dólares, en su caso. Cuando llegaron a México creían que todo eso había quedado atrás, que estaban ante la última etapa, que solo faltaba cruzar el Río Bravo. Pero chocaron contra el muro de Andrés Manuel López Obrador, convertido en el principal aliado de Washington para impedir el tránsito de migrantes hacia su frontera.

Conocí a Junior a finales de agosto en Tapachula, Chiapas. Estaba desesperado. Llevaba dos meses atrapado en un municipio convertido en la capital del control migratorio mexicano. Una ciudad-cárcel de 400 mil habitantes rodeada por retenes de la Guardia Nacional y que carecía de la infraestructura básica para acoger a las más de sesenta mil personas que llegaron en 2021. Me acompañó durante varios días, mostrándome las penurias a las que el gobierno mexicano los sometía: hacinamiento en cuartos insalubres, trabas para conseguir un empleo con el que mantenerse durante la espera, una tela de araña administrativa pensada para que no pudiesen

Hubertine Heijermans, *L'Attesa*, 1967 © ►



Miles de haitianos malvivían atrapados en Tapachula con una sola idea en la cabeza: marcharse a Estados Unidos.

salir de allí. No se podía creer. Repetía constantemente que su idea no era quedarse en México, que solo estaba de paso, que por qué lo retenían contra su voluntad. Como él, miles de haitianos malvivían atrapados en Tapachula con una sola idea en la cabeza: marcharse a Estados Unidos.

Nunca antes en la historia tantas familias haitianas habían pedido refugio en México como en 2021. Solo durante ese año, 51 mil 827 personas procedentes de la isla caribeña tramitaron su solicitud ante la COMAR. A ellas se les sumaron 6 mil 970 con pasaporte chileno y 3 mil 826 con papeles brasileños que, en realidad, son hijos de haitianos que dejaron su país años atrás. En total, 62 mil 623 peticiones de protección de un total de 131 mil 448, lo que supone el 47 por ciento de todas las recibidas. Es decir, que casi la mitad de quienes llegaron a México para pedir asilo son originarios de Haití, el país más pobre del continente.

Junior tramitó el asilo porque era el único modo de regularizar su situación o, al menos, de no ser deportado. Pero solo cuando llevaba dos meses atrapado comenzó a considerar quedarse en México como alternativa. Su éxodo había comenzado cinco años atrás. Cansado de la violencia y la necesidad, abandonó Puerto Príncipe junto a su esposa y se establecieron en Talca, Chile, un municipio agrícola situado 300 kilómetros al sur de la capital.

Chile abrió sus puertas a los haitianos en 2010, cuando huyeron en masa tras el terremoto que mató a cerca de 200 mil personas y destruyó buena parte de la infraestructura del país. Pero después de años de estancia, ningún miembro de su familia logró regularizar su

situación. Así que Junior laboraba más horas que sus compañeros pero recibía menos dinero, y encima debía aguantar los comentarios xenófobos de una parte de la población que nunca lo aceptó por ser negro.

"Sin trabajo, ¿qué puedes hacer? Nos discriminaban y no podíamos vivir", explica desesperado.

La pandemia de COVID-19 fue la gota que colmó el vaso. La crisis económica provocada por la contingencia sanitaria lo dejó sin empleo y apenas le alcanzaba para pagar la renta. Nadie quería contratarlo y percibía que la hostilidad se incrementaba hacia gente como él. Regresar a Haití era inviable. La pobreza alcanzaba a más del 60 por ciento de la población, según datos del Banco Mundial, y bandas armadas habían tomado el control de la mitad de la capital y muchas rutas estratégicas. Así que habló con unos primos que llevaban tiempo viviendo en Nueva York. Allí podría establecerse con su familia y encontrar las oportunidades que Chile le había negado.

Para alcanzar su objetivo debía realizar uno de los trayectos migratorios más arriesgados del mundo: cruzar todo el continente americano y atravesar a pie el Darién, una selva entre Colombia y Panamá llena de animales salvajes y grupos criminales.

A Junior no le gusta hablar sobre aquella caminata. Prefiere no revivir el dolor. Pero sus compañeros recuerdan cómo un tipo fue asesinado por tratar de evitar que violaran a su hija de doce años o cómo una mujer, consciente de que ella y su hija iban a morir, dejó su pasaporte a la vista para no quedar sin ser identificada. Hablan del miedo a ser atacado por una serpiente, del peligro a resbalar en el barro o morir ahogado en la crecida de un río o el pánico a ser asaltado, secuestrado, violado o ase-

sinado. Quien ha atravesado el infierno no le teme a la patrulla fronteriza.

La migración a través de América Latina funciona a modo de papa caliente entre países. No son solo haitianos. Hay bangladesíes, cubanos, angoleños, venezolanos, cameruneses. Es el mundo entero que huye hacia Estados Unidos obligado a cruzar un continente de sur a norte. No hay país que quiera que los extranjeros se queden y estos tampoco desean permanecer más tiempo del necesario, así que van pasando de un Estado a otro sin “mayores” complicaciones: Chile, Brasil, Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala. Todos tienen un sistema de tránsito.

Hasta que llegan a México.

Aquí la estrategia fue, durante la mayor parte de 2021, impedir que los extranjeros alcanzaran el Río Bravo. En este plan, Tapachula

tuvo un papel clave: fue la cárcel en la que miles quedaron atrapados.

Todo comenzó a cambiar a finales de agosto de dicho año. Aunque el objetivo de México siempre fue el mismo: frenar la llegada de migrantes de acuerdo a las necesidades de Estados Unidos.

La salida de varias caravanas, que fueron duramente reprimidas por la Guardia Nacional y oficiales del INM, marcó un antes y un después; las imágenes de familias pobres y exhaustas siendo golpeadas por funcionarios simbolizaron la crueldad del gobierno mexicano hacia los más vulnerables.

Años atrás, cuando la caravana centroamericana llegó a Tijuana, en Baja California, los haitianos eran presentados como migrantes modélicos. Habían fundado Little Haití, un arrabal en la ciudad fronteriza, y los medios de



Un hombre haitiano camina con su hija por la carretera Tapachula-Arriaga, rumbo al norte del país. Fotografía de ©Pedro Valtierra Anza. Cortesía del artista y Cuartoscuro.com

comunicación los aplaudían como gente trabajadora y sumisa, un ejemplo frente a los desordenados hondureños, guatemaltecos y salvadoreños que habían salido de las sombras para transitar por todo el país vociferantes y orgullosos. Pero ahora, cuando los haitianos exigieron el cumplimiento de sus derechos, dejaron de ser el alumno aventajado. Fueron señalados y criminalizados, como cada migrante que levanta la cabeza.

A pesar de todo, algo ocurrió en esos días de agosto que orilló a las autoridades mexicanas a cambiar de estrategia. ¿Fue la violencia? ¿Las quejas de los organismos internacionales? ¿La certeza de que estaban poniendo puertas al mar? ¿O la idea de que abriendo un poco el grifo podrían negociar de otra manera con Washington? De la noche a la mañana, miles de haitianos aparecieron súbitamente en Ciudad Acuña, Coahuila, un pequeño pueblo fronterizo que es un referente para quienes buscan pedir asilo en Estados Unidos. Aquí el Río Bravo apenas cubre la frontera en algunos lugares, por lo que es sencillo atravesarlo a pie. Así lo hicieron cientos de africanos en 2019 y más de 10 mil venezolanos a principios de 2021. También, cerca de 15 mil haitianos, que acamparon desde mediados de septiembre de ese mismo año.

Quienes llegaron primero, como Junior, lograron cruzar y entregarse a la patrulla fronteriza de Estados Unidos. Él arribó a Acuña el 11 de septiembre, después de atravesar todo México en autobús pagando mordidas a los policías que encontraba en los retenes. Tres días más tarde tomaba un avión a Nueva York. Lo había conseguido.

No todos corrieron la misma suerte. El campamento se agrandaba por momentos y el presidente Joe Biden, que prometió una política distinta a la del racista Donald Trump, se vio

contra las cuerdas. Policías a caballo reprimieron a las familias en unas imágenes que recordaban al pasado xenófobo y esclavista del sur de Estados Unidos. Y comenzaron los vuelos de deportación: más de diez mil personas fueron expulsadas de Estados Unidos y otros cientos de México, hasta que el campamento desapareció. Fue un ejemplo de enorme crueldad: gente que había huido de Haití hacía varios años era abandonada a su suerte en el mismo lugar del que escaparon tiempo atrás.

Sin embargo, las deportaciones en el norte no frenaron la llegada de haitianos al sur de México. Los refugiados llevaban meses en ruta, se habían jugado la vida y no tenían otra alternativa. Así que Tapachula siguió siendo una olla a presión a la vez que México decidió repartir a los recién llegados por diferentes estados del país: unos aparecieron en Acapulco; otros en Cancún y otras zonas turísticas de Quintana Roo. Algunos lograron establecerse en Monterrey, más cerca de la frontera. Quedarse en México nunca fue la primera opción, pero ante la falta de alternativas terminaron por resignarse. Cualquier cosa era mejor que regresar a Haití.

Es pronto para saber si la Little Haití de Tijuana se replicará en otras ciudades de la república. Algunos, como Junior, tenían el norte en la cabeza y no barajaban otra opción. Otros se van adaptando: un empleo y algo de estabilidad son más de lo que cargaban en la mochila. El gobierno de López Obrador no tiene planes para la integración de esta comunidad, por lo que es la sociedad civil la que les ha brindado los pocos apoyos que han recibido. Al final, si esta comunidad vulnerable se instala en México no es porque el país les abriese generosamente las puertas, sino porque ejerció de policía para que no llegasen a Estados Unidos. **U**

EL MISTERIO DE LO INVISIBLE

Víctor Alí Mancilla Gaytán

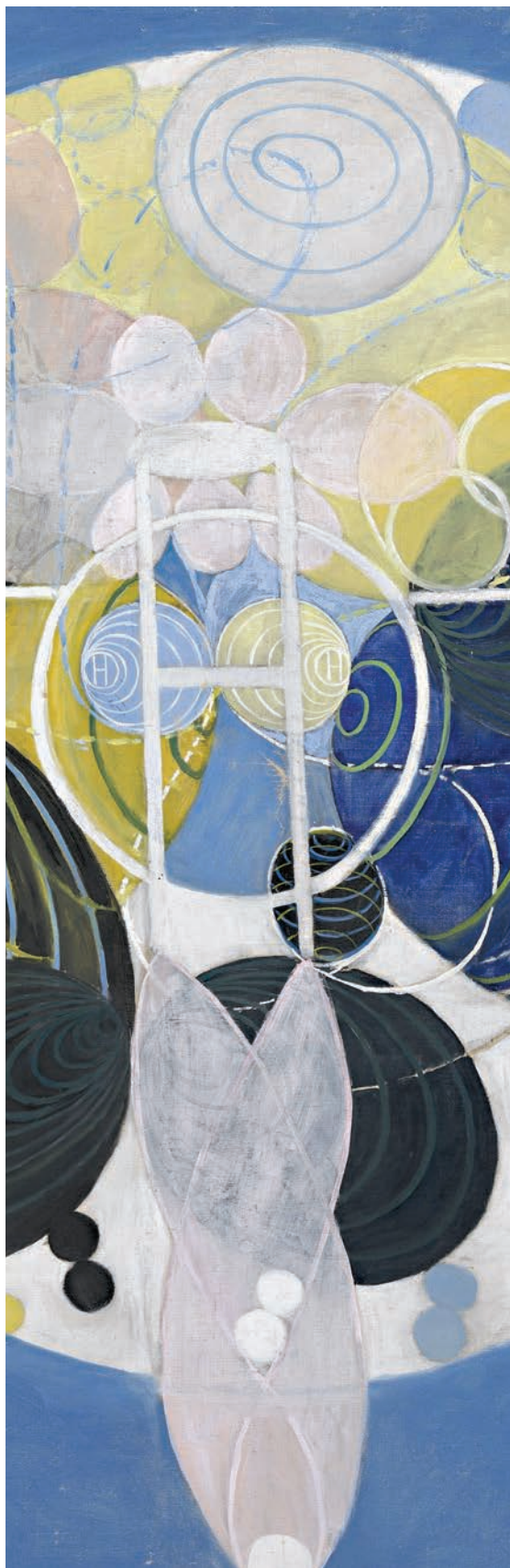
Voltea a tu alrededor, ¿qué ves?: ¿una pared, una ventana, tu cama, un árbol, el cielo? Tal vez un perro o, quizás, personas que pasan. Para que gran parte de lo que puedes ver en este momento se formara tuvo que suceder algo excepcional hace unos 13 mil 700 millones de años: el Big Bang. Esa gran explosión no solo dio origen a las cosas que hay a tu alrededor, sino también a los cuerpos más distantes que puedas imaginar. Incluso a cosas que no somos capaces de ver pero sabemos que están ahí.

Lo que podemos detectar con los sentidos solo conforma el 5 por ciento de la materia del universo, una rebanada muy pequeña del vasto pastel cósmico. El 95 por ciento restante está formado, en su mayoría, por energía oscura.

Si bien puede parecer un concepto fantástico, propio de la ciencia ficción, la energía oscura es algo real. Su misterioso nombre se debe a que no conocemos prácticamente nada sobre ella, aunque sabemos que debe existir para poder explicar cómo funciona el universo, específicamente su continua expansión.

Todos los objetos que mencionamos hace un momento se mueven, generalmente, alrededor de otros. Nosotros, junto con la Tierra, nos movemos alrededor del Sol. El Sol y los demás planetas del Sistema Solar se mueven alrededor del centro de la Vía Láctea. Pero objetos como las galaxias no solo se mueven, sino que también se alejan entre sí. Es como cuando hay dos lanchas en medio de un lago. Si empujas la lancha que se encuentra al lado de la tuya, esta se alejará de ti y, a su vez, tú te alejarás

Hilma af Klint, *The Large Figure Paintings, No. 5*, 1907 © ►



La materia oscura es necesaria para explicar por qué los objetos giran demasiado rápido en torno al centro de las galaxias.

de ella. Con los objetos más masivos del universo ocurre algo similar solo que, a diferencia de las lanchas, las galaxias no se alejan porque se estén moviendo en direcciones contrarias, sino porque se genera espacio entre ellas.

Algunas de las primeras observaciones de este fenómeno ocurrieron en 1912 y las realizó el astrónomo estadounidense Vesto Melvin Slipher en el Observatorio Lowell, en Arizona. Slipher notó que la luz que emiten distintas nebulosas presentaba un color o una longitud de onda inusual. Normalmente, en la luz de los cuerpos celestes más cercanos se pueden detectar líneas de colores con distintos tonos de azul, verde, amarillo y rojo. Sin embargo, en objetos muy lejanos estas líneas de colores se recorren, acercándose cada vez más al rojo.

Esta fue la pauta que le permitió al astrónomo Edwin Hubble proponer algo que cambiaría la forma en la que entendemos el universo.¹ El hecho de que la luz que emiten estas nebulosas sea cada vez más rojiza significa que está perdiendo intensidad porque se está alejando de nosotros. Algo similar ocurre cuando en una carretera el coche de enfrente se aleja y la luz de sus faros se hace más débil cuanto más crece la distancia que nos separa de él.

Hubble había leído el trabajo de Slipher y estaba fascinado por él, así que se propuso ampliarlo. En 1929, después de varios años de realizar meticulosas observaciones junto con su colaborador, el astrónomo estadounidense Milton Humason, Hubble comprobó que la mayoría de las nebulosas más allá de la Vía Láctea

presentaban un corrimiento al rojo y que, mientras más alejadas estaban, mayor era ese desplazamiento al rojo de los colores de su luz.

Esto significa que mientras los tonos de la luz que emiten los cuerpos celestes (que deberían de ser azules, verdes o amarillos) estén más cerca de un tono rojizo, la distancia y la velocidad con la que se alejan de nosotros serán mayores. Esa fue la conclusión a la que llegó y que comprobaba las suposiciones teóricas hechas dos años antes por el astrónomo y sacerdote belga Georges Lemaître.

Las observaciones a las teorías de Lemaître hechas por Hubble y Humason se convirtieron en la Ley de Hubble-Lemaître sobre la expansión del universo, que le daba la razón a Albert Einstein sobre la existencia de este fenómeno. Einstein propuso que toda la materia (los planetas, las estrellas, las galaxias, etcétera) está dentro de una red conocida como espacio-tiempo. Esta red se deforma por la masa de los objetos, lo que explica parcialmente la existencia de los campos gravitatorios. En pocas palabras, la materia le dice al espacio cómo curvarse y el espacio le dice a la materia cómo moverse. Además, Einstein se percató de que ese espacio-tiempo se puede estirar y contraer (como un hule), pero no puede permanecer estático; por lo tanto, el universo no está fijo, no es eterno ni invariable, sino que cambia.

¿Qué es lo que cambia? El espacio. Sin embargo, de acuerdo con las ecuaciones de Einstein, la materia tendería a desacelerar la expansión del universo debido a que la atracción gravitacional que ejerce sobre otros objetos generalmente los acercaría.

A finales del siglo pasado, científicas y científicos de todo el mundo intentaron medir la desaceleración de la expansión a partir de observaciones de supernovas y galaxias lejanas,

¹ Mario García Bartual, "¿Qué aportó a la ciencia Edwin Hubble?", *La Vanguardia*, 2020. Disponible en <https://bit.ly/306oiBt>



Burbujas de estrellas recién nacidas en la nebulosa Pata de Gato, 2018. NASA's Marshall Space Center ©

tal como hicieron Slipher y Hubble en su momento. Pero lo que hallaron fue sorprendente: la expansión no está perdiendo velocidad, al contrario, se está acelerando: la distancia entre galaxias es cada vez mayor.

Estos resultados cambiaron la forma en que la ciencia mira el universo, ya que esa aceleración no sería posible si solo existiera materia. Entonces, debía haber algo más que no habíamos sido capaces de notar, por lo menos no hasta hace poco tiempo.

En las profundidades de los montes Apeninos, en Italia, se llevó a cabo el experimento XENONIT, diseñado para detectar algo que, como sucede con la energía oscura, no puede verse pero se intuye: la materia oscura.² Su nombre señala que este tipo de materia no interactúa con el campo electromagnético: la luz no es absorbida por ella y tampoco es reflejada. Aunque no sea perceptible, sabemos que está ahí por otro tipo de pistas. Por ejemplo, la ma-

teria oscura es necesaria para explicar por qué los objetos giran demasiado rápido en torno al centro de las galaxias. Según las leyes de gravitación universal, para que esto suceda se requiere de más materia de la que suponemos que tienen las galaxias, como si hubiera en ellas algo que no podemos detectar.

Otra pista la proporcionan satélites como el Hubble. Hay haces de luz provenientes de estrellas o galaxias lejanas, cuyas direcciones se encuentran deformadas. Este fenómeno es conocido como *lente gravitacional* y solo es posible si existe un gran cúmulo de materia que genere una fuerza de gravedad suficiente como para desviar la dirección de la luz. El hecho de no observar ningún cuerpo celeste que genere este fenómeno es lo que sugiere a la astrofísica que debe haber algo oculto ahí, invisible para nuestros ojos.

Ubicado a mil 400 metros de profundidad en una cueva, XENONIT pretende detectar la materia oscura. Dentro de los montes Apeninos hay una gran vasija con 3.5 toneladas de xenón

² Clara Moskowitz, "XENONIT: Ver en la oscuridad", *Investigación y ciencia*, 2016. Disponible en <https://bit.ly/306OQ5E>

líquido, una sustancia que emite luz cuando sus átomos son perturbados. Se piensa que la materia oscura es ubicua, es decir, que se encuentra por igual en prácticamente todos lados, por lo que estiman que en un segundo unas cien mil partículas atraviesan cada centímetro cuadrado de espacio. El problema es que casi nunca interactúan con la materia que sí vemos (también llamada *materia bariónica*).

Sin embargo, la energía oscura es todavía más escurridiza, por lo que se busca en interacciones gravitacionales entre objetos muy masivos. Por eso, en septiembre de 2021 el equipo de investigación del físico Sunny Vagnozzi, del Instituto de Cosmología de Kavli en la Universidad de Cambridge, propuso una forma distinta para detectar la energía oscura en la Tierra.³

Todo parte de que hace aproximadamente un año, el equipo del XENONIT detectó una señal inesperada: un exceso de lo que normalmente se observaría en la gran vasija con xenón líquido. Este tipo de excesos en sus observaciones usualmente son una casualidad, pero, de acuerdo con Luca Visinelli, investigador de los Laboratorios Nacionales de Frascati, en Italia, algunas veces también pueden conducirnos a descubrimientos importantes.⁴

El equipo de investigación de Sunny Vagnozzi piensa que lo que el XENONIT observó pudo generarse en regiones del Sol donde los campos magnéticos son muy fuertes. Concretamente, sus avances proponen que las señales registradas por el experimento fueron causadas por un tipo de partícula conocida como

camaleón. Estas son partículas subatómicas que pueden cambiar de propiedades dependiendo de las circunstancias del ambiente que las rodea. Aquí en la Tierra pueden ser un tipo de partícula que prácticamente no interactúa con nada, como los neutrinos, pues en nuestro planeta la densidad de la materia es alta y el campo de los neutrinos es diminuto, lo que los hace casi imposibles de detectar; pero, en el vacío del espacio, la densidad de la materia es casi nula y, entonces, el campo de las partículas camaleón podría actuar sin problema, acelerando la expansión del espacio con mayor facilidad.

Se cree que los camaleones pueden formarse en el Sol debido a que el plasma que se genera en su interior está altamente magnetizado. Para comprobar su hipótesis, el equipo de Vagnozzi elaboró un modelo físico que permite reconstruir lo que sucedería en un detector como el de XENONIT si la energía oscura se produjera en una región del Sol conocida como Tacolina, donde los campos magnéticos son muy intensos. Lo que vino después fue algo sorprendente.

Los resultados del modelo encajan con las observaciones del experimento XENONIT. Esto significaría que podríamos detectar energía oscura utilizando experimentos originalmente diseñados para observar materia oscura. La ventaja no solo es el hecho de que podamos detectar ambas, sino que lo podríamos hacer aquí en la Tierra.

Aún debe confirmarse si lo que detectó XENONIT no fue simplemente una casualidad porque, si en verdad se logró detectar energía oscura, esto implicaría que estamos más cerca de revelar los secretos que el universo ha estado ocultando frente a nuestros ojos. **U**

³ Ver Sunny Vagnozzi, Luca Visinelli, Philippe Brax, et al., "Direct Detection of Dark Energy: The XENONIT Excess and Future Prospects", *Physical Review D*, 2021, núm. 104, vol. 6.

⁴ University of Cambridge, "Have We Detected Dark Energy? Scientists Say it's a Possibility", *ScienceDaily*, 15 de septiembre de 2021. Disponible en <https://bit.ly/3rOM68G>

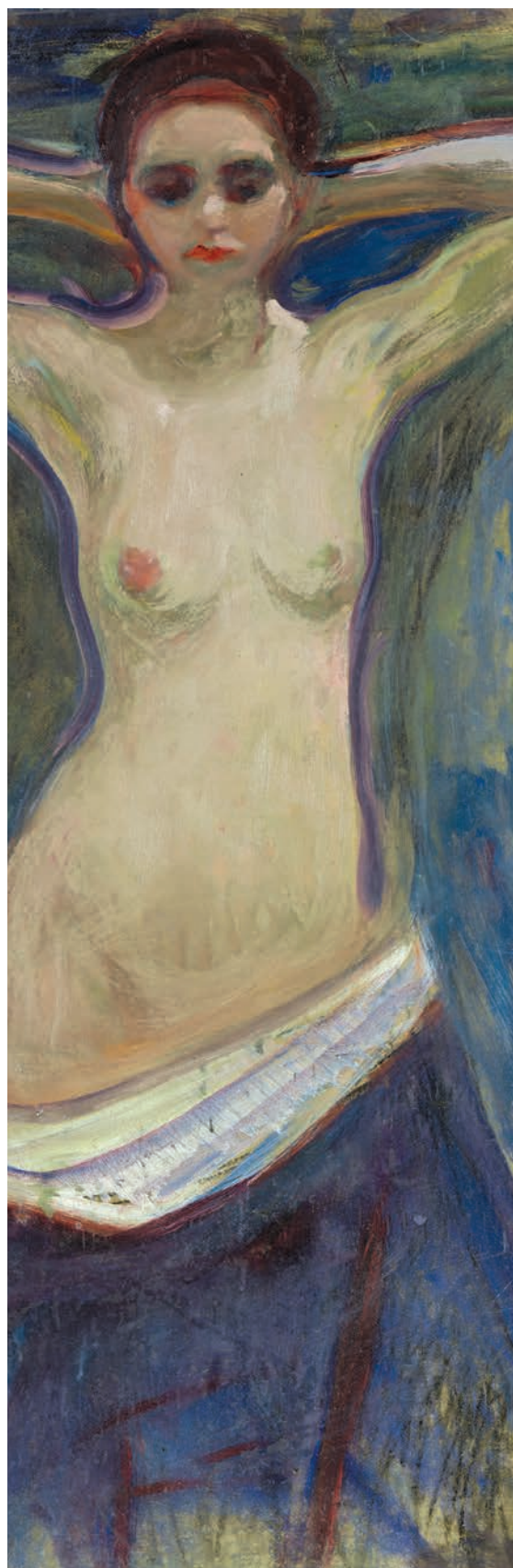
VIOLENCIA DIGITAL, ¿SOLUCIONES PUNITIVAS?

Eréndira Derbez

Salimos a la calle y más de una cámara graba nuestra cara, para entrar a un sitio mostramos un PDF que prueba que recibimos vacunas contra el COVID-19, damos o recibimos clases a través de servicios de streaming. Nos trae comida caliente a domicilio un bicimensajero que se arriesga a accidentarse (sin ningún tipo de seguro médico) en el tráfico de la ciudad con tal de entregar en menos de media hora nuestro pedido. La tecnología tiene efectos profundos en la forma en que interactuamos con los demás en el espacio público y hasta en nuestros momentos más privados, como al ejercer nuestra vida sexual, seamos adultos o adolescentes, aunque ellos tienden a adaptarse más rápidamente a esta.

Una práctica relativamente común entre la juventud es el *sexting*, palabra de la que procede el neologismo *sexteo* y que se comenzó a usar en la primera década de los 2000 en el mundo anglófono. Se tiende a definir como el acto de enviar imágenes, archivos de audio, videos y textos de carácter sexual y, por su relación con el internet, se considera que es un fenómeno relativamente nuevo. Sin embargo, aunque está estrechamente relacionado con el desarrollo de los teléfonos inteligentes, no es algo tan reciente: se trata de una continuación de viejas prácticas como las cartas eróticas o el sexo telefónico.

A pesar de que existe una narrativa de pánico moral en torno a él, se puede decir que el *sexting* es seguro en muchos aspectos. En primer lugar, no se necesita contacto físico, por lo tanto, no hay exposición a infecciones



Edvard Munch, *The Hands*, 1893 © ►



©Laura Rocha, de la serie *Otra virgen*, 2020.
Cortesía de la artista

de transmisión sexual (ITS) ni riesgos de embarazo.¹ A su vez, para las mujeres, el riesgo de vivir violencia sexual en un encuentro disminuye. Por ejemplo: una mujer que decide en algún momento tener relaciones con alguien pero que luego cambia de opinión puede ser violentada físicamente por decidir no continuar con el encuentro.² A través de las pantallas no hay esa exposición física. El sexteo también es una práctica segura para les adolescentes de la comunidad LGBTQ que viven en un espacio hostil, ya que puede convertirse en una de las pocas vías para explorar su sexualidad sin tener miedo a sufrir violencia en su círculo cercano.

¹ Prevenir, tanto el embarazo adolescente no deseado como las infecciones de transmisión sexual, tiene que ver con informar a la población sobre cómo tener prácticas seguras, de manera rigurosa en términos médicos, accesible, libre de estigmas y con un enfoque de promoción de los derechos sexuales.

² Hay un dicho popular en México que sintetiza muy bien esta lógica: “Es de las que prenden el boiler pero luego no se meten a bañar.” La frase refleja una lógica machista: la mujer le debe “cumplir” al hombre, pero no es algo exclusivo de este país. De hecho el término *date rape* (violación en una cita) fue usado por primera vez en la década de los setenta por la escritora neoyorkina Susan Brownmiller en su libro *Against Our Will: Men, Women and Rape* (1975).

A pesar de estas ventajas, como toda práctica sexual, el sexting puede ser también una actividad arriesgada en una sociedad patriarcal como la nuestra, principalmente para las mujeres y las disidencias sexuales. A menudo se comparte el contenido privado sin el permiso de la persona retratada. Este acto de violencia sexual digital es conocido como *porno-venganza*, palabra comúnmente usada en los medios de comunicación, pero también en espacios legales o académicos.

No obstante, el mismo término es bastante problemático: la palabra *venganza* presupone que la víctima ha cometido el daño y, por lo tanto, le debe algo al perpetrador. A su vez, no se trata de pornografía, porque está destinada al consumo masivo y las víctimas no son actores ni personas que hayan consentido ser observadas por terceros, sobre todo les menores de edad (lo que vuelve aún más problemática la expresión).

El pánico social hacia la sexualidad y el desarrollo tecnológico generan un ambiente que provoca la revictimización hacia quienes viven violencia sexual digital. Frases como “¿Para qué se toma una foto si no quiere que la vean?” (similares a “Es que llevaba falda muy corta”), normalizan las agresiones y crean un ambiente de impunidad: al culpar a la víctima, la responsabilidad del agresor se reduce parcial o totalmente. A su vez, estos actos de violencia digital provocan en las víctimas una sensación de vergüenza, como ocurre con cualquier otra situación de violencia sexual. A eso hay que sumarle que para las personas LGBTQ que viven en ambientes antiderechos denunciar resulta aún más difícil.

Como ocurre con muchos delitos sexuales, existe una percepción (con fundamentos válidos) de que la impunidad es generalizada y que

Hay un reclamo legítimo que toma las calles, así como las redes sociales. Pero, ¿cuál justicia es la que buscamos?

quienes cometen delitos violentos no afrontan consecuencias. La impunidad ante la violencia de género es un fenómeno común que ocurre en todo el mundo y en México son innumerables los casos de violencia de género y violencia sexual de este tipo.³ Por lo tanto, hay un reclamo legítimo que toma las calles, así como las redes sociales. Pero, ¿cuál justicia es la que buscamos?

En los últimos años, la búsqueda de justicia en su propio caso llevó a Olimpia Coral Melo a trabajar, desde el activismo, en la protección de las víctimas de violencia sexual digital. La figura de Coral Melo es en muchos sentidos contestataria: tras ser víctima de violencia digital, decidió canalizar su historia personal y es hoy una figura reconocida que ha recibido el apoyo de varios grupos feministas en México. Su trabajo ha alcanzado gran incidencia: el conjunto de reformas a la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia y al Código Penal Federal son popularmente conocidas como Ley Olimpia.

No obstante, estas reformas han sido criticadas por activistas y abogadas por estar redactadas de manera ambigua: se prestan a diferentes interpretaciones, lo que abre la puerta una vez más a una vieja conocida: la impunidad. Tal como la abogada Ninde MolRe explica, estas reformas enfrentan “problemas de fondo que más que brindar una solución, pueden convertirse en un nuevo obstáculo para las víctimas en el acceso a la justicia”. Al tener un carácter punitivo “someten a las víctimas que buscan justicia a procesos penales revictimizantes, largos y costosos”. Esto últi-

mo es relevante porque el acceso a la justicia en México (tanto para el acusado como para el acusador) depende en muchos aspectos de la posibilidad de sostener los altos costos de un juicio”.⁴

La reforma tampoco contempla algo básico: la prevención de la violencia sexual digital, y además se inscribe en un contexto de populismo penal en el que estamos peligrosamente inmersas.⁵ Por ejemplo, recientemente la priísta Paloma Sánchez propuso la (llamada por ella misma) “Ley Quemón” que consiste en la creación de un registro nacional de agresores sexuales y de deudores alimenticios, algo que, además de punitivista, involucra otro problema: la recolección y tratamiento de datos personales.

Castigar o aumentar penas puede ser muy rentable en términos electorales. Pero “el ojo por ojo” no previene violencias ni transforma a la sociedad. Justamente, el feminismo como movimiento pretende modificar de manera profunda a la sociedad y no hay nada de transformador en el punitivismo. En México, por si fuera poco, además del alto número de personas que están en las cárceles sin siquiera tener una condena (a causa de la prisión preventiva oficiosa), las cárceles no sirven como espacios de reintegración social y son lugares donde se vive en condiciones de hacinamiento. Cada día se encarcela a 300 personas, lo que ha provo-

³ Ejemplos como el caso de “La Manada” en España y Brock Turner en los Estados Unidos muestran con qué frecuencia los delincuentes sexuales tienen el sistema legal a su favor. Algunos eventos se vuelven mediáticos, como el asesinato de Abril Pérez Sagaón, la agresión de los “Porkys” contra Dafne o el ataque con ácido a la saxofonista María Elena Ríos.

⁴ La abogada además sostiene que no se contempla una reparación integral del daño. Ninde MolRe, “Violencia sexual digital, punitivismo e impunidad”, *La Jornada de Hidalgo*, el 4 de febrero de 2021. Disponible en <https://lajordnahidalgo.com/violencia-sexual-digital-punitivismo-e-impunidad/>

⁵ Se contemplan sanciones de tres a seis años de prisión y multas que van de 500 a mil Unidades de Medida y Actualización (UMA).

cado el crecimiento más rápido de la población penitenciaria en quince años. Esto no indica que se haya logrado abatir la impunidad o frenado la violencia. El 95 por ciento de los delitos siguen impunes, como muestran los datos oficiales.⁶

Frecuentemente, el sistema penitenciario incumple su obligación de pagar los gastos de las personas reclusas y quienes pagan los platos rotos son una vez más las mujeres. Como ha estudiado Catalina Pérez Correa, la mayor parte de la población que vive privada de su libertad son hombres, pero son las mujeres (hijas, madres, hermanas, parejas) las que se encargan de visitarles y cuidarles.⁷ Por el contrario, en el caso de las mujeres privadas de su libertad, ellas no reciben visitas por parte de sus familias. Por último, vale la pena recalcar una vez más la necesidad de tomar factores de clase en cuenta: ¿Quiénes pueden pagar un acompañamiento legal adecuado durante un proceso legal? La preocupación por lo problemático que es crear más leyes, más penas y más cárceles también es feminista.⁸ Más leyes o modificaciones de leyes no necesariamente

significan acceso a la justicia. Especialmente en el caso de comunidades pobres o racializadas, la presencia de la policía las hace más vulnerables.

El derecho como disciplina se ha visto rápidamente rebasado ante los cambios de la tecnología. Temas como la privacidad, el manejo de datos personales por parte de empresas e incluso la influencia de la publicidad diseñada a través de análisis de datos en las redes sociales con motivos electorales muestran de qué forma el derecho como herramienta ha quedado rezagado. La yuxtaposición de la violencia sexual, el pánico moral y el derecho penal conforman la idea de que las soluciones punitivas son la respuesta. Debemos entender que el sexting es un fenómeno común en la juventud y hay que abordar la violencia digital sexual desde una perspectiva crítica.

El problema es complejo. A medida que las plataformas de tecnología y comunicación se transforman constantemente, es urgente un cambio cultural encaminado a comprender la violencia sexual, promover los derechos de las mujeres y personas LGBTQ y mejorar la educación sexual. El desafío es grande: hay que considerar soluciones innovadoras, creativas, alejadas de las narrativas punitivas y cercanas a modelos restaurativos de acceso a la justicia.

En lugar de buscar castigos carcelarios debemos centrarnos en comprender la complejidad de la situación. Es necesario enfrentar la narrativa de estigmatización en contra de las prácticas sexuales entre adolescentes y jóvenes adultos, promover el derecho a vivir nuestra sexualidad de manera libre, informada y consensuada, y otorgar herramientas para vivirla de forma segura, entre ellas la educación sexual integral y la creación de espacios seguros en el contexto digital y no digital. **U**

⁶ El aumento de la población penitenciaria se debe fundamentalmente a las reformas que presentó en 2019 el presidente López Obrador y que fueron aprobadas por legisladores de todos los partidos. La reforma al artículo 19 de la Constitución permitió el encarcelamiento *preventivo* automático por una veintena de delitos, más del doble de los que se permitían antes.

⁷ El estudio de las prisiones desde una perspectiva de género permite ver cómo el modelo de derecho penal moderno impone una visión del mundo que concibe a las personas como seres autónomos, independientes, separados y, por lo tanto, separables de sus comunidades.” Esto “demerita los valores de cuidado que las mujeres en nuestras sociedades, por una razón u otra, asumen”. Catalina Pérez Correa, “Las mujeres invisibles. Los costos de la prisión y los efectos indirectos en las mujeres”, *Banco Interamericano de Desarrollo*, septiembre de 2015, p.8

⁸ Angela Davis, por ejemplo, desde la década de los sesenta forma parte del movimiento antiprisiones. Como ella, en Estados Unidos académicas y activistas feministas negras nos han advertido cómo el sistema legal es uno que perpetúa violencias racistas, clasistas y machistas.

MANUEL ULACIA: EL HOMBRE TRAS EL CRISTAL

María Gómez de León

Cae la noche y llueve a cántaros. Por suerte, Luis Cernuda está resguardado dentro de esta casa que no es suya. Observa a un niño de espaldas que, como él, se convertirá en poeta. Manuel Ulacia contempla esa lluvia iluminada por el haz de un farol, *absorto tras el cristal* de la ventana, aunque en el futuro próximo olvidará esta escena con la naturalidad con la que consagramos la mayoría de las tardes al olvido. Para Cernuda, en cambio, algo en esa tarde es diferente. Plasmará este momento en "El niño tras el cristal", un poema donde narra el encuentro con un niño cautivado por la lluvia a tal grado que no se da cuenta de que está siendo visto. La última estrofa es ominosa:

Vive en el seno de su fuerza tierna,
Todavía sin deseo, sin memoria,
El niño, y sin presagio
Que afuera el tiempo aguarda
Con la vida, al acecho.

En su sombra ya se forma la perla.

Ahí está Manuel Ulacia, refugiado en su niñez todavía. ¿Cuál es la perla que anida en su sombra? ¿Por qué Cernuda intuye un exterior al acecho? "El niño tras el cristal" se publicó en *La desolación de la quimera* en 1962. Años más tarde, Ulacia escribe que ahí, frente a esa lluvia, Cernuda había descubierto una pieza fundamental de su identidad, mucho antes de que él mismo pudiera vislumbrarla.

©Paloma Ulacia, sin título, 2020. Cortesía de la artista ►



La casa donde ocurrió este evento es de Paloma Altolaguirre, hija de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre, ambos, como Cernuda, poetas españoles exiliados durante la Guerra Civil y miembros de la Generación del 27. Un matrimonio que llegó a México en 1944 y al poco tiempo se disolvió. A pesar del divorcio Altolaguirre y Méndez nunca dejarían de ser amigos.

Luis Cernuda llegó a México en 1952 y se instaló donde habitaban Concha Méndez, su hija y su yerno, en la calle de Tres Cruces en Coyoacán. Cernuda vivirá con ellos hasta el día de su muerte. El portón de madera escondía una casa con solo tres cuartos. En la planta baja estaba la recámara de Concha Méndez y un cuarto de servicio designado para el poeta sevillano. En la planta alta, una sola habitación

donde dormían Paloma Altolaguirre y su esposo Manuel Ulacia.

Al poco tiempo de la llegada de Cernuda, el 16 de mayo de 1953, nació Manuel Ulacia hijo, el niño tras el cristal. El bebé dormía con sus progenitores y con cien polluelos que su padre había pedido de Estados Unidos. La pareja estaba construyendo un gallinero al fondo del jardín pero la obra se había retrasado. Así que, bajo el arrullo rojo del radiador que apagaba los cúmulos de paja y quizá envuelto por un aroma tibio a plumón de polluelo y excremento, Manuel Ulacia pasó sus primeros meses de vida. Un día los pollos abandonaron el nido y empezaron a volar de un lado al otro por todo el cuarto.

El hacinamiento obligó a Paloma y Manuel a convertir el proyecto del gallinero al fondo



©Paloma Ulacia, sin título, 2020. Cortesía de la artista

Cernuda le había dado tres regalos decisivos: un disco de Mozart, la dedicatoria de un poema y un fajo de papel para origami.

del jardín en una casa propia. Se quedaron en la casa original Concha Méndez y Cernuda, quien se mudó a la planta alta. Pasaron las estaciones. Se implantaron los hábitos que orquestan a una familia. Cernuda se encargaba de llevar a los niños a la escuela. Todos comían juntos, bajo la sombra creciente y menguante del fresno, pero los desayunos y cenas Cernuda prefería pasarlas solo. Era un hombre solitario. Su máximo placer era ir al cine o a la iglesia cuando estaba vacía. Con la misma devoción, se abría paso entre el terciopelo de los reclinatorios o las butacas y se dejaba bautizar por ese aire luminoso.

Un día Cernuda fue al oculista. El doctor apuntó una luz al fondo del ojo y le dijo que tenía que revisarse el corazón. Murió unos días después. Manuel Ulacia tenía diez años. Había perdido a un abuelo postizo, a un compañero y un amigo, pero es improbable que reconociera entonces el peso que tendría el poeta en su vida, como objeto de estudio y como detonador de su propia escritura. Al momento de su muerte, Cernuda le había dado tres regalos decisivos: un disco de Mozart, la dedicatoria de un poema y un fajo de papel para origami.

Manuel terminó la carrera de arquitectura en la UNAM, pero muy pronto decidió dedicar su vida a la poesía. A los 22, fundó la revista literaria *El Zaguán* (1975-1977) junto con Alberto Blanco. Estudió la maestría y el doctorado en literatura hispánica en Yale, donde también había estudiado Xavier Villaurrutia, uno de sus poetas favoritos. Tomó clases de traducción con Haroldo de Campos y Emir Rodríguez Monegal, y escribió su disertación doctoral sobre Cernuda, una investigación que desembocó en un libro llamado *Luis Cernuda: Escritura, cuerpo y deseo*. En New Haven

comenzó una serie de poemas que conformarían su primer libro, *La materia como ofrenda*, marcados por un paisaje blanco y gélido:

Un viejo quita la nieve que sepulta el jardín.

Busca la sombra del cerezo que lo cubrió
en verano.

Radiografía solar:

el esqueleto desnudo

las hojas invisibles a la luz.

Vendrá la primavera

a llenar de flores blancas

una tumba en el cementerio de New Haven.

Transcurrieron ocho años hasta la publicación de su siguiente libro de poesía, *El río y la piedra* (1989), donde destaca un poema de largo aliento sobre la muerte de su padre titulado "La piedra en el fondo". En él, Ulacia ensayó un registro autobiográfico organizado en torno a un ir y venir entre el presente y el pasado, elementos que reaparecerán de manera más brillante en su siguiente libro.

Entonces, Manuel Ulacia retoma ese fajo de papel para origami que Cernuda le había obsequiado y la dedicatoria de "El niño tras el cristal" como elementos de su obra cumbre: "Origami para un día de lluvia". En este poema de más de 700 versos, Ulacia se sumerge en lo más hondo de sí mismo en búsqueda de la pieza faltante de su identidad, una pista que resuelva el enigma del instante de gestación del deseo homoerótico:

Buscas una imagen, una palabra,
una señal en la calle desierta...

Buscas una imagen donde puedas

reconocerte
y la hallas en los versos de Cernuda,
a quien habías olvidado.

El título del poema, *Origami para un día de lluvia*, es un homenaje a las tardes lluviosas de distracción que Manuel Ulacia pasó con Cernuda, pero también evoca una labor ociosa y lírica que consiste en plegar el papel del yo (entero y sin recortes) varias veces hasta que adquiera cierta forma. O quizá Ulacia parte más bien de la forma —el destino abierto de la homosexualidad, la adultez, la identidad consolidada— y la desdobra, pliegue por pliegue, imagen por imagen, para desentrañar los materiales más simples: la niñez, el origen, el papel íntegro antes de la cicatriz de los dobleces.

Ulacia recuerda una escena en la cual Cernuda parecía intuir un sello distintivo que los unía:

Y al verte bailar entre los arbustos,
coronado de violetas, corría
hacia ti desde la casa, con pánico
como para impedir con un gesto
aquello mismo que había vivido.

Pienso en Cernuda corriendo desde la casa al jardín, desde el presente hacia el pasado de sí mismo, hacia ese reflejo en libertad que veía en el niño de las violetas. Afuera, el futuro al acecho. *Origami para un día de lluvia* es un testimonio que lamenta y celebra al mismo tiempo las andanzas de Ulacia por ese universo compartido con su maestro. Este libro, la obra cumbre de Ulacia, probablemente no recibió el reconocimiento que merecía en el momento de su publicación debido a los temas que aborda. Quizá las nuevas generaciones estemos mejor equipadas para su lectura, para reconocer en su llana exposición de la homosexualidad, las

complicaciones del poliamor y la configuración de la identidad una propuesta fascinante.

El legado poético de Manuel Ulacia se encuentra repartido en cinco libros: *La materia como ofrenda* (UNAM, 1980), *El río y la piedra* (Pre-textos, 1989), *Origami para un día de lluvia* (El Tucán de Virginia, 1990 y Pre-textos 1991), *El plato azul* (Ditoria 1999) y *Arabian Nights and Scottish Mornings*, que permaneció inédito hasta que James Valender recopiló sus obras líricas completas bajo el título *Poesía* (1977-2001) (FCE, 2005).¹ Además de su estudio sobre Cernuda, Ulacia escribió *El árbol milenario: Un recorrido por la obra de Octavio Paz*, un trabajo monumental sobre la obra de quien fuera su amigo desde 1973.

La perla que Cernuda intuía al centro de Ulacia me resulta cada vez más enigmática. Podría tratarse de una gestación de sensibilidad poética o del sello distintivo del deseo homosexual. Sin embargo, esta premonición marina adquirió un cariz todavía más ominoso el día de la muerte de Ulacia.

El 12 de agosto de 2001, Manuel Ulacia murió mientras nadaba en la playa Buenavista a 30 kilómetros de Ixtapa-Zihuatanejo. Tenía 48 años. Su muerte prematura es tan desconcertante como el olvido de su obra. Frente al azar inclemente, conviene no hacer preguntas. El mar, ese papel azul que se desdobra sin remedio, no ofrece respuestas. Hart Crane, otro poeta disidente que murió en aguas mexicanas, ya lo había advertido: “el fondo del mar es cruel”. **U**

¹ Además de la poesía reunida y editada por Valender, destacamos por separado algunos libros de Ulacia: *La materia como ofrenda*, UNAM, Ciudad de México, 1980; *El río y la piedra* y *Origami para un día de lluvia*, ambos editados por Pre-textos/Poesía, Valencia, en 1989 y 1991 respectivamente, y *Xavier Villaurrutia, cincuenta años después de su muerte*, Conaculta (La Centena. Ensayo), Ciudad de México, 2001. [N. de las E.]

ABRAN LA PUERTA AL CIENTÍFICO FORENSE

Jesús Pérez Caballero

Son las noticias y los rumores de lo que está pasando en el Bajío lo que me recordó que él —“Zayas”, antropólogo forense— vive allí y que, por un amigo en común, puedo contactarlo. Como en una nueva parábola de los ciegos y el elefante, Zayas y yo podemos poner sobre la mesa del café tapatío nuestras cuatro manos, cuatro ojos y dos bocas, para reconstruir, con las razones que nos permitan las ganas y la entereza, algo de la violencia en el país, un depredador inmenso, de giros y ángulos casi imposibles, que no teme a lo rural ni a lo urbano, ni a la costa ni la montaña; sin importarle el abajo o el arriba, prolongado invisible, pero con terquedad, tras cada muerto o desaparecido.

Ya lo primero que me cuenta me pone del revés. Zayas no empieza a describir, como yo esperaba, una atmósfera espacial de hechos, lugares, colegas en acción, anónimos que sufren. En cambio, posa sobre la mesa el dedo sin fondo del tiempo. La afirmación es tan técnica como vertiginosa: “Ninguno de nosotros, vivos o muertos, tenemos una edad única”. Somos nuestra edad biológica, sí —podría decirse que el acta de nacimiento despliega los años, la de defunción los estruja— pero, según me explica, es difícil conocer dicha edad si únicamente encontramos un órgano aislado. Entonces, resulta que es la edad ósea u osteológica la más utilizada en la identificación de los cuerpos y con la que es posible evitar “falsos positivos”, tecnicismo habitual para errores en la identificación —podemos reformular: ese oxímoron significa dar al cadáver una pátina que, por no

Robert Shea, *Boojum Tree and Cardon Cactus*, 2018 © ▶



ser la suya, volverá a desprenderse del cuerpo anónimo, a la búsqueda del viejo nombre—.

“Macerar” es otro término repetido en nuestra plática. Para descarnar hasta que quede el esqueleto, Zayas, cuando era estudiante de la UNAM, bañaba al cadáver donado en un tambo y lo disolvía con químicos. Ahora, como profesional, para acelerar el proceso utiliza una “autoclave”. Según me explica, el instrumento parece una vaporera o una olla de acero, con un nivel para poner agua destilada —lo preferible aunque, dependiendo de la urgencia, puede servir el agua de la llave—. En su par de aditamentos se coloca el material a esterilizar, usualmente, el tejido pegado a los huesos. Se cierra todo a presión con unas palancas, mientras que un tubo despresuriza la válvula. Bajada esta, se espera de quince a veinte minutos, hasta que alcanza de 255 a 288 grados centígrados, que es cuando verdea el termómetro

de la autoclave: el vapor ha hecho que el tejido adherido a los huesos sea más fácil de desprender. El hueso queda inmaculado.

—Pero, a esa temperatura, ¿no se disuelve el hueso? —pregunto estúpidamente, como si nuestros huesos fuesen más frágiles que los hervidos para un espinazo o un caldo de pollo.

—A esa temperatura no pasa nada, incluso aún puede obtenerse ADN, pero se recomienda tomar esa muestra antes de ingresar el material a la autoclave. Es como si estuvieras haciendo una comida.

La pericia hace que Zayas se acostumbre, incluso, a reordenar partes, para mí inconcebiblemente separadas. Son “asociados”, es decir, restos de cuerpos desperdigados que debe reunir. En esa juntura está no solo la moral que como grupo postulamos, intuita por investigadoras como Anne Huffschmid o Carolina Robledo, sino un pegamento ontológico. La



©Zahara Gómez, *Cartografía, Guatemala*, del proyecto *Tesoros*, 2017. Cortesía de la artista

¿Cómo vivirán de ahora en adelante, cómo murieron para que todos calláramos?

cuarta costilla, por ejemplo, ayuda a colegir la edad y con la pelvis puede identificarse a un cuerpo con la cabeza perdida. Es, en fin, buscar y comparar los fragmentos, si es posible uno y su par, de un cuerpo, con la anatomía mental que perfila la llamada “cuarteta básica del perfil biológico”, esto es, sexo, edad ósea, estatura y ancestría o genealogía —los padres o el grupo étnico—.

Sin embargo, tales tecnicismos y herramientas tienen un reverso informal, tan chocante como que los individuos a los que Zayas, cuando ejerce de perito en un juicio, debe identificar por haber disparado o desaparecido cuerpos sigan los mismos procedimientos que él. Son, por usar un término que transfunda la bruma nocturna que tanteamos, los “muchachos de negro”. Hombres que también mace-ran pero como forma de tortura; separan huesos para denigrar a sus víctimas y los resguardan para castigarlas. No todos lo hacen con furor, y ni siquiera el sadismo es imprescindible en su metodología. Pero lo que sí se necesita —y lo confirma lo que conozco por otros lugares—, es su *rapidez*. Esta palabra es limitada, pero sirve de fulcro. Me refiero a que los muchachos de negro deben reaccionar rápido, improvisar ante situaciones que los toman por los pelos, que los jalan y los arrastran a otras situaciones que devienen peores, y que se bifurcan en otras aún más horribles, cuyo primer testigo es un forense en sus treinta, como Zayas. En una resolución judicial de 2018 sobre acontecimientos de una década atrás, se contaba cómo un individuo había atrapado en Sonora a dos agentes federales y marcaba a su jefe para preguntarle qué debía hacer:

Entonces me dijo que no los fuéramos a matar y que me fuera en chinga a un internet y que le

escaneara todos los documentos y fotos [de los atrapados] y que se las mandara a un correo electrónico que en ese momento me dio, el cual ya no recuerdo.

Similar a lo sucedido por esas fechas, pero más al sur: un fotógrafo de bodas y su asistente manejan desde Guadalajara a Sahuayo (en Michoacán, cerca de la laguna de Chapala). Aparcan frente a un Oxxo. Al bajarse, llegan tres camionetas. Muchachos, armas largas. Los interrogan. Cada respuesta que dan la repite el interrogador a alguien al otro lado del celular:

—Dicen que vienen a una boda.

—Afirmativo.

—El güey se llama tal y tal y le está esperando tal y tal.

—Deja que cheque... ¡Afirmativo!

—Que se va mañana y hoy hace noche en el pinchi hotel principal.

—¡Afirmativo, afirmativo!

—Esta guapa su morra. ¿Te mando fotos de los dos?

—¡Afirmativo! Y de sus IFES.

La rapidez de reacción —¿Estos dos capturados viven mañana o morirán hoy? ¿Cómo vivirán de ahora en adelante, cómo murieron para que todos calláramos?— ocurre en minutos, a lo sumo en horas y, con tales explicaciones, los muchachos de negro y quienes les dan órdenes desdeñan una escala temporal mayor. Entre las parcelitas de tiempo y las extensiones mastodónticas, deshabitadas, de sus consecuencias —la mancilla del cuerpo, su desaparición, o, por el contrario, su expo-

sición—, en esa distancia es donde todavía estamos perdidos todos en México, y los lugares continúan repletos de lastimados que quedan ya como granos de pimienta negra, olor a almendra quemada, tiempo anegado en arenales.

Zayas me ha contado que una de las fosas que más llamó su atención fue la que encontró en un campo de grava. Allá enterraron a los carbonizados y los cubrieron con montículos de piedras y arena. Cada cima estaba culminada por una planta. Cactus, sobre todo. Pienso Zayas que los sembraron para disimular las tumbas y, a la vez, señalarlas a quienes patrullaban por estos lugares inhóspitos, lo que no deja de abonar la enormidad de la paradoja: los desaparecedores patrullaban ostensiblemente, precisamente para que nadie los encontrara: ni al lugar ni a los enterrados. Al desenterrarlos siendo la mancilla tan reciente, emanó el olor familiar de la carne quemada. Desde entonces, para no atraerse nunca más ese olor, Zayas es vegetariano.

Uno se pregunta dónde están, ante lo que cuenta este forense, las leyes. Si recordamos, en México existía el tautológico “proceso inquisitivo”. Las investigaciones se ramificaban en carpetas de las que todos platicábamos y pocos veíamos, que quedaban en un limbo durante décadas o en páginas webs de consulta intrincada y panteonera (el expediente ochentero de Buendía, los noventeros de Posadas o Colosio). Después, llegó la reforma que extendió los juicios orales al ámbito penal. Ha pasado más de una década desde su implantación, y una de las consecuencias es que los expedientes abandonan sus soliloquios y comienzan, glotonos, a hablarnos hasta la extenuación. Zayas, por ejemplo, los lee —al hablar de ellos transmite no solo estudio, sino la festividad mitotera de quien tiene en su traba-

jo una segunda piel—, los compara, los utiliza para identificar un arma o para contradecir, en el careo, al acusado. Aun así, innumerables expedientes continúan enraizados en los cajones. Es el contraste de la previsibilidad de investigaciones estancadas, grandes lagunas de sal, con la improvisación en las metodologías —“que me fuera en chinga a un internet” —.

¿Y la ley? No es pregunta para Zayas, que este último día de agosto ha contado lo permitido por un seudónimo que compensa lo obli-gado con lo bufo. Pero, ¡ah, la ley! La de los muchachos de negro está descrita. La de los militares está implícita. No es cuestión de anotar ahora lo que podría aducirse triangulando información o abriendo una página web al azar, como por bibliomancia. Quizá valga más la pena, simplemente, enunciar una imagen que salió en la plática. Un exmilitar o alguien formado por ellos llegó a un restaurante y, sin necesidad de pasamontañas, ocultándose mañosamente —una subida de la solapa por aquí, un volteo de cara por allá— evitó que las cámaras grabasen su rostro. Entonces, fingiendo una conversación de celular, se acercó al blanco y...

¿La ley? A lo que queda de las leyes, pongámoslo sobre la mesa del café. Al asirlo, si se deja, miremos si tiene garras. Son garras y son universales. ¡La ley! Miremos de frente a la ley mexicana. Y si tiene agujeros, digámoslo. Si sus garras nos arrancan la piel, digámoslo. Si su luz nos ennegrece ojos, dientes y lengua, esqueletos de ébano y granos de pimienta y ceniza, digámoslo:

—¡Abran!: somos la ley —y al grito de los encapuchados, se abre el aire. **U**

Barbara Hanrahan, *Wedding Dreams in the Park*, 1981. © National Gallery of Australia ►



CRÍTICA

LA TIERRA DE LA GRAN PROMESA

JUAN VILLORO

LA FORMA DEL TERCER ACTO

Jorge Comensal



Literatura Random
House, Ciudad
de México, 2021

Los sueños han formado parte de las narraciones literarias desde que Gilgamesh, rey de Uruk, soñó que cubría de caricias un meteorito “como a una esposa” en la primera tableta cuneiforme de su epopeya (el sueño es interpretado por su madre como una premonición de su encuentro con su antagonista Enkidu). Los relatos de todas las épocas y culturas han contado sueños, acaso porque aspiran a ser como estos en su capacidad persuasiva y reveladora. En *La tierra de la gran promesa*, Juan Villoro propone una historia cuyo sentido más profundo se revela precisamente en sueños; el epígrafe de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca es una pista generosa de la que, sin embargo, resulta fácil distraerse en una novela de largo aliento como esta.

Diego González, el protagonista, tiene el aparente defecto de hablar dormido, mientras sueña. Diego es un documentalista mexicano (“Sus documentales ya suscitaban el ambiguo respeto de lo que deprime de un modo importante”) que estudiaba cine cuando se quemó la Cineteca Nacional en 1982, y que en 2014 tiene que huir de México debido a las consecuencias imprevistas de su obra *Retrato hablado*, un perfil sobre el capo Salustiano Roca. En ese exitoso documental hay una “toma inútil” que sirvió para atrapar al narcotraficante, y por ello la vida de Diego corre peligro.

Instalado en Barcelona gracias al apoyo del sospechoso productor de cine catalán Jaume Bonet, los sueños de Diego se avivan hasta volverse insoportables. Su pareja, Mónica, una sonidista más lúcida y joven que él, le reclama: “Mil veces te pregunté qué soñabas. Dijiste que no te acordabas. En México gritabas menos. Aquí los gritos empezaron a salir durísimo”.

El contenido manifiesto de la historia gira alrededor de la biografía de Diego en el contexto político y cinematográfico del México “contemporáneo”. En el exilio lo alcanza su antagonista, Adalberto Anaya, cineasta frustrado que devino periodista brillante, un “oráculo” que “descifra México” de una forma en que no pudieron hacerlo los documentalistas como Diego. Anaya persigue al protagonista para confrontarlo con su pasado, demostrar que es un culpable y, de esa forma paradójica, salvarlo de su condena.

El contenido latente está en los sueños de Diego: la culpa (lo sucedido una noche en la carretera a Cuernavaca) y la inocencia (que él haya cooperado para atrapar al narcotraficante de su documental); el temor ("Había sido un niño lleno de miedos que poco a poco aprendió a disfrutar del miedo") y el deseo:

Le indignó que la amante imaginaria con la que había soñado varias veces fuera una belleza tan públicamente conocida. No había ningún misterio en que apareciera en sus sueños; se trataba de una coincidencia provocada por las vulgaridades de la época.

También suele llamarse "sueños" a los deseos de una época, sus ilusiones y fantasías. El México en el que Diego se volvió cineasta soñaba con ser una "tierra de la gran promesa". Esa promesa se quema simbólicamente al comienzo de la novela, durante el incendio de la Cineteca Nacional. El sueño mexicano se convierte en una pesadilla: ni siquiera el ámbito del cine se salva de la crisis profunda de esa década perdida. Después del fuego queda "La tierra de humo", título de uno de los capítulos cruciales de esta obra. En él se narra con pormenores un sueño: el encuentro revelador de Diego González con su padre homónimo, un notario "idólatra de la pulcritud" que oculta una parte muy importante de su identidad.

"La tierra de humo" está cargada de símbolos propicios para la interpretación. "Su padre olía a vinagre", se nos dice al comienzo, y ese aroma volverá a figurar significativamente al final de la novela. Como suele pasarnos en los sueños, Diego no se percata de que está dormido:

Le pareció extraño que no alzara la vista ni le dirigiera la palabra cuando él entró a su despacho. ¿Había tocado la puerta de caoba antes de entrar? Tal vez omitió ese protocolo y por eso su padre lo recibió alzando una ceja.

Otro indicio: "Sobre el escritorio había un trozo de carne seca". Padre e hijo salen del despacho y van al comedor, donde arde un pebetero. Se acumulan las rarezas, las incongruencias, y finalmente la escena adquiere rasgos plenamente surrealistas:

Sobre la mesa había un frutero con tres duraznos cubiertos de pequeñas pasas. Diego se acercó y supo que no se trataba de pasas sino de moscas. "Estamos muertos", concluyó. Un durazno le correspondía a su madre, otro a su padre, otro a él. Esa fruta era la vida, pero la mosca siempre sería la mosca.

En el comedor, padre e hijo sostienen un diálogo cargado de dramatismo (el sueño es un escenario teatral), cuyo comentario pormenorizado me haría incurrir en el pecado de spoiler. Sin embargo, no puedo omitir estas palabras del padre:

El verdadero Más Allá no es este comedor donde nunca se acaban las bebidas, sino el tercer acto de la vida, que ocurre en una época que ya no es la tuya, cuando tu entorno ha desaparecido y donde solo puedes cometer errores. Empiezas a estar en esa época, querido. Te casaste con una bebita para rejuvenecer, pero mira nomás lo que eres: un niño viejo.

A partir de este sueño lacerante que confronta a Diego con las causas de su inmadurez crónica, el protagonista entra en una crisis de identidad más propia de un adolescente que de un adulto: "Por lo visto, el único que no está enterado de mi vida soy yo", se queja más adelante, en el proceso atropellado de confrontar sus culpas, asumir su patri-monio oculto y volver a la promesa rota de su patria.

Novela de formación tardía, *La tierra de la gran promesa* también aborda con gracia el tema de la mexicanidad. A Diego González podríamos haberle preguntado con Chava Flores: "¿A qué le tiras cuando sueñas, mexicano?" El problema de la identidad nacional, que parece haber sido agotado en las obras de Samuel Ramos, Emilio Uranga u Octavio Paz como pensadores, o Juan Rulfo, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia como narradores, se revitaliza en la obra de Villoro, uno de los más agudos cronistas de nuestra idiosincrasia:

"Pero la bienvenida era inconfundiblemente mexicana: —El licenciado ya lo espera —decía el capitán."

"Héroes nacionales. Tal vez eso explicaba que el país fuera una insólita potencia en los Juegos Paralímpicos: solo si ya te jodiste tienes permiso para ganar."

"Ser rencoroso es la manera mexicana de tener buena memoria', repetía, con el orgullo de quien dice un aforismo y la vergüenza de ser digno de él."

"Cuando fui a México por primera vez, rechazaban mis proyectos con tanta amabilidad que creía que los estaban aceptando. En tu tierra todo son alusiones, gestos."

“No hay nada más mexicano que eso: seis güeyes en un vocho. —Éramos cuatro.”

Pero cada día hay menos vochos en las calles mexicanas, así que la novela no deja de ser también un retrato nostálgico de un México en proceso de desaparición. Cada vez menos personas saben quién fue Margarita López Portillo, por qué una zapatería podía llamarse “El Tacónazo Popis” o dónde se encuentra el restaurante La Casserole. Antes de esta novela, ¿cuántas personas se acordaban de la película que estaban transmitiendo el día en que se quemó la Cineteca Nacional?

La tierra de la gran promesa trata de la ascensión del capitalismo en Polonia. Lo raro es que todo desemboca en un incendio. Tres socios logran poner una fábrica pero no la aseguran porque no les alcanza el dinero y el rival amoroso de uno de ellos se las incendia. Su ambición queda hecha cenizas. Es increíble que estuvieran dando esa película mientras la Cineteca se incendiaba. Probó el agua de horchata y dijo que le sabía a humo.



La antigua Cineteca Nacional en la colonia Country Club, Ciudad de México, ca. 1982. Cortesía de la © Colección Carlos Villasana

Incluso temo que cada vez menos personas puedan reconocer a qué sabe el agua de horchata. En ese sentido, la novela contribuye a ese proyecto realista que Balzac definió como escribir la historia privada de las naciones. Corrupción, nepotismo, narcotráfico, homofobia, envidia, infidelidad, despecho y camaradería traidora: todo eso cabe en este mundo narrativo construido alrededor de diálogos calibrados con oficio de dramaturgo.

Por último, me gustaría comentar un recurso emblemático de la escritura de Villoro que llamaré, con poca originalidad, *asociación conceptista*.¹ En la escuela nos condicionaron pavlovianamente a asociar el conceptismo, que estimula al intelecto exponiendo correspondencias conceptuales inesperadas de la forma más sintética posible, con autores barrocos como Quevedo, Gracián y sor Juana, pero se trata de una operación intelectual que abunda en otros periodos y corrientes. No debe sorprendernos que, en una sociedad churrigueresca como la mexicana, el conceptismo pueda actualizarse con tanta naturalidad como lo hace Villoro.

La correspondencia ingeniosa a la que me refiero se puede reconocer con facilidad cuando el narrador identifica un concepto como "forma" de otro:

"En una ciudad sin nieve ni temperaturas bajo cero, el frío es una forma de la crítica: demuestra que no hay calefacción"

"Había ejercido otra forma del cariño: la advertencia"

"Aquí estar loco es una forma de la clarividencia"

"El esnobismo es una forma pretenciosa del resentimiento"

Así, el relato propone un sistema de correspondencias o vínculos inesperados, y muchas veces paradójicos, que pueden ayudarnos a comprender nuestra época y perdonar a esta tierra por no cumplir las promesas que nos hizo en los sueños. **U**

¹ Flavio Lo Presti aludió al "conceptismo lacónico, exquisito y sincopado" de la prosa de Villoro en una reseña sobre la antología *Espejo retrovisor*. Disponible en http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota_id=566958

EL FIN DEL AMOR

TAMARA TENENBAUM

EL AMOR ACABA Y LA BELLEZA CANSA

Alaíde Ventura Medina

—No me preocupa engordar —miento—. Es por mi salud. Prefiero los alimentos más nutritivos.

Tamara, desde la solapa de su libro, me mira despreciar un bocadillo de jamón para meterme a la boca un puñado de arándanos.

—Cambiate el imperativo de la belleza por el del bienestar —me dice.

—No es cierto —respondo, defensiva—. Y tú ni siquiera comes jamón.

Abandono la lectura para terminar mi almuerzo en paz.

Tamara Tenenbaum es una filósofa judía argentina que ha puesto su oficio al servicio del feminismo. Es inquisitiva, algo poco usual en tiempos en los que casi todas las posturas, al menos las que ocupan los anaqueles de novedades, parecen converger. *El fin del amor* (que circula desde 2019 pero llegó a librerías mexicanas hasta este año) compendia ensayos sobre la condición femenina de clase media latinoamericana que anda entre los veinte y los cuarenta años. La autora reflexiona sobre algunos mandatos de la mujer moderna, en especial aquellos que obedecemos gustosas sin estar plenamente conscientes de su imposición, tales como querernos, cuidarnos, deconstruirnos, mantener cuerpos, mentes y feminismos sanos, ser felices, ser autónomas.

Ante los imperativos, el abordaje de Tamara es descriptivo. Parte de su propia experiencia, reconociendo sus limitaciones —las cuales van aparejadas a lo que se ha dado en llamar su *privilegio*; es blanca, educada, cisgénero y judía no ortodoxa—, que le permiten una mirada crítica ante el dogma y la secularidad.

Cuando digo que es *inquisitiva* quiero decir incómoda, incordiante, pero del tipo que se agradece a largo plazo, igual que cuando una amiga por fin te advierte que parece que estás deprimida, que eres demasiado severa, que has perdido peso, que tu pareja, que tu embarazo, que...

—No está en tu cabeza —me dice, sin que yo le pregunte nada—. No tenés mala suerte, no te pasa solo a vos. Todas somos extranjeras en el mundo del deseo.

Incómoda al momento de la enunciación y al mismo tiempo necesaria en la gran escala. Caminamos en dirección a la sinagoga. Frente a nosotras hay una pareja joven. Visten ropa de Zara como cualquier otro paseante, pero traen la cabeza cubierta: ella con un pañuelo y él con una



Ariel, Ciudad de México, 2021

kipá del color de su barba. Esa pareja no se conoció en Tinder, aunque tampoco es seguro que sea un matrimonio arreglado. Escenas como esta conforman la cotidianidad del barrio judío de Buenos Aires, el Once, donde Tamara creció y donde su mamá todavía vive y trabaja. Me cuenta que, hasta que entró a la adolescencia, nunca había probado el jamón; es más, no sabía cómo se veía, de qué color era, si parecía lomo, chuleta, bistec o embutido, ni cómo se comía —¿con cubiertos?—. Y lo mismo pasaba con el mercado de las relaciones interpersonales, con los muchachos, el amor, el sexo, el afecto, el mercado de cuerpos —¿con las manos?—.

Tamara y yo no somos amigas, no estamos realmente en la avenida Uriburu, pero el formato de ensayo permite y alienta esta ilusión deambulatoria. El ensayo es movimiento, excursión libre de las ideas. Ah, la libertad, tan parecida al consumo.

En una combinación afortunada de ensayo personal y argumentativo, Tamara presenta su dialéctica. Tesis: las mujeres de hoy elegimos pareja libremente. Antítesis: esta supuesta libertad nos ha puesto a competir entre nosotras con más ferocidad que atletas olímpicas. Tesis: somos libres de enredarnos con quien se nos dé la gana. Antítesis: terminamos acostándonos con tipos que ni nos gustan. Tesis: el amor como lo conocemos está llegando a su fin. Y aquí, más que una antítesis o una pregunta, Tamara tiene un comentario: vamos a tener que sustituirlo con algo.

Movida por estos intereses, se tomó el trabajo de leer completo el sílabo de Feminismo I, II y III. Entendió los postulados de las distintas olas y concluyó algo importante: que la teoría sirve de poco allá arriba en las nubes, que hay que bajarla a la tierra. Hablar de la cultura de la violación es necesario, pero solo bajo el entendido de que no podemos dejar de coger hasta desarmarla. Superar el paradigma del amor romántico es urgente, pero tampoco resulta sencillo borrar décadas de adoc-trinamiento en el método Disney. Debemos cuestionar el deseo, pero el propio, no el ajeno. El goce es un derecho que hemos conquistado, pero cuando se vuelve una obligación deviene agotador.

Si el matrimonio cerrado y monógamo no es una opción, ahora jugamos al vínculo laxo y sin restricciones. Nos volvimos objetos de intercambio, salir a una cita se parece cada vez más a una entrevista de trabajo. Ciertas aplicaciones revelan si buscamos pareja de base o freelance, si estamos a la venta, a la renta o si somos Airbnb.

—Para evitar el sufrimiento, evitamos el amor —*interrumpe un trasnochado Byung-Chul Han.*

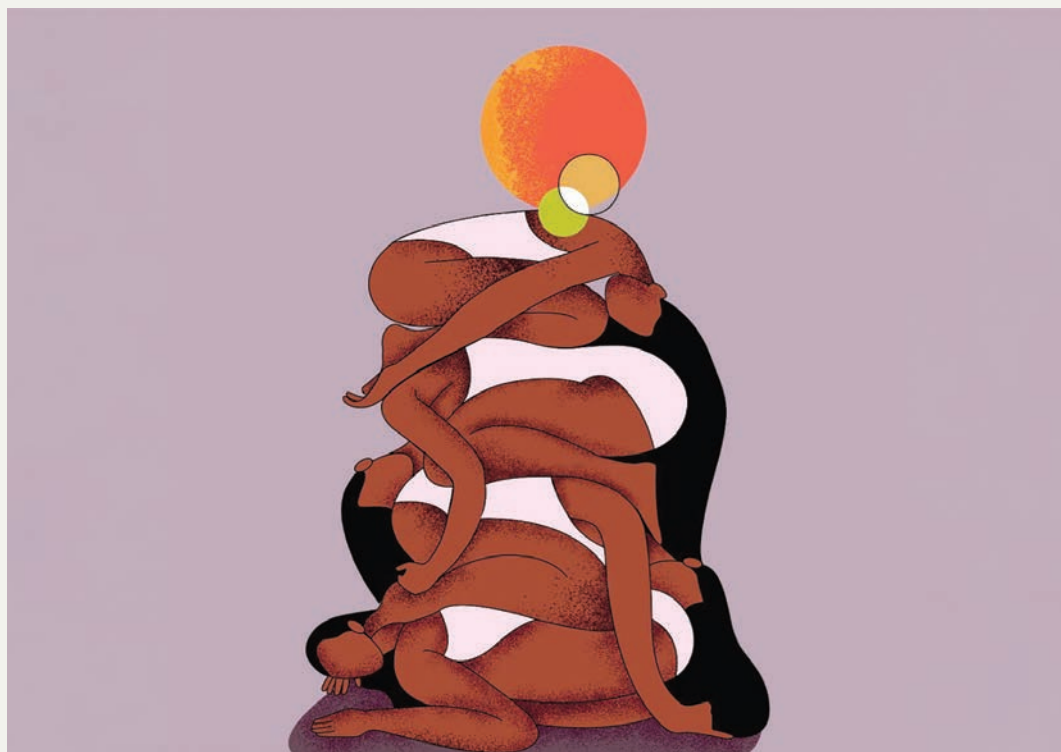
—Tú no convives con muchas mujeres, ¿verdad? —responde Tamara.

En este mercado híbrido, entre consumista y laboral, la asimetría favorece a los varones. La carrera, además de extenuante, es dolorosa. Conformamos legiones de mujeres deconstruidas, feministas, saludables hasta el hartazgo, resilientes y al mismo tiempo tristes porque no nos llamó Fulano.

—Lo que te duele, compañera —¿quién te preguntó, Tamara?—, no es la fluidez de los vínculos, sino la dinámica de oferta y demanda.

Mucho más efectivo que deconstruirnos por decreto, sería visibilizar cuánto hay de político y de económico en los afectos, y cuánto es simulación. Nos tragamos el cuento del amor romántico. Ahora nos tragamos el cuento de que vamos a derrumbarlo a tuitazos.

De vuelta en el Once, Tamara me cuenta sobre su incursión por la blogósfera feminista. Provenimos de países, generaciones y estratos distintos, pero su experiencia resuena en la mía. En México también tuvimos una explosión de bitácoras y foros, ¿en dónde más iban a caber tantas y tantas subjetividades? Nos acercábamos a la horizontalidad, sin saberlo, a la misma que hoy le permite a Tamara entrar en diálogo



© Naandeyé García Villegas, *Contacto*, 2021. Cortesía de la artista

con maestras y precursoras. Contra el soliloquio, la invocación es el remedio: un concierto de activistas, artistas y teóricas.

En la voz clara y resuelta de Tamara, voz que es el sueño de toda ensayista, convergen feministas de distintas generaciones. Al hablar con ella, una profunda geología la sustenta. Desde Woolf hasta Penny, pasando por Desportes, Weigel, Federici y Zafra.

—El patriarcado no se mete solamente con nuestras conductas —dice Tamara que dice alguien—, sino también con nuestros deseos, sueños y aspiraciones. Nos grita que lo estamos haciendo mal, que la única vida con problemas es la nuestra.

Hay una Tamara antes del feminismo y otra después. La segunda derumbó algunas mitologías que movían a la primera; otras cayeron por su propio peso. El razonamiento deductivo no permitía otro resultado.

—Los hombres no podían importar tanto.

Ensancha el análisis, que es lo más cercano a la deconstrucción. Más que aventurar respuestas, plantea nuevas preguntas, convencida de que sus búsquedas podrían ampliarse.

—No es cierto que las chicas pobres, ocupadas en cosas más importantes, no tengan tiempo para pavadas como el romance, el deseo y los celos —enuncia—. Lo que sucede es que terminan ocupándose de ambas, lo que es especialmente cruel.

El punto de vista de la ensayista se erige en un nodo concéntrico. Alrededor, confluyen las asociaciones que sustentan la búsqueda. El libro no es un tratado de ciencia social, pero sí el resultado de largas horas de lectura y observación.

—La deconstrucción no es otra cosa —me explica— que la necesidad de continuar una conversación que no tiene fin.

Modestia y ambición feminista.

Sobra decir que no conozco a Tamara, que nunca he estado en el Once y que si su libro me ha sacudido es por la misma razón por la que laikeo cada tuit feminista de mi TL: porque me estremece el descubrimiento de que casi todo lo que me ha pasado le ha pasado a muchas otras, que las ideas que cruzan por mi cabeza alguien más las ha pensado. También, que muchas mujeres se han esforzado por sacar dichas nociones del campo del sentido común y llevarlas al de la teoría. Ahora nos tocará a nosotras, a las blogueras inquisitivas que abandonan el brasier al tiempo que adoptan la dieta keto, traerlas de regreso a la sobremesa. No aliviará la culpa, porque esa nunca se calma; eso sí, tal vez desfogue un poco la ansiedad. Este es un libro para leer en voz alta y socializarlo. Te deja tambaleante, pero con la certeza de que hay una red sosteniéndote.

—La pareja puede salvarse si la quitamos del centro —dice Tamara—, pero mucho más importante sería salvarnos nosotras, con mucho amor, comunidad y suerte. Transformar vínculos en lugar de descartarlos.

El fin del amor romántico no tiene que ser el fin del amor; fin como finalidad, objetivo. Entre tantas maneras de vincularnos con el mundo y la otredad, debe haber una menos agotadora. La belleza, cuando es un imperativo, cansa. El amor romántico acaba. El patriarcado es humo.

—Oye, Tamara, ¿y en Argentina escuchaban a José José? **U**

LOS MUERTOS Y EL PERIODISTA

ÓSCAR MARTÍNEZ

SER OBSTÁCULO, SER MARCIANO

Pablo Ferri

Entre 2015 y 2020 Óscar Martínez y sus colegas de *El Faro* descubrieron y probaron dos masacres policiales en El Salvador, matanzas de jóvenes a manos de agentes estatales envalentonados por cierta permisividad estructural, vengativos ante la saña de las pandillas con ellos. Este es el contexto del que parte Martínez para escribir —vomitar, dice él— *Los muertos y el periodista*, un manual para periodistas que se acercan a la violencia en América Latina, su relación con los informantes pero, sobre todo, una propuesta de monólogo interior de una belleza cautivadora e incómoda. Brutal, en todo caso.

La historia del expandillero Rudi y sus hermanos, así como su asesinato a manos de policías, funciona de hilo conductor. Desde el principio, el lector sabe que tres van a morir y solo uno sobrevivirá. Y sabe también —o al menos intuye— que sus ojos transitarán con dificultad por las páginas siguientes, obligados a atestiguar la tramoya de la realidad y el oficio periodístico. Como reportero, la experiencia molesta porque exige e interpela. Pone en contacto con los propios errores, los dilemas abandonados, los aprendizajes abortados. Y en el peor de los casos —también el mejor— con la íntima pendejez del que no supo y no le importó lo suficiente.

Martínez plantea la valentía como vehículo, pero no una valentía estúpida y hollywoodense, más bien la valentía de dudar. La duda constante. Así, cada capítulo maneja un mandamiento en el reverso, un ramillete de preguntas sobre el lugar que ocupa en su búsqueda, la vi-



Anagrama,
Barcelona, 2021

sión del otro —la fuente—, la honestidad, la insistencia, la amistad y el odio. Escribe frases memorables, a veces en forma de aforismo: "Ser fuente a veces es como gritar a un barranco; quién sabe dónde se escuchará el eco". A diferencia de sentencias célebres repetidas en los mentideros de la profesión durante décadas, aquí es apenas el recodo de una explicación mucho más profunda. De un hurgar frenético.

Aterra ese monólogo penitente. Daniela Rea me decía estos días que es "como cuando hurgas una herida con el dedo. Remueves con más curiosidad que con cuidado". Sin que yo le dijera nada, añadió: "No quiero decir que eso esté mal, para nada. Esa falta de cuidado es necesaria también". Da igual si está bien o mal. Es fascinante. Y enseña. Pone la piel de gallina, dan ganas de trabajar. De hacerlo mejor. Otro colega me decía hace unos días que no tenía claro si las cosas que leía se entenderían fuera de aquí, de este moridero. Yo creo que sí. Ejemplo: "A veces, cuando tenés argumentos para convencerte de que hiciste lo que podías, la tentación de ya no hacer nada más es fuerte".

Algunas partes del libro me han hecho recordar experiencias propias. El caso Tlatlaya, sin ir más lejos, casi contemporáneo de una de las



© Claudia Gutiérrez Marfull, de la serie *No hay paraíso sin serpientes*, 2021. Cortesía de la artista

matanzas narradas, la de la finca de San Blas, que él y su colega Roberto Valencia investigaron hace más de seis años. En junio de 2014, militares mexicanos asesinaron al menos a ocho personas en Tlatlaya, en la región de Tierra Caliente que comparten Guerrero, Michoacán y el Estado de México. Al principio, el Ejército dijo que efectivos castrenses habían “repelido” una agresión de presuntos delincuentes. El resultado: la muerte de veintidós personas y un militar herido. Fuimos, preguntamos, preguntamos, preguntamos, insistimos. Al final, encontramos a nuestra Consuelo, llamada Clara, que aceptó hablar. Su propia hija había muerto a manos de los militares. Ella fue quien le dijo a aquel México rutilante de las reformas estructurales que los verdes mataban igual que antes. Hubo un enfrentamiento, sí, pero los militares mataron a los supervivientes. Los hincaron. Les dispararon. A sangre fría.

El recuerdo del caso Tlatlaya, la lectura del caso San Blas, el de Rudi y los demás, apela a la búsqueda de la profundidad antes mencionada. También a otras dudas de Martínez sobre lo mismo: hasta dónde llegar, cuándo parar. En última instancia, apunta también a la duda mayor: qué quiero saber. Más aún, señala el siguiente eslabón de la cadena: por qué lo quiero saber, para qué. En el caso de Rudi, el autor concluye:

Quise saber cómo era la vida y posibilidades de alguien como él, maldito en este país, basura, desecho, lo último de la pirámide del poder, el fondo del país, un imperdonable.

Esa frase revela una postura política. Todavía hoy, a veces se nos exige que seamos objetivos, que narremos sin estar, que contemos sin ser. Pero eso no es posible, de la misma manera que uno no puede ir a Tlatlaya, San Blas, Tanhuato, Nuevo Laredo, Santa Teresa o cualquier otro enclave de la geografía homicida del Estado en América Latina asumiendo que el poder habla sin ser o estar. Como si el poder ocurriera ajeno a sí mismo.

Es decir, que Martínez narra por los de abajo, como escribió Mariano Azuela. El uso de la preposición es totalmente consciente. Narra por ellos. Y como escribe de una forma o de otra a lo largo del libro, no se trata de dar voz a los que no la tienen, sino de buscar una explicación a la maraña, producto del ejercicio del poder. “Me aterrorizó verme como una pieza del engranaje, el posibilitador de que la presión se liberara por la parte de abajo”, escribe sobre el juicio a los policías por la masacre de San Blas. El autor afronta un dilema. Sabe que es importante ver a los ocho agentes cerca de prisión, que la impunidad se rompa para variar.

Por otro lado, asume que esa condena apenas haría justicia en un país en que pandilleros y policías entran y salen del mismo barro, obviando a los de arriba.

Al final, el juez exonera a los policías porque es imposible saber quién jaló el gatillo, broma malvada, resumen de los aparatos de justicia latinoamericanos. Y en ese momento, el reportero reniega de sus escrúpulos, abrazando temporalmente la teoría de las manzanas podridas. "Quise por un momento que los condenaran", escribe. Recuerdo de nuevo el caso Tlatlaya, por el que nunca condenaron a nadie, que solo dejó muertos, enigmas y la certeza para los de abajo de que nunca saldrán de allí. Es ahí, en la frustración, donde aparece el horizonte. Y no por eso hay que parar.

Abrazo así su conclusión instrumental, otra frase magistral: "Son mis márgenes asumidos. Ser obstáculo y dejar registro. Atrapar momentos". Ser obstáculo. Lo escribo y se me eriza la piel, porque en la neblina que vivimos como profesionales de la explicación, siento que aquí hay médula, que es tuétano. Que eso es verdad. Y a partir de esa frase debemos abordar los dilemas, proactivamente, aunque a veces resulte descorazonador.

A veces lo es, no hay remedio. En las primeras páginas, Martínez cuenta una historia de cuando investigaba a un viejo pandillero, Chepe Furia. Explica que un policía le presenta a una fuente que le puede hablar de Furia. Un trabajador municipal con poco poder. Este le cita un día a las afueras de un pueblo, en una granja de pollos. Llega y el olor es terrible, el ruido infernal. Se encuentran. El hombre parece muy asustado. "Le temblaba la quijada y parpadeaba sin parar", escribe Martínez. Le explica qué quiere saber, le asegura que protegerá su identidad, que no va a filmar, solo escribirá. Y él habla. "Cuando salí del predio, me fui con la plena convicción de que ese hombre que me había hablado no entendía quién era yo ni qué hacía", añade.

Esto ocurre tantas veces... Una persona habla contigo y no sabe qué pasará. Algo debe ver en tus ojos, en la forma de moverte, en el esfuerzo para llegar, algo debe entender sobre el riesgo y el desamparo que del otro lado, el nuestro, apenas se intuye. O simplemente se ignora. Pero hay algo, quizá más frugal, prosaico, una inercia. Quizás la intuición de que el que llega a escuchar es obstáculo. De que quiere serlo. Aunque no haya entendimiento verbal nace otro más profundo, orgánico. Y además, si no, ¿qué se puede hacer? ¿Cambiará algo si hablo? Puede que piense que sí. "Qué abandonado hay que estar para hablar con un marciano", concluye Martínez. **U**

FALSA GUERRA

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

DERROTAS REALES

Nelson Cárdenas

Ya con 63 años en el poder, poco conserva el gobierno actual de Cuba del ímpetu y la renovación de la Revolución de 1959. Lo que sí intenta mantener es la narrativa de plaza sitiada que reclama de su población esfuerzos y sacrificios constantes. Toda revolución necesita de sus héroes. En el caso de Cuba, la actitud revolucionaria, que era decir heroica, se sintetizó en la figura del hombre nuevo propuesto por Ernesto Guevara en *El socialismo y el hombre en Cuba*, cuando rememora aquella “primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber” y vislumbraba “en la actitud de nuestros combatientes [...] al hombre del futuro”.

Pero el futuro ya ha llegado y lo habitan tres generaciones de hombres y mujeres nuevos que arrastran viejas frustraciones. La primera es la *generación de los traicionados*, la de los padres que, jóvenes en los años sesenta y setenta, vivieron la ilusión de cambiar el mundo; la *generación de los decepcionados* que, jóvenes en los ochenta, vieron la utopía desmoronarse junto con la Unión Soviética y el Muro de Berlín; y la de ahora, la *de los desesperanzados*, quienes desde los noventa no tienen más ilusión que irse del país. La novela *Falsa guerra*, de Carlos Manuel Álvarez, explora destinos posibles, dentro y fuera de Cuba, para un grupo de personajes en el que aparecen representantes de cada una de estas generaciones, aunque por su sensibilidad y su propuesta sea fundamentalmente una crónica de la subjetividad postcastrista, o sea, de la experiencia de los del último grupo.

Cada una de esas realidades alimenta su propia epopeya y podría analizarse a partir del modelo narrativo del periplo del héroe que propone Joseph Campbell: El héroe se lanza a la aventura desde su mundo cotidiano a regiones de maravillas sobrenaturales; el héroe tropieza con fuerzas fabulosas y acaba obteniendo una victoria decisiva; el héroe regresa de esta misteriosa aventura con el poder de otorgar favores a sus semejantes. En la visión de Guevara habría un momento de partida del mundo conocido de la república con el acto de la revolución misma; habría un período de iniciación con la construcción del socialismo, y habría un destino, una vuelta al punto de partida con la ver-



Sexto Piso, Ciudad de México, 2021



Parque de juegos abandonado en el malecón de La Habana, 2010.
Fotografía de Carol M. Highsmith. Library of Congress ©

dad revelada de la sociedad comunista. Por otra parte, circula en la imaginación popular de la isla una visión mítica inversa, la de quien deja su tierra, se aventura al mundo, triunfa y regresa portando dones, o sea, trayendo dinero y mercaderías inalcanzables para los suyos. A esos modelos, Álvarez contrapone sus propios personajes, que traicionan tanto los moldes de Guevara y del exilio exitoso como el paradigma narrativo que estudia Campbell.

En *Falsa guerra* la mayor parte de las acciones se desarrollan en La Habana, en alguna "Aldea rural", como llama uno de los narradores a su lugar de origen en el interior del país, y en diferentes áreas de Miami. Pero la novela no se cierra en la experiencia del exilio ni en la del exiliado que retorna, sino que se abre como una exploración de la conciencia de una derrota existencial e inevitable. Como explica uno de sus narradores:

No perteneces a un lugar hasta que no lo desprecias [...] El exilio era la extensión de un país, no su renuncia, y el odio pasaba a ser una devoción errante. La rabia venía de la derrota, naturalmente, y la derrota, al contrario del triunfo, no podía sino mostrarse tal como siempre era, tal como había terminado siendo a pesar de sí.

Podría entenderse la rabia, esa "devoción errante" que atraviesa la novela, como una marca de la vida en Cuba. En definitiva: "Quien se

haya educado en aquel lugar no puede no haber conocido el sonido de la queja". Y sí, es cierto que en la isla la queja es un deporte nacional como lo es el béisbol. La queja a gritos, pero más frecuentemente la queja velada, el lamento constante del que nace en una fiesta innumerable, como decía Lezama Lima, y luego la clausuran, sin explicaciones ni motivos. Una derrota que se pasa, como las expectativas de transformar definitivamente la sociedad para el bien de todos, de generación en generación, con cambios y modulaciones, pero siempre hacia el mismo destino de imposibilidad y sinsentido.

Hay un pasaje en la novela que hábilmente simboliza ese escenario. Un personaje, nombrado genéricamente "el exiliado" —para que la experiencia pueda ser compartida por cualquiera que viva lo que se narra—, asiste a una celebración porque en "La Habana, el día sigue siendo comunista [...] pero ahora la noche se ha cargado de fiestas frívolas y potentes". La voz de este narrador asume el minucioso rigor, la mirada sensible y la pluma ágil de las mejores crónicas periodísticas de Carlos Manuel Álvarez y estudia en la escena el paso del tiempo a través de la evolución del baile. Separa "la escuela de los setenta, señoras y señores que practican un casino lento y elegante y acusan un toque de severa gestualidad", de la "gente de los ochenta, una década en la que explotaron las ruedas de baile", de los que prefieren "ese duelo a cuchillo que es la timba únicamente para fatigar y humillar al otro, pues en los solos noventeros la concordia no tiene cabida", hasta que el fatalismo nacional se impone, pues "siempre se interrumpe en mitad de la noche la fiesta de cinco siglos del pueblo de La Habana". El narrador observa entonces "al resto de la gente en ese intervalo de desespero tan conocido [...] y la conciencia plena, adquirida de golpe, de lo que el regreso a la ciudad oficial significa". Porque la normalidad no es la exuberancia carnavalesca de la fiesta ni la euforia de los anuncios turísticos, sino la certeza de la pérdida.

En pasajes como este, la novela propone como uno de sus caminos posibles la recreación paródica de la historia nacional, al menos de la más reciente, a través de la queja de la derrota y, en este caso, del baile. En otros momentos la recreación de la historia nacional se establece a través de las diferentes olas migratorias, aunque siempre se repite esa queja de la pérdida. Pero si bien es cierto que este libro autoficcional abunda en referencias específicas, no limita el ejercicio de la pérdida ni al autor ni a sus coterráneos. La novela se puebla de personajes disímiles que coexisten en la derrota. Existe quien se escapa de su aldea rural, a puntas de pies, y llega al Louvre gritando. Existe quien espera

un instrumento del olvido o una carta que nunca llega. Como no llega quien parte, o el saber de quien parte. El viaje es la entrega, y no hay héroe de vuelta. Solo regresa la incertidumbre de la memoria de quien se aventura.

En *Falsa guerra* la derrota es como un mar que conecta historias de diferentes narradores en diferentes lugares del globo que convergen en el presente, formando un archipiélago en el que el trauma colectivo de la pérdida termina emergiendo no como una singularidad nacional sino como una marca de los tiempos, una de las cicatrices de la humanidad actual. Así aparece en la novela una Ciudad de México que sobrevive terremotos, da cabida a recién llegados y en la que chicas apenas conocidas comparten un gran vacío, una clase de inglés, un par de cervezas y unas rayas de coca. Aparece, a pesar de los años, Berlín, entre la intolerancia de algunos de sus habitantes a los inmigrantes y la sospechosa bondad de un alemán que los recibe de brazos abiertos, que habla español fluido y se lía sus propios cigarros. Y aparece el Louvre como un desafío y un descaro colonial, como un cofre cínico de lo bello y lo prohibido que oculta más que lo que ofrece, que confunde y que, finalmente, es un testamento de lo intrascendente de casi toda vida. Al menos así lo presenta el personaje del Fanático de béisbol, cuando en su español salpicado de Miami nos descubre que:

Y vi mi cara, que da igual ya como sea, tan cerca y tan ahora mi cara, y me di cuenta de que yo no había estado nunca en ningún cuadro ni tampoco lo iba a estar. Nadie jamás iba a pintarme. Mi cara era la cara tuya o la cara de cualquiera, y cuando yo me fuera, o mai god, mi cara se iba a perder, y se iba a perder para siempre. Temblé como un enfermo ahí. Eso me pareció más duro que todo lo demás.

La constatación de esa dureza insondable, de la incapacidad de durar y, por tanto, de triunfar, se repite en diferentes momentos en esta ficción de Carlos Manuel Álvarez. Y en esa estrategia de develamiento constante de la verdadera derrota se cifra buena parte del acierto de su nueva novela que, a partir de lo estrictamente particular, de la recopilación de fragmentos de la experiencia posible de sucesivas generaciones de cubanos, se abre al universo de nuestra época como un testamento de lo fútil y falsa que es la guerra del ser humano contra el tiempo y el olvido. **U**

ZONA CIEGA

LINA MERUANE

HABITAR EN LA BRUMA

Laura Baeza

A finales de 2019 Latinoamérica despertaba con la noticia de las protestas en Chile, que comenzaron en su capital y se extendieron por todo el país debido al alza en los precios del transporte, acontecimiento que solo sería la punta del iceberg de toda una avalancha histórica de atropellos por parte del aparato gubernamental que era necesario enunciar. Miles de chilenos salieron a las calles a manifestarse, y durante los enfrentamientos con las fuerzas armadas comenzó a suceder un tipo de abuso que iba más allá de la represión con gases y garrotes: los soldados disparaban a los ojos de los civiles.

La violencia ocular a través de perdigones, el ataque a la vista ejecutado por una autoridad, a la que no le bastaba con apaciguar el ánimo colectivo, ocasionó la ceguera parcial o total de cientos de personas, desde activistas y estudiantes, adolescentes de colegios, periodistas y madres de familia, hasta adultos mayores que salían a buscar a los suyos y quedaban en medio de la trifulca. Pronto el mundo volteó a ver los pasos salvajes de las autoridades que, tras la orden de disparar a quemarropa, dejaron en segundos o con el paso de los días y semanas "sin luz, sin colores, sin siquiera poder distinguir sombras y contornos", como lo denuncian heridos y testigos, a tantas víctimas que hasta el día de hoy se suman a una cifra que va por arriba de trescientas.

Ante un panorama tan desolador, incluso innombrable por la rabia que produce, Lina Meruane (Santiago, 1970) pone en orden décadas de lecturas, investigación y estudio para presentar *Zona ciega* (Literatura Random House, 2021), un conjunto de tres ensayos que versan en torno a la visión y desaparición de la vista en la literatura, sus actantes y sus contextos. Las manifestaciones en Chile y las consecuencias de la violencia ejercida por el Estado son el preámbulo para esta obra. En el primer ensayo, "Matar el ojo", Lina explora una venganza mitológica que ha estado ahí como forma antigua de coerción así como en el imaginario de la literatura, desde Homero y Edipo hasta los escritores más leídos del siglo pasado. "No se estaba haciendo del ojo un blanco ocasional", dice Meruane al inicio del libro, "se estaba ejecutando un oicidio en serie". Ojos muertos por doquier, libertades doblemente aniquiladas, sobre todo en una sociedad que se mueve en la individua-



Literatura Random House, Madrid, 2021



Literatura Random House, Madrid, 2017

lidad a través de la inmediatez de lo digital, la imagen y la mirada. Matar la visión es matarlo todo.

Para comprender este libro no es necesario haber leído la obra completa de Lina, pero de ser así, considero que se entiende desde un mejor ángulo, porque se pueden explorar algunas aristas. *Sangre en el ojo*, su novela de 2012 que le dio un impulso aún mayor en el panorama internacional, es una autoficción muy notable y trata sobre la hemorragia interna que lleva a su protagonista, Lucina, a perder gran parte de la visión, intentar adaptarse a su nueva y nebulosa realidad y padecer un viacrucis de estudios pre y post operatorios. En la novela, Lucina vive entre la esperanza de recuperar la vista y la resignación de quedar ciega, de convertirse, como muchos otros, en una escritora que no puede ver más que los hilos de sangre que en algún momento se convirtieron en el manto de sus ojos. El lenguaje, el desarrollo de la historia, el carácter introspectivo y algunos otros elementos dotan a *Sangre en el ojo* de una densidad comparable con la sensación de avanzar por aquel camino de tinieblas que Borges, “el único entre tantos ciegos”, describía.

El segundo ensayo se titula “Ojos prestados”. En él, Lina comienza hablando sobre el proceso de escritura de *Sangre en el ojo*. En un primer atisbo, no sabía qué tan necesario era que los lectores nos empáramos de algo que puede competerle más al autor, pero conforme la lectura va tomando ritmo, lo que yo intuía como un ejercicio del yo escritor se convirtió en algo mucho más interesante. La relación de Meruane con el tema no se queda en una obsesión, más bien es un rastreo sistemático y consciente de quienes constituyen su canon de la ceguera: Lucina, el personaje de la novela, Lina, protagonista del cuento de Clemente Palma, Lucila Godoy (mejor conocida como Gabriela Mistral), Lucilla —la santa Lucía que conocemos desde la tradición siciliana—, todas ellas y otras mujeres que comparten genealogía y son mártires de la ceguera, ya sea porque el cuerpo les falló o por el sacrificio de entregarle a otro sus ojos, como la santa, y en adelante pasar al imaginario colectivo por aquello que ya no tienen.

No sé si podría llamar *glosario* a lo que sigue a continuación, más bien lo equiparo con el *Bartleby y compañía* de Vila-Matas. A diferencia del autor barcelonés, quien enumera a todos esos escritores que “dejaron de escribir”, Lina habla de quienes continuaron produciendo obra a pesar de la ceguera, y va de la experiencia ajena a la propia también para explicarse a sí misma la condición de escritor semiciego o ciego, de la identidad a través de la enfermedad, tema recurrente en su obra. Dice Meruane: “No logro recordar cuándo comprendí que el anunciado de-

terioro de mi cuerpo se iniciaría en mis ojos". Sin embargo, regreso a *Sangre en el ojo*, ahí su protagonista sí que lo recuerda: cuando comenzó a ver las líneas rojas que atravesaban globos, iris, pupilas; un nuevo reconocimiento de sí misma.

Homero, Milton, Borges, Joyce, Sartre, todos ellos reconocidos por construir sus propios universos a partir de la zona cero de la oscuridad. Cada uno, dice la autora, exploró a tientas, en lo vivencial y a través de la creación, por medio de los otros sentidos, sin dejar de aferrarse al que se perdía poco a poco y después de manera súbita. Este es un recuento de cómo percibimos desde este lado a los escritores ciegos: hombres sabios y romantizados por el imaginario colectivo, porque así se nos presentaron; y a las ciegas, víctimas de un castigo del que no se sobreponen, porque la fantasía histórica ha sido complaciente. A lo largo de *Zona ciega*, Meruane nos muestra de muchas formas la ceguera, incluso fuera de la ficción, como una superstición que aterriza, se somatiza y lleva a algunos lectores a pensar que por leer acerca de la ceguera también se puede caer en el abismo nebuloso que envolvió al alter ego de Lina en su novela.

Aquí algo que me llama la atención es la lucidez para desmitificar la ceguera en los y las autoras: "En los hombres cualquier pérdida adquiere



© Francisco Gamero, *Ojos miel*, 2020. Cortesía del artista

un carácter épico y el enfrentarla se entiende como evidencia de un heroísmo que no se opone, sino que se añade a la valoración literaria", y más adelante: "En la escritura de las mujeres la pérdida está desacreditada, es vista como un acto declarativo sin densidad literaria, carente de todo valor". Porque, efectivamente, en su devenir histórico la escritura femenina fue dejada de lado, su importancia fue disminuida a tal grado que cualquier sacrificio, metafórico y real, no parecía ser lo suficientemente digno de reconocerse, no se aplaudía por insigne. Una reflexión así da pie al inicio del tercer ensayo, "Las casi ciegas". Gabriela Mistral y Marta Brunet transitaron a medias por la ceguera, ambas fueron perdiendo el sentido de la vista poco a poco; aunque ese aspecto de su vida no fue el más sobresaliente, constituyó acaso la columna vertebral de su amistad epistolar.

Tras una investigación que abarca varios aspectos de sus vidas, el rastreo de Lina Meruane pone de manifiesto puntos de encuentro que van más allá del ejercicio literario: amores ocultos, maternidades malogradas, soledades compartidas con amantes furtivos y la vida diplomática e intelectual, la dificultad para desprenderse de la vista sana y luego la resignación al dejar de leer y convertirse en escucha de quien hiciera el papel de lazarillo. Hay que transitar por la bruma como murciélagas, sugiere la autora, con el reconocimiento que tienen quienes poseen algo a medias, en la cuerda floja de que un día se puede ver más porque un tratamiento funcionó y da esperanza, y al otro se regresa a la ceguera amarilla, a veces gris de la falta de luz, del abandono de la fe. Que no se diga que ellas se consideraron víctimas: ambas Premio Nacional de Literatura de Chile, una Premio Nobel, la otra diplomática, ninguna dejó de producir pese al sacrificio que representaba olvidar de a poco los colores y las formas tras cerrar los párpados.

Y sí: lo que al inicio me pareció un ejercicio de autor sobre los temas que obsesionan a Meruane, se me fue revelando como un largo ensayo necesario porque, lamentablemente, mientras unos se adaptaron poco a poco a imágenes nebulosas sin hallar resignación pero sí algo de reconocimiento literario, habrá cientos de estudiantes, madres de familia, trabajadores chilenos que de súbito cayeron en la zona abisal de la barbarie. Si los versos y la prosa de este glosario homérico sirven para algo, que sea en favor de ellos. **U**

ÑAMÉRICA

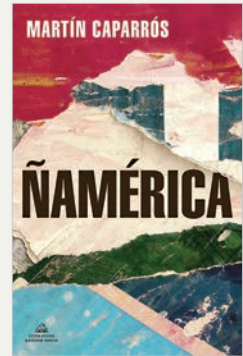
MARTÍN CAPARRÓS

EN BUSCA DE LA Ñ

Emiliano Gullo

Un escritor camina con tranquilidad por Tlatelolco. Hay un sol agradable. Un clima agradable. Todo es agradable hasta que un malón caótico de personas se le viene encima, lo esquiva, y sigue sin rumbo por las calles del centro mexicano. Escapan de un edificio porque comenzaron los temblores. Otra vez. El escritor no entra en pánico pero se asusta. Bastante. Vino más de treinta veces a esta ciudad pero todavía se sorprende. El escritor se llama Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) y esa, quizá, sea su mayor virtud. A los 64 años, Caparrós todavía se sorprende. No importa si viajó literalmente por todo el mundo. Si ya publicó más de treinta libros entre novelas, crónicas, guiones, ensayos. Si ya escribió sobre todos los países de América Latina. Si ya recorrió y escribió sobre pueblos y ciudades de toda la Argentina. Si ya estuvo en México tantas veces que hasta pensó en quedarse a vivir. La capacidad de sorpresa es lo contrario a la naturalización. Y lo natural invisible a la duda, entre otros sentidos. Sorprenderse es no aceptar que lo que está sucediendo es lo que tiene que suceder. Es lo contrario a lo divino. Lo opuesto a la fe. Una inteligencia laica. Por eso lo primero que hace en su último libro, *Ñamérica*, es preguntarse si el continente que nombramos como América Latina no es, en realidad, un error, un concepto poco certero para intentar analizar la identidad de toda esta tierra que invadieron los españoles hace más de quinientos años. ¿Y si América Latina no existe? ¿Y si lo que existe en realidad es un continente unido por “una lengua”, donde lo importante no es la patria sino la multiplicidad de culturas motorizadas por un sistema que, acá, no será el español sino su forma americana: el castellano?

Ñamérica (publicado bajo el sello Literatura Random House) es, entre otras cosas, una voluminosa investigación sobre la(s) identidad(es) de un continente anclado en un idioma que tiene una letra particular para un sonido particular. Un sonido que está presente en el francés, en el portugués, en el italiano, en el rumano; pero que en todas estas lenguas necesita dos letras para componer lo que, en la nuestra, se sintetiza en una: la ñ. Desde esta premisa, Caparrós despliega distintas estrategias narrativas —la crónica, el ensayo, la rigurosidad periodística, la investigación histórica— para deconstruir la historia de



Literatura Random House, Madrid, 2021



Fotografía de Ferran Feixas, 2019. Unsplash ©

un territorio compuesto solo por los países de habla hispana al que llamará *Ñamérica*.

Brasil, para el autor, es un continente en sí mismo. Brasil es otra cosa. Por eso quedará afuera. Al menos por ahora. Dice a poco de comenzar. “Si Latinoamérica existiera, serían dos: una hecha de un solo país, otra de veinte; una con cierto peso en el mundo, la otra menos; una que habla portugués, la otra castellano”. Los indicadores comparativos entre las dos latinoaméricas son elocuentes. El Producto Interno Bruto (PIB) per capita de Brasil es de 6 mil 796.8 millones de dólares con una población de 210 millones de habitantes, esparcidos en un territorio de 8.5 millones de kilómetros cuadrados. La *Ñamérica* de la enciclopedia Caparrós tiene un PIB de 7 mil 202.6 millones y está compuesta puntualmente por diecinueve países, y 420 millones de habitantes repartidos —muy desigualmente— en doce millones de kilómetros cuadrados.¹

Ya con el nuevo territorio delimitado, bien apretado en sus números, Caparrós apunta y avanza contra la manada de lugares comunes, comodidades académicas y correcciones políticas que pastorean en la llanura de la progresía intelectual. En su primer tranco embiste contra uno de los clásicos del latinoamericanismo intelectual. Dice del best seller que mundializó a Eduardo Galeano:

De las venas abiertas de América Latina caía almíbar: ese almíbar amargo que te endulza la desgracia con el relato de injusticias que siempre fueron culpa de otros, ese almíbar amargo de sentirse víctimas.

¹ Estos datos pueden consultarse actualizados en la página del Banco Mundial. Disponible en <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD?locations=JZ-BR> [N. de las E.]

Es ahí donde presiona Caparrós, quien desde hace ocho años vive en España. Después de detenerse en las atrocidades de la conquista-genocidio-invasión española, se dirige a donde realmente quiere ir. Caparrós no vino a contarnos la barbarie de los Reyes Católicos ni a dismantelar las redes de inteligencia estadounidense que sostuvieron a las peores dictaduras del continente. Eso ya lo hicieron él y otros.

Ahora Caparrós va mucho más atrás para saltar mucho más adelante: ¿De qué estamos hechos los ñamericanos? ¿Hacia dónde nos dirigimos en un continente que produce pobres cada vez más pobres y ricos más ricos? En *Ñamérica*, el autor escapa del maniqueísmo histórico y de la idealización de los pueblos preexistentes a la colonia para subrayar que el conflicto —uno de ellos— se origina en las relaciones de poder que compusieron las nuevas —y las antiguas— clases dominantes ñamericanas y ya no en el genocidio originario:

Las víctimas de la terrible invasión católica habían sido victimarios tenaces, pero se ha inventado una imagen ingenua idílica inocente de esos buenos salvajes roussonianos. Y es cierto que había, bajo su yugo, millones de inocentes.

En una suerte de meta ejercicio, el escritor argentino parece preguntarse, preguntarnos: sí, ya sabemos lo que hicieron ellos. ¿Y nosotros? ¿Qué hicimos nosotros para estar como estamos? ¿A quién acusamos de este desastre? Matemos a los padres, insinúa Caparrós, porque:

así, entre otras cosas, podemos seguir echando la culpa del maltrato actual de los ñamericanos pobres a aquellos conquistadores, aunque nuestros países ya llevan dos siglos independientes de ellos, gobernándose solos.

Así es como estamos, consigna Caparrós: mientras el diez por ciento más rico se queda en promedio con el 37 por ciento de la renta de su país, uno de cada diez ñamericanos no come lo suficiente. Todo ante el aumento de la urbanización de nuestras ciudades como nunca antes se vio en la historia: de 115 a 320 millones en sesenta años. Por eso, *Ñamérica* también puede ser una historia de las ciudades, una crónica citadina, un ensayo sobre el urbanismo postcolonial.

En la cartografía ñamericana, México será la ciudad desbocada. El Alto no será un barrio más de La Paz sino la ciudad inesperada. Bogotá, la ciudad rescatada. Caracas, la ciudad herida. La Habana, la ciudad detenida. Buenos Aires, la ciudad abrumada. Managua, la ciudad sacu-

dida. Y, quizás en un último impulso provocador, la ciudad capital se fijará en Miami.

Cada una de estas urbes será la cabecera de playa para contar los distintos ritmos culturales que tenemos los ñamericanos, pero también para explicar cómo se constituyeron las economías —y los mercados y los trabajadores— que actualmente conforman los sistemas productivos de todos estos países. Así, en Ñamérica la historia de la banana podría ser la historia de un continente. Ahí también está Caparrós, caminando en la mayor finca del país que más bananas exporta en el mundo. Puede ser en esa finca de Ecuador; puede ser en Ecatepec —el municipio con más femicidios de México—; puede ser en la funeraria de un barrio violento de Bogotá; al oído de un reguetonero ignoto en La Habana o atento al discurso del trapero más famoso de la Argentina.

Donde sea, Caparrós va a romper el puzzle para repensar el lugar que tiene cada pieza en la Ñamérica del siglo XXI. En la Ciudad de México, un personaje retratado con aires de homenaje llamado Juanvilloro (así, todo junto) le sugiere por dónde escarbar. En Miami, será al revés. La ciudad que es síntesis de la migración económica y de la asfixia del capital lo ayudará a escarbar en las personas, en los ñamericanos en el exilio. Lejos de la solemnidad de los escritorios y de las conferencias, el Caparrós en acción, en el territorio, se parece más a Columbo, el protagonista de la serie estadounidense de los años setenta que, como detective de Los Ángeles, investigaba los delitos más complejos con la apariencia —y el despiste— de un policía novato. En Managua, desde donde gobierna un ex guerrillero, la tensión y la pregunta constante girarán, justamente, en torno a la revolución: la de los años ochenta, cuando ese guerrillero terminó con una dictadura, y la actual, donde es acusado de dictador. “¿Cómo empieza una revolución? ¿Por qué empieza una revolución?” es lo primero que se pregunta poco antes de terminar este libro, en gran medida alimentado por una serie de crónicas que el escritor publicó en *El País Semanal*.

Un kinesiólogo experto no necesita de una radiografía para detectar el ligamento roto. Le basta tocar. A Caparrós le basta caminar. Sabe exactamente lo que está buscando, ese troquelado por donde se recorran los conflictos que construyen identidad. En definitiva, Caparrós sabe que conoce muy poco. Sabe, también, que el ejercicio del desconocimiento es condición de posibilidad para la sana práctica de la sorpresa. **U**

NUESTROS AUTORES



Darío Alemán

(La Habana, 1994) es periodista. Reportero de la revista *El Estornudo*. Ha colaborado con varios medios independientes cubanos y algunos medios extranjeros.



Melissa Ayala

es abogada feminista y activista por los derechos de las mujeres. Su trayectoria profesional se centra en el litigio de derechos sexuales así como en la elaboración de herramientas para la prevención y erradicación del acoso y hostigamiento sexual en universidades y espacios laborales.



Laura Baeza

publicó en 2012 el libro de cuentos *Margaritas en la boca*. En 2017 ganó el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con el libro *Ensayo de orquesta* y el Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo con *Época de cerezos*. Su primera novela es *Niebla ardiente* (2021).



Nelson Cárdenas

nació en La Habana. Obtuvo un doctorado en estudios hispánicos en la Universidad de Pensilvania. Es autor de dos colecciones de poemas, *El guerrero y Días de la espada*. Su libro *Isla que no existe* ganó el Premio Nacional de Literatura “Pinos Nuevos”. Actualmente enseña escritura creativa en la Universidad de Texas.



Fabián Casas

(Buenos Aires, 1965) es poeta, narrador, ensayista y periodista. Se le considera una de las figuras más destacadas de la llamada generación del 90 en Argentina. Algunas de sus obras son *El salmón*, *El spleen de Boedo*, *El hombre de overol*, *Ocio* y *Los Lemmings*.



Rosario Castellanos

(1925-1974) escritora, traductora, promotora cultural, profesora y embajadora. Considerada una de las poetisas más importantes del siglo XX. Es autora de *Balún Canán*, *Ciudad Real* y *Oficio de tinieblas*. Falleció en Tel Aviv (Israel), donde se desempeñaba como diplomática.



Jorge Comensal

(Ciudad de México, 1987) es narrador y ensayista. Estudió lengua y literaturas hispánicas en la UNAM. Ha publicado la novela *Las mutaciones* (2016) y el ensayo *Yonquis de las letras* (2017).



Teresa Corona

graduada de la Facultad de Medicina de la UNAM. Es especialista en neurología, investigadora nacional nivel III e investigadora en ciencias médicas F de los Institutos Nacionales de Salud. Es la primera mujer en presidir la Academia Nacional de Medicina.



**Alejandra
Costamagna**

(Chile, 1970) es periodista y doctora en literatura. Ha publicado las novelas *En voz baja*, *Ciudadano en retiro*, *Cansado ya del sol* y *Dile que no estoy*, y los libros de cuentos *Últimos fuegos*, *Animales domésticos*, *Había una vez un pájaro* e *Imposible salir de la Tierra*. En Alemania le fue otorgado el Premio Anna Seghers 2008.



**Andrés
Cota Hiriart**

nació en la Ciudad de México en 1982. Es biólogo de la UNAM dedicado a las letras. Autor de la novela *Cabeza ajena* y de los libros de ensayo *Faunologías* y *El ajolote*. Ha colaborado en *Nexos*, *Animal*, *Avispero*, *¿Cómo ves?*, *Quo*, *Letras Libres*, *Telecápita* y *Vice*. Preside la Sociedad de Científicos Anónimos.



**Eréndira
Derbez**

escribe e ilustra. Estudió historia del arte en la Universidad Iberoamericana. Trabaja temas sobre género, arte y política y, de forma paralela, hace ilustración para el estudio de diseño Plumbago, desde donde ha trabajado con distintas editoriales y medios impresos.



**Pablo
Ferri**

es periodista. En 2012 y 2013 recorrió América Latina con dos colegas con quienes escribió *Narcoamérica*, sobre el tráfico de drogas. En 2014 investigó el caso Tlatlaya, una matanza de civiles a manos de militares. Desde 2016 integra el equipo de Cadena de Mando.



GIEI

el Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes es un comité de expertas y expertos representantes de las víctimas de Ayotzinapa creado con la finalidad de proporcionar asistencia técnica para la búsqueda de los 43 estudiantes desaparecidos de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa.



**María
Gómez de León**

estudió letras inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue profesora adjunta del seminario “Gendered Modernisms” y participa en el proyecto “Resistencias. Historia y Pensamiento Crítico: Literatura, Arte y Cine” del Instituto de Investigaciones Filológicas.



**Emiliano
Gullo**

(Bologna, 1978) desde 1983 vive en Buenos Aires. Trabajó en los diarios *Crítica de la Argentina* y *Crónica*. Escribió, entre otras, en las revistas *Crisis*, *Noticias*, *Letras Libres* y *Anfibia*, donde dicta el taller “Crónica Urgente. Periodismo narrativo cuando no hay tiempo”.



**Manuel
Hernández**

practica el psicoanálisis en la Ciudad de México, es miembro de la École Lacanienne de psychanalyse y director de Litoral Editores. Ha publicado los libros: *El sueño de la inyección a “Irma”* y *Lacan en México. México en Lacan. Miller y el mundo*, así como numerosos artículos en México y el extranjero.



**Víctor Alí
Mancilla
Gaytán**

es biólogo por la Facultad de Ciencias de la UNAM y contador de historias por vocación. Ha colaborado con la revista *Nexus*; así como en la redacción de newsletters en el medio digital de periodismo deportivo *El Míster*. Es el creador del contenido del blog de divulgación en redes sociales *Ciencioscopio*.



**Alejandra
Manjarrez**

(Ciudad de México, 1986) estudió biología en la UNAM y es doctora en ciencias por la Escuela Politécnica Federal de Zúrich. Es escritora de ciencia y aprendiz de muchas cosas. Su trabajo ha sido publicado en *The Scientist*, *The Atlantic* y *Este País*, entre otros medios.



**Luis Josué
Martínez Rodríguez**

es maestro en literatura mexicana y licenciado en historia del arte. Ha sido gestor cultural en el IVEC y la Secretaría de Cultura de Jalisco, así como curador independiente. Actualmente es catedrático de la Facultad de Artes Plásticas de la UV y doctorando en historia del arte en la UNAM.



**Élmer
Mendoza**

(Culiacán, Sinaloa, 1949) es catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Es autor de decenas de novelas y libros de cuentos, entre los que destacan *Un asesino solitario*, *El amante de Janis Joplin*, *Efecto Tequila* y *Balas de plata*.



**Alejandro
Menéndez Mora**

(Toledo, 1994) es licenciado en derecho y en ciencias políticas por la Universidad Carlos III de Madrid. Colabora con la editorial La Emboscadura difundiendo la obra del filósofo Antonio Escotado. En su blog Almacén de Hierros reflexiona sobre libros y autores.



**Marylène
Patou-Mathis**

es directora de investigación en el Centre National de la Recherche Scientifique y conservadora de Prehistoria en el Musée National d'Histoire Naturelle. Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan *Préhistoire de la violence et de la guerre*, *Histoires de mammoth* y *El hombre prehistórico es también una mujer*.



**Jesús Pérez
Caballero**

nació en Gandía, España, en 1981. Es escritor y jurista. Profesor-investigador en el Colegio de la Frontera Norte (Tamaulipas, México). Coordinador de investigación de la plataforma *Días de Campo*. Su último libro es el ensayo *Her. Personas, máquinas y derecho* (2019).



**Halfdan
Pisket**

(Dinamarca, 1985) es hijo de un emigrante turco-armenio, estudió en la Real Academia Danesa de Bellas Artes. En 2009 decidió dejar los estudios formales e iniciar su carrera como ilustrador e historietista. En 2014 comenzó el proyecto en el que contará la historia de su padre: la *Trilogía danesa*.



**Alberto
Pradilla**

es reportero especializado en migración y derechos humanos. Actualmente trabaja en *Animal Político* y es autor de “Caravana: cómo el éxodo centroamericano salió de la clandestinidad”.



**Rafael
Rodríguez**

estudió arquitectura y se ha dedicado a las artes visuales. Es miembro del SNC. Su trabajo se ha presentado en galerías y museos de todo el mundo. En 2006 su pintura “Modelos para un autorretrato / Lola” obtuvo el segundo lugar del BP Portrait Award convocado por la National Portrait Gallery.



**Jaime
Rodríguez Z.**

(Lima, 1973) es poeta, ensayista, periodista cultural y editor. Ha trabajado en medios como *Caretas* y *El Sol*. En 2003 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Telefónica. Actualmente vive en Madrid. *Sólo quedamos nosotros* es su publicación más reciente.



**Papús
von Saenger**

(Panamá, 1970) es escritor, guionista y director de cine. Coescribió el guion del largometraje *Chance*. Escribió y dirigió la cinta *Acapulco Sunset*. Ha colaborado en varios medios y proyectos editoriales. *Un policíaco sobrenatural* (2016) es su primera novela.



**Joe
Urbach**

(Brooklyn, NY, 1976) es un poeta que busca sacudir a los lectores con imágenes incómodas. Para Ezequiel Zaidenwerger, “el rugoso realismo semita” de Urbach tiene un lugar destacado en su mapa personal de estados de conciencia y de ánimo.



**Aláide
Ventura
Medina**

es una escritora que anda en bicicleta.



**Ezequiel
Zaidenwerger**

(Buenos Aires, 1981) es autor de *13 poetas contemporáneos de Estados Unidos. 50 estados*, entre otros poemarios. Ha traducido a figuras como Mark Strand, Ben Lerner, Anne Carson, Weldon Kees, Robin Myers, Joseph Brodsky, Mary Ruefle, Denise Levertov y Kay Ryan. Administra el sitio www.zaidenwerger.com



FEBRERO 03
Aburrimiento

FEBRERO 10
**Montar el tigre,
cerebro bipolar**



LA MENTE HUMANA



FEBRERO 17
**Drogas inteligentes.
El viaje de un futurista
al biohacking**

FEBRERO 24
**IA vs cerebro humano.
El enfrentamiento final**



tv.unam



ESTRENOS
Jueves | 19:30 h

Retransmisión: sábados | 15:00 h

CANAL 20 ► IZZI • TOTAL PLAY
CANAL 20.1 ► TELEVISIÓN ABIERTA
CANAL 120 ► AXTEL TV • DISH • SKY • MEGACABLE

tv.unam.mx



culturaUNAM





FICUNAM 12

10 - 20 MARZO 2022

12° FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE UNAM

@FICUNAM

FICUNAM.UNAM.MX

#FICUNAM12

#ELCINEQUEPROVOCA

